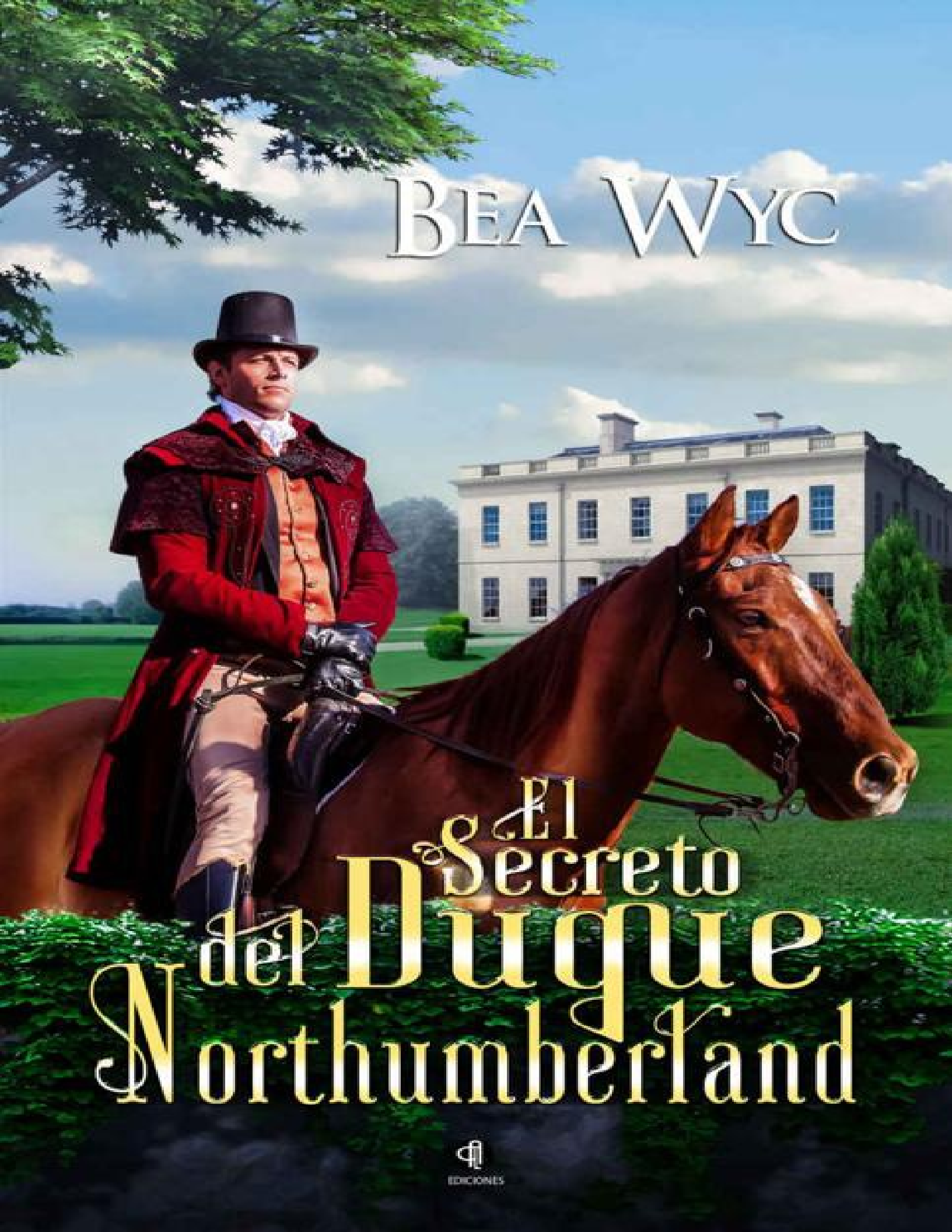


A man in a red coat and top hat is riding a brown horse. In the background, there is a large white building with many windows, possibly a manor or a government building. The scene is set in a green field under a blue sky with clouds.

BEA WYC

El Secreto
del Duque
Northumberland



EDICIONES

2024

El secreto del duque de Northumberland

BEA WYC

Bea Wyc 2024. Derechos de autor.

Copyright: 2409069338914 safe creative.

Primera edición: septiembre 2024.

Portada: Leydy García

Corrección y edición: Andrea Melamud (y colaboración de Emilia Ferrer).

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico, mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del *copyright*.

Todos los derechos de esta obra son reservados.

ÍNDICE

[Aclaratoria y agradecimiento](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Epílogo](#)

[Secuencia de novelas](#)

Aclaratoria y agradecimiento

Si esta es la primera novela de Bea Wyc que lees, quiero que sepas que mis historias se deben leer en orden porque no repito escenas. Hay muchos personajes que salen en el primer libro y siguen teniendo parte en las demás historias, por lo que habrá situaciones en las tramas que lo más probable no entenderás por qué ocurren. Al final del libro encontrarás la secuencia de novelas.

Si deseas saber de mis futuras publicaciones, planes y rostros de mis personajes, me encuentras en la plataforma social de Instagram como @beawyc y en Facebook, también como Bea Wyc.

¡Muchas gracias a todas las lectoras que día a día me acompañan con sus comentarios! Se han convertido en una familia extendida, me sacan carcajadas, porque algunas hasta aciertan en mis futuras intrigas. Quiero que sepan que apunto las sugerencias.

Si les interesa que amplíe algo en especial, en confianza, me pueden dejar un mensaje en las reseñas de Amazon. Créanme, los tomaré en cuenta.

Además, vean mis novedades en la página de una lectora a la que sigo hace muchos años. En Facebook: Lectoras de Romántica y en IG: Histórica42.

Seguiremos experimentando con las nuevas tendencias en romance histórico intentando traer al mercado español una versión más a nuestro gusto cultural, que es definitivamente diferente.

Nuevamente, muchas gracias, esto para mí es un pasatiempo en esta etapa de mi vida, pues puedo permitirme el intento de escribir las historias de estos personajes que me visitan cuando estoy enfrente de mi ordenador. En nuestras largas conversaciones, hablamos de sus vivencias personales, las que nunca se publicaron en los periódicos de la época. No esperes exactitud histórica, porque a mis invitados les puede fallar la memoria o, incluso, pequen de fantasear un poco.

Prólogo

Las ráfagas de viento que golpeaban sin piedad los cristales sucios de la taberna le crisparon más los nervios a Edward. Desde que había desembarcado esa mañana en el puerto, proveniente del continente africano, no dejaba de sentirse aprensivo. Se giró en busca de la desvencijada ventana que había a su espalda y por la que entraba una helada ventolera. Arrugó la nariz preocupado, tendría que esperar a que amainara para poder irse a su casa; había enviado su equipaje con su cochero impartiendo instrucciones para que recibieran al nuevo duque de Northumberland. Se giró de mal talante, no estaba aún preparado para las nuevas responsabilidades que de improviso habían caído sobre sus hombros, había creído que su padre era inmortal.

Había estado tres años fuera de Inglaterra intentando olvidar la traición de su prometida. Una mueca de disgusto se dibujó en sus labios mientras empuñaba la jarra de cerveza barata, todavía, a pesar del tiempo, no entendía cómo pudo ser tan iluso... Él, que se había jactado frente a su estrecho grupo de amistades de ser un hombre perspicaz y de mundo, había sido burlado y puesto en vergüenza frente a toda la sociedad.

Tomó un buen trago directamente del cántaro sin importarle lo que pudieran pensar en aquella taberna de mala muerte; en lo más recóndito del East End, a nadie le importaría su falta de modales.

Nunca había sido un hombre sociable, más bien se definiría como taciturno y ausente, poco dado a las conversaciones intrascendentes. Siempre había tenido que ser arrastrado por sus amigos más íntimos a los burdeles, el olor de los perfumes fuertes que caracterizaban a las meretrices siempre le había causado malestar. Si hubiera sido por él, se hubiera mantenido apartado, pero como marqués había tenido que cuidar su reputación de libertino y pendenciero junto al conde de Norfolk.

Pero en aquellos momentos, cuando su vida estaba a punto de tomar otro rumbo, entrar a uno de los clubes de moda para caballeros de su posición era algo impensable. Odiaba ese ambiente elitista donde se debía fingir en todo momento y cuidar cada palabra que saliera de la boca. Muchas veces había agradecido la elocuencia de su amigo, el duque de Cleveland, que siempre fungía como mediador para que no cometiera alguna imprudencia con una dama.

En cambio, allí nadie se había volteado a mirarlo entrar. A pesar de su abrigo de cachemira hecho a la medida por un maestro sastre, aquellos marineros borrachos y sedientos de sexo no lo tomaban en cuenta.

Elevó el rostro dirigiendo su mirada cansada a la barra de la taberna. El dueño, un hombre obeso con el rostro rojizo y el pelo enmarañado con brillo de grasa, repartía ron sin prestarle mucha atención. Lo agradecía, esa noche se sentía especialmente inquieto, como si algo fuese a ocurrir. Odiaba esa sensación de ansiedad, lo mejor sería alejarse de Londres para tranquilizar el

espíritu. Encaminarse a Alnwick Castle, su residencia rural y comenzar a trabajar la tierra sería lo más sensato. El recuerdo de los vastos terrenos pertenecientes a su herencia lo hizo sentir mejor; la muerte de su padre dos meses antes lo había sorprendido en el continente africano, fue un milagro que su amigo Richard, conde de Norfolk, lo hubiera encontrado para dejarle saber la agria noticia. Una desazón recorrió su pecho, su padre y él nunca se habían entendido, su afán de estudiar y viajar antes de regresar a Londres lo habían enfurecido.

Su padre había deseado que regresara a tomar su lugar como su sucesor, algo que él no había hecho. Luego de la traición de su prometida, su deseo de estar lejos se había acrecentado. Una mueca triste se dibujó en sus finos labios, le hubiera gustado a pesar de todo haber tenido la oportunidad de despedirse del viejo; aunque fue un padre estricto, también supo darle apoyo en sus momentos más importantes.

—Vaya, vaya —lo sobresaltó una voz inesperada.

Edward Carter parpadeó dos veces para poder ver mejor al hombre que se había acercado de improviso halando con él una sucia silla de madera que rechinó peligrosamente al sentarse sobre ella.

—Ha pasado mucho tiempo —le dijo sacándose la capucha que cubría su cabeza.

Edward colocó despacio la jarra en la mesa entrecerrando sus pupilas azules, sorprendido.

—¿Evans? —preguntó al reconocer su identidad por lo singular de sus ojos color violáceo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó el hombre, extrañado—. Esta zona de la ciudad está muy lejos de tu residencia.

Edward se recostó sobre su silla y lo observó en silencio, no recordaba aquella mirada tan fría, Frederick Evans, duque de Saint Albans, había protagonizado uno de los escándalos más sonados en los últimos tiempos; los rumores de la traición de su mejor amigo, el marqués de Wessex, habían llegado hasta África. Edward no había creído en nada de lo que le habían contado, Andre no era un hombre de traiciones; aunque había estado apartado, estaba seguro de que había algo turbio en toda aquella historia.

—Andre no te traicionó —dijo sin miramientos observándolo fijamente.

Evans levantó la mano llamando la atención del cantinero, quien de inmediato se dispuso a llevarles una jarra llena de cerveza.

—No quiero escuchar nada relacionado con el marqués de Wessex —respondió seco eludiendo su mirada.

Edward lamentó que los lazos tan fuertes que unían a aquellos dos hombres hubieran terminado de esa manera. Decidió callar, la mirada de Evans no admitía otra cosa y, aunque él estaba seguro de la inocencia de Andre, había estado en África en el momento del escándalo.

—¿Qué haces aquí? —insistió Evans mientras tomaba por el asa la jarra que le había alcanzado el cantinero—. Tenía entendido que te encontrabas en el continente africano.

—Regreso a casa —respondió siguiendo sus lentos movimientos—. ¿Qué te sucede? —preguntó preocupado al verlo hacer un gesto de dolor.

—Me duelen —respondió sacando un pequeño frasco de vidrio de su abrigo—, tengo las piernas destrozadas —agregó indiferente.

A Edward le hubiera gustado seguir indagando, pero su intuición le decía que Evans no deseaba hablar del tema y en el fondo sabía que si él estuviera en su posición, tampoco le agradaría ser interrogado y forzado a hablar de algo tan preocupante.

—Mi padre murió y, como ya sabes, debo poner en orden el ducado, no puedo dejar que se pierda todo lo que nos pertenece —respondió con un tono de sarcasmo que hizo sonreír a su pesar a Evans.

—¿Qué sucedió con tu idea de poner a tu primo como administrador del ducado? —inquirió interesado.

—Mi padre no quería —confesó—. Fue esa precisamente nuestra última discusión. —Su mirada regresó a la jarra de cerveza—. No confiaba en él —terminó antes de servirse otro generoso vaso.

—Te recuerdo que sería el heredero si por alguna razón murieras antes de tener hijos —le recordó guardando nuevamente el frasco con su solución de opio en vino mezclado con azafrán, canela y clavo.

Edward asintió dejando ver su frustración. Su padre había odiado a su único hermano y, por extensión, no terminaba de confiar en su sobrino y había despreciado la idea de que pudiera llegar a ocupar algún cargo que lo acercara a sus tierras y todas sus posesiones.

—Lo sé.

—Puedes contraer nupcias, eso era lo que deseaba tu padre.

—No quiero un matrimonio.

—Solo Alexander pudo aceptar tal despropósito —respondió agriado.

Edward se contuvo para no recordarle que él también había estado a punto de casarse.

Alexander Wellesley, duque de Cleveland, era uno de sus mejores amigos, si había alguien en quien él confiaba ciegamente era en Lex. Pero, al contrario de lo que pensaba Evans, él siempre había tenido la corazonada de que no todo era idílico en el concertado matrimonio de Alexander; las pocas veces en que lo había visitado le había parecido que la madre de su esposa era la que dirigía el hogar.

—¿Ya te enteraste de que está a punto de tener el segundo hijo?

El sarcasmo en la voz de Evans lo sorprendió; aunque tenía razón para estar resentido con la vida, no tenía por qué alegrarse por la buenaventura de un miembro de su hermandad.

La mayoría de los nobles de su generación pertenecían a una hermandad que había estrechado sus lazos en la universidad de Oxford. Había sido un suceso histórico que tantos herederos a la nobleza británica se encontraran estudiando bajo un mismo techo. Habían sido años memorables en los que no solo habían afianzado los lazos de amistad, sino que habían hecho una promesa de honor de mantenerse juntos. Edward se sentía privilegiado al ser parte de

ese grupo.

Por instinto, se palpó en su pecho el pesado crucifijo que llevaba colgado, era una joya invaluable que lo hacía parte de aquella hermandad.

—Sí —respondió escudriñando su frío rostro—, nos mantenemos comunicados.

Edward desvió su atención hacia la puerta, la lluvia había amainado, debía seguir su camino.

—Debo irme, quiero visitar Northumberland House antes de partir a nuestra mansión en el campo, es allí donde tengo el mayor trabajo —le dijo con expresión resignada.

Se levantó acomodando su negro abrigo, su mirada se encontró con la de Evans.

—Andre no pudo haberte traicionado —le dijo—, están equivocados.

—Cuídate, hermano —susurró Evans llevándose el vaso de cerveza a los labios.

—Nos veremos pronto —se despidió teniendo un extraño presentimiento de que no sería así.

A pesar de haber escampado, la niebla caía espesa sobre la acera. Edward maldijo entre dientes el no haber ido en su carruaje. Había alquilado uno en la calle de Saint James para pasar desapercibido en aquel lado de la ciudad. Suspiró contrariado, tendría que caminar calle arriba hasta encontrar algún cochero que quisiese llevarlo hasta la calle Strand, donde se erguía majestuosa la mansión de estilo jacobino; la casa familiar pertenecía al duque de Northumberland por más de doscientos años.

Eran pocos los nobles que se aventuraban por aquellas sucias aceras, el encontrarse con Evans no lo había sorprendido, en el fondo siempre había sido un solitario. Si no hubiera sido por Andre, se hubiera aislado mucho más, todavía no podía creer lo que había sucedido: según lo poco que había descubierto, el marqués de Wessex había quedado como un miserable traidor.

—Es imposible —murmuró al cruzar la acera y mojarse sus costosas botas con un bache inesperado de agua sucia—. No puedo creerlo —continuó su diatriba sin darle importancia al desastre que esto había ocasionado en sus botas de cuero negro.

Edward se detuvo mirando de un lado a otro la oscura calle. Fue entonces cuando sintió un fuerte golpe en la parte trasera de la cabeza que lo tomó desprevenido, lanzándolo hacia adelante y haciéndolo caer en el medio de la calle. Por instinto, se llevó su mano al origen del agudo dolor y de inmediato sintió la humedad en sus dedos. Intentó incorporarse, pero una bota se lo impidió.

—No debiste haber regresado.

El reconocimiento del dueño de aquella voz lo puso alerta.

—Pero ya me encargaré de terminar lo que debí hacer hace muchos años. —El tono de rencor le erizó la piel a Edward.

Aquel hombre era de su sangre, su padre lo había acogido cuando en un accidente fatal había perdido a sus padres.

—¿Qué te propones? —preguntó conociendo su respuesta.

Su primo, hijo del único hermano de su padre, siempre lo había envidiado. Toda su adolescencia había tenido que lidiar con sus mentiras y su mente retorcida, su odio se había acrecentado cuando Richard le había negado la entrada a la hermandad. Después de aquello, todo había sido una guerra fría entre ambos.

—¡Mátalo de una vez! —La voz femenina le hizo levantar la cabeza, su mirada conectó con la mujer que había sido su prometida. La ira se fue acrecentando por las venas, una fuerza inesperada lo hizo ponerse de rodillas con la intención de encararlos y decirles lo que se merecían. Fue en ese momento cuando el filo de una afilada navaja se incrustó en su mejilla derecha. Un grito de dolor lo paralizó, hubo un segundo ataque, esta vez con un puño en su ojo. Jamás sabría o podría explicar la fuerza que emanó de su cuerpo y le hizo empuñar uno de los dos cuchillos que siempre llevaba atados a su bota. Sin pensarlo y con todo el odio que había albergado por tantos años, se levantó ignorando el río de sangre que empapaba su abrigo. Clavó el cuchillo a conciencia en el corazón de su oponente, una risa de satisfacción se dibujó en su rostro al ver su expresión de sorpresa.

El grito incrédulo de la mujer se escuchó destemplado en el silencio de la noche. En medio de su dolor, Edward dio gracias de estar en aquel lado oscuro y pendenciero de la ciudad: nadie saldría a defender a aquella zorra. El cuerpo de su primo hermano cayó de rodillas con los ojos todavía abiertos, estaba muerto, había enterrado casi todo el puñal en él.

Se llevó su mano a la mejilla y gimió al sentir el destrozo, el dolor en su ojo golpeado era insoportable. Sabía que perdería el sentido en cualquier momento, por eso hizo un último esfuerzo, inclinándose para sacar su segundo puñal del compartimiento secreto de su bota de caña, aquellos estiletos se los había regalado Richard en su último cumpleaños.

—Maldito, lo has matado —se acercó gritando la mujer.

Edward aprovechó la cercanía y se enderezó como pudo. Logró atisbar su posición con su ojo izquierdo, se maravilló al verla justo donde la luna llena le daba visibilidad. «Zorra», la insultó mientras su pupila se encontraba con su mirada retadora y desdeñosa. «¿Cómo no te diste cuenta de su verdadera naturaleza?», se recriminó.

—Cobarde —le gritó—, él era el que merecía ser heredero de todo.

Sus ojos llenos de odio fue lo que terminó de congelar en su corazón el poco amor que todavía existía a pesar de su traición. Empuñó con fuerza el cuchillo y lo lanzó, sabía que no fallaría. Cerró el ojo, su mano ya estaba completamente empapada con su sangre. El grito agónico de la mujer que había sido su mundo le inspiró paz, no creía que pudiera sobrevivir, seguramente, se desangraría antes de que alguien los encontrara; pero por lo menos se llevaría la satisfacción de haber matado a aquellas dos alimañas.

Cayó sobre sus dos rodillas, pudo oír el ruido del cuerpo al estrellarse contra unos zafacones. «Ojalá las ratas se encarguen de tu cuerpo», fue su último pensamiento antes de caer inerte sobre los sucios adoquines.

Nicholas Brooksbank, alias Buitre, emergió del callejón, la espesa niebla caía sobre su cabello. En aquellas calles era temido, nadie se aventuraba a caminar por ellas, temerosos de encontrarse de frente con el ejecutor. Él era el mayor de cuatro hermanos y, a fuerza de muertes y violencia, ya controlaban casi todos los distritos que componían el East End. Solo faltaban cinco y él estaba decidido a tomarlos bajo su dominio.

Se detuvo frente al hombre que había caído último, había escuchado todo en la penumbra. Su mirada de desprecio descansó sobre el cuerpo de la mujer, él le hubiera dado una muerte mucho más lenta y dolorosa. Para Nicholas Brooksbank el pago por una traición era la muerte. Se acercó al hombre, que todavía tenía clavado en su pecho el puñal, se acuclilló silbando al ver los rubíes que bajaban cubriendo todo el remache. Elevó el rostro dirigiendo la mirada hacia el oeste, de su garganta surgió un sonido agudo que fue subiendo de tono; al instante se escucharon silbidos parecidos en respuesta.

Les respondió con un silbido largo antes de empuñar el mango para sacarlo del pecho del cadáver.

—Hasta para matar tienen que dejar ver su clase. —Su tono irónico se hizo presente.

Nicholas había tenido que pelear rudo para mantener a su familia viva y unida. Hacía mucho había perdido la humanidad, odiaba a los tipos como aquel, aunque últimamente la presencia del duque de Saint Albans en su territorio le estaba dando una nueva visión. Se giró sin incorporarse, frunció el ceño, no creía que pudiera sobrevivir, estaba perdiendo mucha sangre.

Una figura conocida cayó de uno de los tejados.

—Indio, hay que deshacerse de estos cuerpos.

Un hombre de facciones indígenas se acercó, su cabello lacio caía liso sobre su rostro; en silencio recorrió la escena.

—Hay que llevar al hombre a un lugar donde podamos ayudarlo.

—No sobrevivirá —respondió Buitre poniéndose de pie. Se dirigió hacia el cuerpo de la mujer, con su bota la giró. Como sospechaba, otro puñal había sido clavado en el pecho; tenía que admitir que el noble, quien quiera que fuese, tenía buena puntería. Se agachó para agarrar el mango y lo sacó de un tirón. Lo elevó para que Indio lo viera—. Rubíes y esmeraldas..., este *lord* sí es un caballero con clase. Ha muerto con honor.

—No morirá, Buitre, ordénales a los hombres llevar el cuerpo al sótano del club.

—Está desangrándose —respondió al acercarse; puso los cuchillos ensangrentados en una alforja de piel que había sacado del abrigo.

—A este hombre lo espera su alma gemela en el futuro —sentenció Indio.

Sus miradas se encontraron, Buitre se tensó porque, a pesar de ser un hombre que abrazaba la violencia, tenía claro que había personas que eran diferentes, seres humanos que tenían la capacidad de ver cosas que la mayoría no podía. Su madre había sido una de ellas, había emigrado a Inglaterra desde Irlanda trayendo con ella un legado familiar que había pasado de generación en generación.

Un silbido volvió a irrumpir el silencio de la noche, al momento, varios hombres hicieron su aparición.

—Llévenlo al sótano —les ordenó.

—Yo me haré cargo —le dijo Indio.

Buitre asintió, se mantuvo vigilante mientras los hombres cargaban al sujeto calle abajo para cortar camino por los callejones estrechos, que pocos conocían.

—¿Sabes quiénes son? —preguntó Buitre al sentir una presencia a su espalda.

Tim Bentinck trabajaba con los hermanos Brooksbank desde que había abandonado su hogar. Como hijo bastardo de un vizconde, se había cansado de vivir de las migajas.

Tim se detuvo a su lado para hacer un reconocimiento de los cadáveres, se giró sin ninguna expresión, poco lo impresionaba. Desde que había decidido trabajar para los hermanos Brooksbank, había sido testigo de muchas muertes violentas. Buitre no era un hombre con el que se pudiera jugar, cuando se enojaba se transformaba en un demonio irreconocible.

—Tu nuevo amigo lo conoce —respondió acercándose al cadáver de la mujer.

—¿El duque? —inquirió entrecerrando la mirada con interés.

Tim asintió acucillándose, tomó entre sus manos el collar de perlas que descansaba sobre la capa.

—No sé quiénes son estos dos, pero el caballero que se llevó Indio es el duque de Northumberland. Ayúdame a quitarle el collar, son perlas auténticas, no pienso quemar el cuerpo con la joya.

Buitre se acercó y estudió la larga hilera de perlas. Al constatar que eran genuinas, se dispuso a ayudarlo, luego él vigilaría en persona que los dos cuerpos desaparecieran.

En su abrigo él llevaba la prueba de lo que allí había ocurrido, esos dos cuchillos los guardaría a buen recaudo. Al ser ambos propiedad de un duque, podrían serle útiles en algún momento.

Indio observó resignado la larga línea de puntos a lo largo de la mejilla, el hombre quedaría desfigurado aun habiendo puesto todo su empeño en coser la carne con cuidado, la herida iba desde el ojo hasta casi la boca.

—Has hecho un buen trabajo. —La voz de admiración de uno de los hombres que custodiaban la entrada lo hizo girarse.

—¿Tú crees?

—Está hinchado, pero se ve bien..., perdió el ojo.

—Sí —respondió preocupado—. Ve por láudano.

—No creo que sobreviva.

—Lo hará —respondió con seguridad Indio lavándose las manos en una jofaina.

—Caballeros como este hombre seguramente no querrán vivir con esa cicatriz —le insistió el hombre mirándolo con lástima.

Indio tomó un trapo y se secó pensativo las manos, él también creía lo mismo: un hombre debería tener mucha valentía para dejarse ver con una cicatriz que, aunque había sido cosida con pericia, no dejaba de ser obscena a la vista. Eso sin contar con el ojo que había perdido.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Lucian Brooksbank entrando a la habitación.

De los tres hermanos varones, era él quien se encargaba de mantener una apariencia de hombres de negocios para la sociedad burguesa de Londres, los hermanos Brooksbank estaban emergiendo como empresarios respetables.

—Intentaron asesinarlo —respondió Indio masajeándose el cuello.

Lucian se acercó al camastro, frunció el ceño al ver la impresionante herida.

—El doctor atendió el ojo, pero se negó a coser la herida —le informó Indio aproximándose—. Desde niño aprendí a coser mi cuerpo.

Lucian no lo dudaba, el trabajo era una obra maestra. Si se tomaba en consideración que el hombre había sido atacado con saña, era en su opinión un milagro que todavía continuara respirando.

—Hay que sacar a este hombre de aquí —advirtió Lucian—. Si se enteran, podríamos tener problemas.

—Es peligroso moverlo —le advirtió.

—Tenemos que llevarlo a su residencia, luego allí permanecerás con él —insistió enérgico—. No podemos arriesgarnos, Indio, hay mucho en juego.

—¿Buitre lo sabe? —preguntó. Aunque sabía que Lucian tenía razón, aquel hombre ocupaba una posición privilegiada en aquella sociedad a la que él todavía no terminaba de comprender.

—No, pero no hay otra opción, Indio, no voy a permitir que todo lo que he conseguido se pierda por un hombre al que ni siquiera conocemos.

—Lo llevaremos en una de las carretas que utilizamos para transportar víveres, la llenaré de heno, tú envuélvelo como si fuese una mortaja, de esa manera no se lastimará el rostro —dijo Buitre entrando a la habitación.

Lucian se acercó al cuerpo y lo tocó con su mano en la frente.

—No tiene fiebre. —El tono asombrado de Lucian hizo sonreír a Indio.

—Este caballero está atado al alma de una mujer, es ella quien lo sostiene en este plano terrenal.

Lucian y Buitre intercambiaron miradas cómplices, ambos habían sido testigos desde la infancia de las visiones de su difunta madre.

—Asegúrate de que los hombres se mantengan vigilantes en las entradas importantes,

nadie debe saber que fuimos nosotros quienes ayudamos a este caballero. —El tono de advertencia puso alerta a Buitre.

—¿Qué sucede, Lucian?

—Julian y tú se mantienen apartados mientras soy yo el que tiene que codearse con estas personas —respondió agobiado Lucian—. El duque de Northumberland, al igual que tu recién adquirido amigo, el duque de Saint Albans, pertenecen a una hermandad de hombres muy poderosos.

—Aceptaste llevar las riendas de los negocios honorables de los hermanos Brooksbank —le recordó Buitre.

Lucian maldijo entre dientes, discutir con su hermano mayor no era nunca una opción.

—Por eso mismo quiero a este hombre lejos de aquí —respondió manteniendo la serenidad—, Nicholas —utilizó su nombre adrede para que supiera la importancia de lo que le estaba pidiendo—, hemos llegado demasiado lejos para arriesgar el lugar que ostentamos dentro de la burguesía de Londres o para ponerlo en riesgo justo cuando ya somos nombrados por los asesores del rey.

—Ayudaré a Buitre —intervino Tim—. Tú regresa a la oficina, tu cochero me dijo que tienes una reunión con el conde de Norfolk.

Lucian asintió y sostuvo la mirada de su hermano unos segundos antes de abandonar la habitación.

—Él lo está haciendo muy bien —dijo Tim acercándose a la cama.

—Lo sé —aceptó Buitre dejando la habitación.

—Esos dos siempre están como el perro y el gato —le dijo Indio sacando un cigarro de su abrigo—. Voy a fumar afuera, vigílalo, este hombre tiene que vivir, no solo tiene un alma que lo espera, sino que su vida está ligada a la de Buitre.

Capítulo 1

Doce años después

Karinaladeó la cabeza mirando con asombro aquel rodete enorme que le había hecho su doncella personal, era lo más feo que se le pudo haber ocurrido.

—Esta vez te has extralimitado —la acusó mirándola con seriedad.

—Usted me pidió una gruesa trenza en lo alto de la cabeza y eso fue lo que le hice — ripostó mordiéndose los labios, intentando que su señora no viera las lágrimas que se le escapaban de los ojos al intentar no soltar una carcajada. Aquel cabello era intratable, grueso, con rizos naturales que añadían volumen; por más que ella intentaba hacer un recogido elegante, nunca lo lograba. Si fuera por ella, lo cortaría por lo menos a la mitad de su espalda, pero la madre de *lady* Karina jamás lo permitiría.

Karina se dio vuelta, le habían conseguido la peor doncella de todo el reino, aquella pequeña arpía jamás sabría hacerle un tocado decente. Mirándola con resignación, aceptó que, aunque era un completo desastre, su lealtad hacia ella compensaba la calamidad que era como doncella personal.

—Quítame todo esto —le dijo señalando el nido de pájaro sobre su coronilla—, hazme una trenza, quiero salir al campo.

Tina elevó la ceja mirándola con suspicacia, pero al ver el rostro pétreo de su señora, prefirió asentir en silencio y dejar el interrogatorio para más tarde.

—Esta vez irás conmigo.

Tina agrandó sus negros ojos sorprendida.

—No quiero que el caporal siga llevándole intrigas a padre —dijo sentándose, observándola a través del espejo del tocador—. Madre me ha advertido que le ha dicho a mi padre que con mi condición no debería estar galopando en las tierras que colindan con las nuestras.

—¡Se lo advertí! —soltó señalándola con fastidio.

Una vez más, Karina tuvo que pasar por alto la manera poco formal con la que su doncella la trataba, pero lo cierto era que como la única hija mujer del duque de Wellington no tenía muchas amigas cercanas, su doncella se había convertido en su aliada para poder salir de la casa sin ser interrogada sobre lo que hacía lejos de la mansión.

—Lo sé.

—Es peligroso que siga acercándose a las tierras del duque de Northumberland. —Tina terminó de soltar el cabello y corriendo fue hasta la puerta; la cofia blanca y negra se le fue de un

lado, pero la ignoró, abrió con cuidado y miró el largo pasillo que, para su beneplácito, estaba desierto.

—Eres muy exagerada —sonrió Karina.

—Lo que usted hace es pecado, *milady* —la acusó antes de tomar el cepillo de nácar y peinar la gruesa melena con fuerza.

—¡Ay! No seas bruta —le reclamó.

—Lleva años espiando al duque quien, al parecer, no tiene costumbres cristianas —acusó apretando más la trenza, haciéndola rechinar los dientes.

Karina se apretó los labios para no reír. Tina tenía razón, el dueño de las tierras vecinas le causaba una gran curiosidad. Todo había comenzado por pura casualidad, recordó aquel día hacía unos seis años cuando con testarudez insistió en subir a un árbol aun con su pierna enjuta y deforme. Había logrado llegar a la mitad y se había sentado a descansar y planear su descenso cuando escuchó un caballo acercarse a todo galope, nunca olvidaría la impresión que causó en su virginal inocencia aquel hombre desnudo de la cintura para arriba. Se había llevado la mano al pecho y se había aferrado al crucifijo que su hermano mayor le había obsequiado en su cumpleaños número quince.

El recuerdo todavía la hacía estremecer, nunca había sido una joven romántica como su prima Victoria, quien gustaba de leer novelas románticas en las que el héroe se quedaba prendado de la heroína. Ella siempre había desechado el romanticismo, tal vez era una manera inconsciente de proteger su corazón. ¿Quién querría a una coja como esposa? Ni siquiera su padre, uno de los hombres más poderosos del reino, podría encontrarle marido en aquellas condiciones, y si algo había heredado de su padre era el orgullo, ningún caballero osaría mirarla con lástima, «primero le saco un ojo», pensó decidida dirigiéndose hacia la puerta.

—¿Para dónde va? Todavía no le he colocado la cinta al final de la trenza —se quejó Tina tomando una cinta de seda de una canasta sobre el tocador y corriendo hacia ella.

—No sé para qué me las pones, siempre termino perdiéndolas —le dijo exasperada dándose la vuelta de manera que la doncella pudiera colocar la cinta de color amarillo.

—Ahora sí puede bajar —suspiró mirándola satisfecha de sí misma; a pesar de todo, las trenzas siempre le quedaban bien.

—Asegúrate de que madre crea que estoy en mi salita de lectura.

—Todavía no sé cómo la duquesa no se ha dado cuenta de que usted no lee ni las esquelas de *The Morning Post* —respondió con malicia abriendo la puerta.

—Es un secreto —le recordó en tono pícaro.

Tina salió detrás de ella.

—Lo sé —respondió seria.

Edward miró con hastío hacia el cielo, el sol brillaba inclemente a pesar de que apenas era

media mañana. Tenía que dejar todo listo antes de viajar a Londres a encontrarse con su amigo, el conde de Norfolk; desde que había leído la invitación a pasar unos días con él en la ciudad, no había dejado de pensar en lo alejados que habían estado; a pesar de que su amigo entrañable, el duque de Cleveland, vivía a un par de días de distancia, lo había visto muy poco en los últimos años.

Desensilló al purasangre y lo dejó que vagara suelto por los alrededores mientras él supervisaba los árboles frutales que pronto deberían ser cosechados.

Caminó por una estrecha vereda observando con atención las tierras de su vecino, el duque de Wellington, a quien tampoco frecuentaba a pesar de haber sido un amigo íntimo de su padre. Se detuvo al lado de un árbol de roble, descansó su mano derecha mientras recorría los plantíos de trigo; una sensación de bienestar y orgullo lo recorrió, había logrado que su ducado fuera uno próspero. Se enderezó para continuar la marcha disfrutando de la vista de los sembradíos que se perdían en la lejanía, había trabajado arduo junto con sus agricultores para lograr que aquellas tierras fueran fértiles.

Una reconocida sensación de ser observado lo detuvo. Esta vez, al contrario de las miles de veces anteriores, no se giró, continuó con su mirada en el horizonte mientras una inesperada brisa le agitó los rizos castaños que caían rebeldes sobre su frente. Nunca había logrado descubrir a su espía, pero él sabía que había alguien allí, en algún lugar; seguramente, sería un niño, alguien con malas intenciones ya hubiera hecho notar su presencia.

No se sentía amenazado por quien quiera que fuese el vigía que lo acompañaba desde hacía años a arar la tierra y dirigir a sus hombres. Disfrutó de la brisa que acariciaba su piel, se llevó inconsciente la mano a la fina línea que le recorría la mejilla, la persona que lo había cosido había realizado un trabajo magistral; a pesar de que había perdido la conciencia, él estaba seguro de que la herida de su rostro había sido profunda. Tenía la esperanza de que algún día pudiera darle las gracias por haberlo salvado. Su mayordomo no había podido darle ninguna información que lo ayudara a dar con su salvador, aunque siempre había tenido la sospecha de que su servidumbre le ocultaba lo que había acontecido aquella noche. Él era un hombre alto y, aunque para esa época había estado menos corpulento, sabía que habían tenido que ser varios hombres los que lo llevaron a su mansión. Gruñó al intentar recordar; con los años había aprendido a resignarse, pero no perdía la esperanza de que todo el misterio se esclareciera. Continuó su camino negándose a caer de nuevo en la treta de sentirse culpable por haber asesinado a su primo y a su antigua prometida, ambos merecían consumirse en las llamas del infierno, rogaba por que así fuese.

Karina sonrió de medio lado al verlo continuar hacia las cabañas de los hombres que labraban sus tierras. Admiraba su cuerpo, se complacía al percibir las gotas de sudor que bajaban por su espalda mientras trabajaba; muchas veces se había imaginado lamer con deleite aquellas gotas sobre su piel. Él había despertado un anhelo en su interior que le recorría la sangre haciéndole sentir sensaciones que la inquietaban y avergonzaban a partes iguales, deseaba tener aquellos brazos torneados estrechándola contra su pecho. «Detén esos pensamientos impúdicos», se regañó.

No podía ser hipócrita consigo misma, aquel hombre representaba el marido que hubiera querido tener, pero además había avivado su curiosidad por convertirse en mujer. Había escuchado en sus esporádicas visitas al pueblo que sus sirvientes lo respetaban y le eran muy leales, todos hablaban maravillas de su persona y, aunque ella era escéptica a los rumores pueblerinos, algo en su interior le decía que el duque de Northumberland era un hombre de honor.

En aquella posición, sentada en la ancha rama del árbol de roble, el vestido azul se había subido un poco y dejaba su delgada pierna a la vista. La miró con desagrado, le repugnaba su forma torcida y su extrema delgadez en comparación con su pierna derecha. Aunque su doncella la frotaba todas las noches con manteca de ubre de vaca, muchas veces le dolía, lo que la obligaba a retirarse a su saloncito donde pasaba horas sobre el largo sillón esperando a que la dolencia menguara. Levantó la mirada, la silueta del hombre se desdibujaba un poco a la distancia. Aprovechó para descender con precaución, su doncella tenía razón al amonestarla, era consciente de que si resbalaba y caía, tendría que esperar por alguien que la socorriera y, contando con su suerte, estaba segura de que quedaría expuesta ante su vecino. Dio gracias cuando su escaupín tocó la hierba, no eran los zapatos apropiados para montar, pero en su caso no tenía otra opción, las botas le resultaban muy pesadas para su pie frágil y poco fuerte.

Como siempre su yegua alazana la recibió con un resoplido, Karina estaba segura de que era una reprimenda por su osadía.

—Otra vez tuve suerte —le dijo acariciando su crin con cariño, adoraba a su yegua, había sido un regalo de su hermano Heathcliff. Ensilló y se acomodó con cuidado, sonrió agradecida cuando esta retomó la marcha por el sendero que los llevaría al encuentro de Tina, quien siempre la esperaba en un llano a unos diez minutos. Sus padres no le permitían salir sola, sin compañía, la sobreprotegían, pero Karina sabía que era por el inmenso amor que le tenían.

—¡Por fin! —la recibió Tina poniéndose de pie, estaba en el suelo, donde la esperaba cubriéndose del sol bajo la sombra de un árbol—. ¿Logró verlo? —le preguntó acomodándose el sombrero mientras con la otra mano se intentaba quitar las pequeñas ramas de pasto del vestido.

—Sí —sonrió encantada—, estaba trabajando.

Tina elevó la mirada con gesto adusto.

—Es extraño que siendo el dueño de tantas tierras sea él quien haga el trabajo duro.

Karina asintió pensativa, ella había razonado lo mismo muchas veces mientras lo observaba sembrar junto a sus hombres como si fuera un agricultor más. Su padre era un terrateniente y ella jamás lo había visto trabajar como al duque de Northumberland.

—¿Sabes una cosa, Tina?

—Si no me la dice, cómo la voy a saber —respondió cruzando sus manos al pecho, elevando una ceja.

Karina se mordió los labios al ver las mejillas enrojecidas de la joven, se le había olvidado que el calor le hacía enrojecer la piel.

—A veces pienso en la manera que arrea a los bueyes para el arado, parece poseído por

algún demonio. Mientras todos trabajan con el torso cubierto, él siempre lo lleva... —Se detuvo incierta de si proseguir con aquella conversación.

—Desnudo —terminó Tina, sacudiendo hierba de su falda.

Karina paseó su mirada por todo el llano, incómoda con la aseveración, era inmoral lo que hacía, pero había una fuerza mayor que la arrastraba hasta allí para acecharlo.

—¿Crees que se ha vuelto una obsesión? —preguntó mirándola preocupada.

—Usted siempre ha despreciado a los hombres, el que esté tan ansiosa de venir a ver al duque en esas fachas solo puede ser amor —le ripostó Tina enderezándose, mirándola con reprobación—. *Milady*, usted se ha enamorado.

Karina le sostuvo la mirada sopesando su dictamen, rebuscó en su mente algún indicio de que sintiera ese sentimiento sublime y arrollador del que hablaban *lord* Byron y otros poetas, pero su vergüenza fue mayor al tener que admitirse a sí misma que lo que el duque le hacía sentir era mucho más oscuro y pecaminoso. Se giró para que Tina no viera su perturbación al darse cuenta de que siempre terminaba con los calzones empapados a causa de las sensaciones tan candentes que el hombre causaba en su centro. «Eres una mala mujer», pensó acalorada.

—Ve lo que le digo —la acusó Tina a su espalda—. Ni siquiera se atreve a sincerarse.

—No estoy enamorada —le dijo girándose con una enorme sonrisa en sus labios.

—*Milady*, ¡está mintiendo!

—Regresemos —la urgió tomándola del brazo—, seguramente, madre ya está preguntando por mí.

Karina le entregó las riendas al mozo de cuadra apresurada para salir en busca de su madre. Maldijo entre dientes al sentir el característico dolor que le daba cuando estaba mucho tiempo cabalgando. Esperaba que Tina no tuviera dificultad al regresar a la casa, se había tenido que dar prisa, por alguna razón, tenía el presentimiento de que su madre la estaba buscando.

—¿Dónde estabas?

Karina se tomó su tiempo, entró en el salón y sin responder se acercó a una bandeja que contenía frutas, su madre era una mujer muy golosa y gustaba de que los sirvientes le dejaran una bandeja con frutas y dulces por cada esquina. Cuando los visitaba su tía Alice, la hermana de su padre, era aún peor, eran dos golosas incorregibles.

—Salí a cabalgar —se sinceró. La mañana estaba fresca.

Ruth abrió los labios con la intención de contradecirla, pero prefirió abstenerse. Tomó un sobre de la bandeja de plata que descansaba en una pequeña mesa al lado derecho de la butaca ovejera verde musgo, color que estaba presente en la mayoría del mobiliario del amplio salón donde la duquesa, por lo general, recibía a sus invitados.

—Es de tu tía Margaret —le respondió sin perder detalle de que el vestido de su hija estaba un poco rasgado en el ruedo. Tomó nota del hallazgo, más tarde acorralaría a Tina para

que le dijera dónde había estado su temperamental hija en realidad.

Karina frunció el entrecejo, la hermana de su madre solía pasar unos meses con ellas al año en compañía de su esposo, el duque de Sutherland, y su hija Victoria con la que, a pesar de tener cierta diferencia de edad, se llevaban muy bien. Se levantó y se acercó a ella para tomar con curiosidad el sobre. Lo abrió y lo leyó frente a ella; a medida que avanzaba sus ojos se fueron agrandando.

—¿Victoria se casa? —preguntó sin disimular su desconcierto.

—No solo se casa —contestó Ruth—, sino que se ha concertado un ventajoso matrimonio para ella.

—¿Quién es el duque de Cleveland? —inquirió devolviéndole la carta.

—Tu tía no dice mucho en la misiva, pero me ha sorprendido el enlace. El duque de Cleveland ha estado ausente por muchos años de la vida pública —le dijo señalándole el espacio vacío del sofá para que se sentara.

La habitación a media mañana estaba llena de luz, Ruth exigía a su servidumbre correr las pesadas cortinas al despuntar el alba, odiaba la oscuridad que tenían los grandes caserones como aquel, donde las pinturas y esculturas daban la impresión de estar en un museo.

—Tu padre me ha informado que esta vez no te quedarás bajo ningún pretexto —le dijo tomando una pequeña campanilla que tenía sobre la mesa, la que hizo sonar.

Karina envidió la manera tan fácil en que su madre saltaba de un tema a otro, suponía que era eso lo que las jóvenes tenían que aprender en las prestigiosas escuelas de señoritas, a las cuales ella no había podido presentarse. El pensamiento, como siempre, le dio una punzada de malestar, ella había tenido que renunciar a muchas cosas que por derecho le pertenecían.

—Hablaré con él —respondió decidida a convencerlo una vez más.

Ruth colocó su regordeta mano adornada con un brazalete de rubíes.

—Te ruego que esta vez cedas a los deseos de tu padre.

Karina elevó el rostro que había estado distraído en el brillo de las piedras preciosas que adornaban el majestuoso brazalete. La angustia en su mirada la puso alerta.

—Tu padre no se encuentra bien de salud, ¿por esta vez podrías complacerlo?

—Padre jamás se ha enfermado.

Su tono incrédulo apenó más a Ruth, su marido había protegido demasiado a Karina. Además de malcriarla, poco pudo hacer ella para intentar que él entrara en razón, su esposo se había creído culpable de lo que le había pasado a Karina de niña, alegando que se había olvidado de ir a la presencia de Dios, y él lo había fustigado con la enfermedad de su hija; pero Ruth sabía que no era así.

—Escucha, hija —le suplicó mirando con suspicacia a la puerta del salón—. Hace meses que padece una dolencia que lo deja sin aire, se ha negado a ver al médico y cada vez los ataques de tos son mayores.

Karina oprimió la mano de su madre con fuerza, sus pupilas se dilataron. Ella amaba a su padre y nunca se había planteado la vida sin su existencia.

—¿Wellington?

—Tu padre lo ha llamado a su presencia.

Karina se levantó de un salto y se dirigió al ventanal que daba a los cuidados jardines que se dividían en tres áreas, su mirada se perdió ausente entre los colores de las flores.

—Por favor, Karina, te ruego que esta vez lo complazcas y nos acompañes al casamiento de Victoria.

—Si ha llamado a mi hermano, entonces sí está enfermo —murmuró más para sí. Un frío helado le recorrió el cuerpo al darse cuenta de lo desprotegida que estaría si su padre fallecía.

—Tu hermano siempre velará por ti —le recordó Ruth con las lágrimas a punto de salir.

Karina se giró sosteniendo su mirada, su madre era la duquesa de un próspero ducado, su posición estaba asegurada hasta su muerte, pero ¿y ella? A pesar de que no le faltaría dinero, su negativa a presentarse en sociedad e involucrarse con las damas jóvenes de la Corte la tenían en una posición desventajosa que ella no había visto antes, estaba sola porque Wellington se casaría y aquella casa pasaría a ser el hogar de la futura duquesa de Wellington, ella se convertiría en una carga.

—¿Karina?

El tono preocupado de su madre la regresó a la realidad, ya habría tiempo de meditar todas estas cosas que por primera vez la habían hecho cuestionarse su futuro.

—Los acompañaré al casamiento de Victoria —respondió—, subiré a hablar con padre.

—Ve, hija.

Capítulo 2

Karina de Wellington palideció al reconocer la figura del duque de Northumberland al otro lado de la acera, «maldito hombre, tenía que escoger precisamente este evento social para salir de su aislamiento», meditó mientras se ponía los guantes de seda. Disimuló su aprensión, su madre era una mujer muy observadora y su tía, la baronesa viuda de Doncaster, quien las acompañaba, aún peor.

La joven observó con disimulo cómo la baronesa se arreglaba la fina estola sobre sus hombros, sus generosos senos amenazaban con salirse del apretado corsé; la viuda tenía fama de mujer fatal. Siempre le había intrigado la cercana amistad de su tía Alice con su madre quien, a su juicio, era una mujer en extremo puritana. La hermana menor de su padre siempre había sido la oveja negra de la familia; en una ocasión había escuchado a su padre lamentarse con su madre del comportamiento impropio de su tía.

—Ha sido una grata sorpresa tu regreso a Londres —le dijo con total sinceridad—. Espero que te animes a quedarte y participar de algunas reuniones.

Alice sonrió con deleite, su sobrina se veía radiante con el vestido de seda violáceo confeccionado por *madame* Coquet, quien creía era la mejor modista de Londres. Karina era una joven hermosa, era una lástima que no quisiera intentar cazar un buen marido con su sustancial dote. En su opinión, muchos caballeros pasarían por alto su pierna deforme.

Todos estos años había luchado con su hermano para persuadirlo de buscarle un marido a la joven, pero había fracasado estrepitosamente, él se negaba a obligar a Karina a un matrimonio en sus circunstancias alegando que sería infeliz. Pero Alice no estaba tan segura, su hermano no conocía el carácter endemoniado que tenía su sobrina y que de manera magistral ocultaba ante sus ojos. Aquella extraña enfermedad que le había deformado su pierna la había convertido en una joven hosca y arisca, que se deleitaba en hacer sentir mal a los demás.

Su mirada descansó en los gruesos rizos que descendían como una cascada desde su tocado, Alice meditó que conocía muchos caballeros que adoraban los cabellos como el que tenía su sobrina. Desde que se había enterado de su llegada, había ideado un plan para que la joven por lo menos conociera a algún caballero. No sería fácil, pero para ella no había nada imposible.

Karina había tenido suerte de heredar los rasgos elegantes y finos de su padre porque su amiga Ruth, aunque de buen corazón, no era una mujer agraciada; jamás había entendido cómo un hombre tan gallardo y varonil la había escogido como esposa.

—Gracias, tía Alice —sonrió conmovida porque sabía que a pesar de todo su madrina le tenía un cariño sincero.

—Estará la flor y nata de la sociedad allí dentro —agregó señalando la majestuosa catedral de Saint Paul donde se depositarían los novios en unos minutos—. Te ruego que saludes a Pearl,

está muy nerviosa; con su próximo debut, nos tiene a todos en ascuas.

Karina asintió sonriendo, *lady* Pearl de Exeter también era ahijada de su tía Alice; su padre, el conde, era un primo de la familia. La joven era unos años menor que ella, seguramente, era de la edad de Victoria, pero al contrario de la novia, Pearl era una joven muy decidida, tal vez por eso habían hecho muy buena amistad.

—Bajemos, ya todos están entrando. —Ruth las apremió acomodándose el tocado.

—Espero que hayan hecho acto de presencia los viudos de la Corte —se burló Alice intentando bajar sus anchas caderas del faetón—. Daría cualquier cosa por ponerle las manos encima al duque de Lennox.

—¡Alice! —la regañó escandalizada Ruth mirando, avergonzada, a su hija.

—¡Oh, por Dios, Ruth! No seas tan santurrona, estamos en tiempos de cambio —la amonestó—. No puedes negar que como viudo es un hombre para tener en cuenta.

Ya afuera del carruaje, Karina se aseguró de pasar inadvertida, eran pocas las personas que la conocían, al ella negarse a participar en la vida social de Londres su grupo de amistades era muy reducido. Agradeció a la buena fortuna de que las dos mujeres estaban tan concentradas en entrar a la catedral que no se habían percatado del grupo de caballeros al otro lado de la acera.

—Entonces todavía sigues con la sospecha de que alguien te espía. —El conde de Norfolk se tanteó el abrigo y sacó su pañuelo de lino.

—No es una sospecha, Richard, estoy seguro de que alguien me vigila mientras estoy en los sembradíos.

Richardladeó el rostro estudiando la peculiar máscara negra que ocultaba casi toda su cara, incluido el ojo que había perdido. Se lamentó de no haberlo podido convencer de unirse a ellos en el pasado, Edward había sido enérgico en sus negativas, lo que lo hizo darse por vencido.

—No creí que te presentaras.

—No lo hubiera hecho por nadie más —respondió honesto.

Richard asintió comprensivo, Alexander era un amigo entrañable para muchos de los miembros de la hermandad. Paseó su mirada por la acera, los carruajes estaban apiñados casi uno sobre el otro, nadie se había querido perder la unión entre dos familias importantes del reino.

—Entremos, quiero hablar unos minutos con Alexander antes que llegue la novia —sugirió Edward.

—Murray ya está adentro.

—¿Y James? —inquirió bajándose de la acera.

—Adentro también —le respondió siguiéndolo.

Karina supo exactamente el momento en que el duque de sus tormentos entró a la catedral,

los murmullos de sorpresa no se hicieron esperar. Aprovechando el desconcierto de los presentes, se giró de medio lado recreándose en la manera en la que caminaba hacia el altar, aquel hombre sin saberlo se burlaba descaradamente de sus resoluciones para dejar de fisgonearlo. A pesar de la casaca, se podía admirar su corpulenta figura, se le aceleró el corazón al deslizar su mirada por aquellas largas y fuertes piernas. «Detente, Karina», se regañó regresando la vista al frente donde se encontró con la mirada acusadora de la Virgen María. Cerró los ojos con fuerza. «Eres una pecadora», si hubiera estado a solas, se hubiera impuesto una penitencia.

—¿Es ese caballero el duque de Northumberland?

Escuchó Karina cómo su tía Alice le preguntaba a su madre, quien abrió su abanico para ocultar su sorpresa.

—Es él, Alice —le susurró—, es verdad lo que decían, fíjate en su máscara.

—Qué máscara, Ruth, yo solo veo un hombre impresionante.

Karina cerró los ojos con fuerza, la tía Alice no tenía vergüenza: el duque podía ser su hijo.

—Alice, por favor, no seas irreverente.

—¿De qué estarán hablando? —Ruth bajó un poco el abanico para no perder detalle del recibimiento del duque de Cleveland a su amigo.

—¡Qué hombres! —se relamió Alice abanicándose fuerte.

—El duque de Grafton se casó con la hija del duque de Richmond.

—Es un granuja —le susurró Alice inclinándose un poco hacia ella—. Dicen que chantajeó a Richmond para que le permitiera casarse con su hija después del desplante que le hizo en el pasado. Claro que nadie se atreverá jamás a preguntarle; como bien sabes, tiene un carácter iracundo.

—Sí, lo recuerdo. ¡Imperdonable! —aceptó Ruth sonrojándose.

—A un lado, Murray, estás ocupando mi lugar —saludó Edward abrazando a Alexander, quien respondió conmovido ante la sorpresa.

Murray se unió al abrazo intentando mantener la compostura.

—¿De dónde has salido? —preguntó recorriéndolo todavía pasmado.

—No podía dejar de venir y ver con mis propios ojos que Lex deja nuevamente la soltería —le respondió mirando con fijeza a Alexander, quien sonrió encantado.

—Está por fin enamorado —sonrió Murray.

—Se arrastra sin orgullo por la dama.

Alexander se carcajeó sin que aquella acusación lo afectara, era un día feliz y él estaba

decidió a disfrutarlo.

—Gracias por venir, Edward, ahora mi felicidad será completa, contigo aquí están presentes todas las personas más importantes de mi vida. —La emoción en su voz entibió el corazón de Edward, que lo volvió a abrazar. Cruzar aquella catedral para llegar al altar no había sido tarea fácil, había tenido que echar mano de toda su fortaleza para hacerlo. No se había girado a mirar a los presentes, pero sabía que allí estaban los nobles de más abolengo y poder.

La duquesa de Wessex abrió con presteza su abanico teniendo cuidado de ocultar su perversa sonrisa, había resultado: el duque de Northumberland había salido de su escondite. Ahora tendría que utilizar su ingenio para encontrarle una prometida que no se impresionara ante su imagen. Ese pensamiento la inquietó, ninguna de las próximas debutantes la había impresionado; en su opinión, había muchas insulsas con muy pocas agallas y aquellos caballeros necesitaban mujeres de temple. El caso de Victoria era una excepción, el duque de Cleveland necesitaba alguien a quien proteger, y su ahijada era una joven a quien debería tener siempre bien vigilada, su pasión por la pintura la hacía estar siempre en las nubes.

Lo más apropiado sería acercarse y mantenerlos en vilo, estaba disfrutando mucho aquella cacería en la que, por supuesto, ella sería la vencedora.

—Caballeros —saludó interrumpiendo la conversación que, por la gestualidad, Antonella dedujo había sido una charla privada—. Me alegro, excelencia, que haya decidido regresar a Londres.

Edward se cuidó de mantener una expresión lejana y fría, hacía años que no veía a la duquesa, pero no había cambiado. Seguía teniendo el mismo porte altivo y aquella sonrisa misteriosa en los labios que, en lo personal, era a lo más que le temía: la duquesa de Wessex no era una buena persona.

—Es una lástima, duquesa, que no volvamos a coincidir, solo me quedaré unos días —respondió escueto. No pensaba dar ningún detalle de los planes que tenía.

—Entiendo —respondió sin amilanarse—. Espero que nos honre con su presencia en la cena de mañana en la noche, será en mi residencia, y estaremos festejando el cumpleaños del duque de Richmond. Será un placer verlo acompañado por el duque de Grafton, quien estará presente.

Edward admiró la agilidad mental de aquella mujer, sabía muy bien que no podría negarse, el duque de Richmond era el suegro de Murray.

—Yo personalmente me ocuparé de llevarlo —intervino Murray.

Antonella inclinó la cabeza, les sonrió y se apartó dirigiéndose a la primera fila de asientos, donde estaban sentados los padres de la novia.

Karina hubiera dado cualquier cosa por escuchar la conversación de aquellos hombres.

—Antonella está muy misteriosa. —Alice se abanicó mirando con recelo a la duquesa de Wessex, que sonreía por un comentario del duque de Sutherland.

—Alice, te sugiero que tengas cuidado con esos comentarios. —Ruth la golpeó suave con su abanico en el brazo—. Antonella puede ser un dolor de cabeza cuando alguien se interpone en sus planes.

Alice se giró y asintió dándole la razón, a ella solo le interesaba gozar de su viudez, lo que menos necesitaba era la desaprobación pública de Antonella. Como baronesa, reconoció que la duquesa estaba muy por encima de ella, ponerse en evidencia solo la destruiría. Le dio una palmadita tranquilizadora a Ruth y se concentró en lo que sucedía en el altar.

Por fin la ceremonia comenzó, Karina no perdió detalle de lo hermosa que fue. Un aguijón de celos le recorrió el corazón, ella también había ambicionado una boda como aquella, desde niña había soñado con llegar al altar con su príncipe encantado de la misma forma como su prima Victoria lo estaba haciendo esa tarde.

Llevaba casi diez minutos intentando llegar hasta ella para felicitarla, el gentío que la rodeaba se lo impedía. Respiró profundo buscando otra vía por la que pudiera acercarse; conocía a su madre y, si ella no llegaba hasta Victoria, tendría una fuerte amonestación de su progenitora. Como pudo se las ingenió para alcanzar a los novios cuando un gigante rubio casi la derriba. Lo identificó de inmediato: era James, el marqués de Lennox, en su niñez él había visitado a su hermano en vacaciones mientras estaba en casa de su vecino.

Decidida, continuó. Ya estaba casi frente a su prima cuando fue embestida por un enorme cuerpo, al que reconoció de inmediato.

—¡*Milady*! —exclamó azorado Edward al ver caer a la dama hacia atrás. Gracias a Dios, no cayó al suelo debido a la rápida intervención de Richard.

—¡Excelencia! Debería tener más cuidado. Me he torcido la pierna —se quejó mirándolo enojada—. ¡No está plantando viñas en su finca!

Al momento de decirlo, supo que había cometido un grave error, otra vez su mal genio la había colocado en una posición difícil. ¿Cómo se le había ocurrido decir tal estupidez?

—¿Nos conocemos? —inquirió intrigado—. No recuerdo que fuéramos presentados.

—Soy la hermana de Wellington —le dijo frunciendo el labio por la fuerte punzada en el tobillo—. *Lady Karina*.

Sentía el tobillo latir, seguramente se lo había torcido; el dolor tan agudo le hizo bajar la guardia. Era improbable que su vecino supiera que ella lo vigilaba desde la rama de un árbol, pero aquel demonio que vivía agazapado en su interior se negó a marcharse sin ponerlo en evidencia, el pensamiento de avergonzarlo frente a su amigo fue más fuerte.

—Soy su vecina, excelencia —respondió mirándolo molesta—, lo he visto algunas veces cuando salgo a cabalgar. Es usted un hombre muy afanoso, excelencia —terminó con ironía.

Richard no pudo ocultar su asombro no solo por los irreverentes modales de la joven ante dos caballeros con títulos superiores, sino que además aceptaba que había estado espiando a su amigo: aquello era inaceptable.

—¿Podrían apartarse? —preguntó impaciente Karina.

—¿Me ha visto sin máscara? —inquirió abrumado olvidando todo lo demás. Aquella joven quisquillosa no solo lo había visto sin máscara, sino que también sin camisa.

—Oh, por Dios, excelencia, sus heridas no impresionan.

Su tono de desdén molestó a Richard, que se disponía a poner a aquella mocosa impertinente en su lugar; sin embargo, la aparición de la novia se lo impidió.

—Karina, me alegra mucho que estés aquí.

Victoria intervino entre los dos hombres y la abrazó. Karina supo de inmediato que su prima había escuchado el pequeño interludio. Por primera vez, agradeció su intervención.

—¿Cómo crees que iba a faltar a un acontecimiento tan importante? —mintió descaradamente—. Aunque no puedo ir al banquete —confesó—. El duque de Northumberland me acaba de torcer un tobillo y me duele muchísimo —recalcó mirándose el escafpín, al que de pronto sentía apretado.

—¡Karina! —la amonestó Victoria.

—Estoy apenado, *milady* —intervino Edward—, le aseguro que no la vi. Si lo desea, la escolto hasta su carruaje, me ofrezco de apoyo —intentó mediar con la joven.

—Debería presentarnos a su prima formalmente, me parece inapropiado que una dama soltera esté sin acompañante y, aunque se ha identificado, no creo pertinente la manera en la que se dirige a nosotros.

—Mi madre está presente, *milord* —puntualizó retándolo con la mirada—. Y le recuerdo que ustedes me obstaculizaron el paso.

—Karina —intentó Victoria calmarla al sentir su tono impaciente.

—No se preocupe, *lady* Cleveland.

La mirada gélida del conde debería haberla incomodado, pero no fue así, elevó una ceja sin apartar la vista; si aquel granuja con reputación de libertino pensaba darle lecciones de educación, tendría que volver a replanteárselo, ella solo le respondía a su padre y eso dependía mucho de su estado de ánimo, que casi siempre era irascible.

—Oh, querida, me tenías preocupada. —Ruth extendió su abanico sonriendo encantada al ver a su hija acompañada de dos hombres solteros.

—Excelencia, qué grata sorpresa. —Alice saludó encantada a Edward, y no desaprovechó el momento para lanzar su ambiciosa propuesta—: Me alegra que haya conocido a mi sobrina, ¿se quedará mucho tiempo en Londres? —Su risa cantarina le crispó los nervios a Karina. «¿Qué te propones, vieja sinvergüenza?», pensó entrecerrando la mirada, en espera.

—Estaré unos días.

Richard se giró a mirarlo con atención.

—Su excelencia no puede dejar solas por mucho tiempo sus tierras, él mismo siembra cada grano —respondió Karina con malicia.

—¿Cómo sabes eso? —le preguntó Ruth intrigada.

Alice se abanicó encantada, ella era una mujer de mucho mundo y entre aquellos dos jóvenes saltaban chispas.

—Su hija, *lady* Wellington, al parecer, gusta de cabalgar cerca de los límites de las dos propiedades —respondió aparentando una serenidad que estaba lejos de sentir.

—Debo marcharme —intervino Victoria soltando el brazo de Karina—. Gracias por venir —sonrió satisfecha apretando su palma.

Karina asintió. Si hubieran estado a solas, le hubiera dicho algunas palabras, pero con tantos ojos sobre ellas, prefirió callar.

—Mañana habrá un baile en la residencia de la duquesa de Wessex, espero verlo entre los invitados. —Alice sonrió provocativa.

Richard carraspeó, pocas veces se había topado en los últimos años con la baronesa, sin embargo, los rumores de sus extravagancias ya eran legendarios en la Corte, los caballeros temían a estar a solas con ella, alegaban que era demasiado impetuosa.

—Allí estaré, *milady* —respondió Edward observando a Karina, quien le respondió la mirada.

—¿Estará usted presente? —preguntó.

—¡Por supuesto, excelencia! —intervino Ruth abanicándose—. Karina estará presente.

Edward miró encantado cómo la joven ponía los ojos en blanco en franca rebeldía. Cuando sus ojos volvieron a conectar algo desconocido le recorrió el pecho, un calor delicioso le envolvió el cuerpo; aquella joven tenía los ojos más bonitos que él había visto, el tono verde era igual al color de los pastizales que recorrían sus terrenos. Sintió un deseo primario de tomarla en brazos y llevársela de allí, aquel pensamiento cavernícola le hizo sacudir la cabeza interrumpiendo el hipnótico momento.

—Los novios ya están saliendo, debemos partir.

Richard inclinó la cabeza y tomó a Edward por el brazo obligándolo a seguirlo entre los invitados que salían en busca de sus carruajes.

—¿Se puede saber qué pretendes? —preguntó Richard llevándolo a una esquina para asegurarse de que nadie estuviera cerca.

—No sé qué a te refieres —respondió sereno.

—Es la hermana de Wellington. —El tono condescendiente de Richard lo hizo sonreír a su pesar.

—Lo sé.

—No creo que sea una buena idea.

Edward se llevó la mano a la mejilla y acarició su máscara.

—Ella me ha visto sin esto puesto. Solo estoy sorprendido e intrigado.

Richard recorrió con aprensión aquella máscara de cuero que por años había ocultado la cicatriz que le atravesaba la mejilla.

—¿Crees que podría ser la persona que ha estado espiándote durante todo este tiempo? —inquirió con gesto atónito.

Edward contempló pensativo el altar, su mirada descansó en el enorme Cristo crucificado en la cruz. Había sentido algo sobrecogedor cuando había estado frente a la joven, era como si algo en su interior se despertara, él nunca había sido supersticioso, pero en aquel momento se sentía sobrecogido.

—Sí, es ella, ha visto más que una horrorosa herida —le dijo sin quitar la vista del altar—, me ha visto desnudo —admitió sintiéndose expuesto. No era un hombre de falsos pudores pero, el que una joven de buena cuna lo hubiera visto en todo su esplendor, más que orgulloso lo hacía sentirse vulnerable. «Pilluela», pensó entre avergonzado y divertido. «Te has dado un festín a solas», meditó entusiasta prometiéndose que al otro día, en la fiesta de la duquesa de Wessex, se aseguraría de que, aunque fuera unos minutos, se encontrarían a solas.

Al otro lado de la calle, dos hombres ocultos entre dos carruajes observaban con detenimiento a los nobles que platicaban animados fuera de la catedral, un vitoreo ensordecedor se escuchó al salir los novios. Indio no perdía detalle. A su lado, Tim Bentinck, fumando un cigarrillo, hacía lo propio, ambos trabajaban para los hermanos Brooksbank y estaban allí por órdenes del hermano mayor, Nicholas.

—Es un casorio importante.

—Muy importante —le respondió Tim dándole una fuerte calada a su cigarro—. El duque de Cleveland es un caballero importante.

El desapasionamiento en su voz no engañaba a Indio, quien tenía dones especiales. Tim aborrecía todo aquello, Indio siempre había estado intrigado por sus orígenes, había muchas cosas en su compañero de fechorías que delataban que había nacido en buena cuna, una de ellas, su acento impecable, el que solo había escuchado en la parte adinerada de la ciudad.

—¿No es aquel el hombre al que le salvaste la vida? —Tim se enderezó atento a los movimientos del caballero, que se había dirigido a uno de los faetones más grandes.

Indio se movió a su derecha ocultándose detrás de un purasangre. Desde allí miró y de inmediato supo que era él a pesar de que a su rostro lo cubría casi por completo una máscara negra.

—Sí —afirmó—, su alma gemela lo reclama.

—¡Joder! Indio, cuando dices esas cosas se me eriza todo el cuerpo —bramó Tim—. ¡Te prohíbo decirme nada más! —le advirtió.

Indio no lo escuchaba, estaba enfrascado en buscar aquella alma de la que él sentía su presencia. Sus ojos se detuvieron en un grupo de tres damas, «allí estás». Como había presentido, era una joven hermosa. Estuvo satisfecho de haber hecho su trabajo; si el caballero hubiera

muerto, el alma de la chica hubiera sucumbido a la pena y la zozobra esperando por alguien que nunca llegaría.

—Vamos, tenemos que informarle a Buitre que hemos visto al caballero.

—No creo que a Buitre le importe.

Indio no respondió, el asunto entre el duque de Northumberland y su jefe no era de incumbencia de ellos.

Capítulo 3

Karina fue sorteando de manera estratégica los grupos donde se encontraban las amigas de su madre. Desde que había cumplido la edad requerida para concertar un matrimonio, no habían dejado de incitar a su progenitora para que le buscara un buen partido. Según las dadivosas damas, su pierna no era un impedimento, pero para ella sí: no iba a permitir que un hombre la mirara con desprecio toda su vida.

Para su grata sorpresa, su padre había sido cómplice en el momento de hacer razonar a su madre con su negativa. Sin embargo, observando con atención a todas aquellas damas hablando animadamente, temió que en algún momento todo cambiara. Se estaban escuchando rumores de una alianza de la duquesa de Wessex con el monarca para obligar a los herederos de las Casas nobles a desposarse y tener herederos puros. A sus veintitrés años, era ya lo bastante madura para entender que aun con su pierna deforme era la única hija del duque de Wellington quien, para su orgullo, era uno de los hombres más queridos y respetados de la Corte.

Se detuvo a saludar a *lady* Jane de Sussex quien, a tan corta edad, ya tenía fama de rebelde e inadecuada; a ella, sin embargo, le parecía una joven con mucho carácter, amante de los caballos. Continuó con sigilo su escapada del salón manteniéndose cerca de las columnas para evitar estar próxima a la pista de baile, donde ya varias parejas se habían animado a bailar, incluidos sus padres.

Estaba decidida a pasar inadvertida, se negaba a hacer el ridículo sentada esperando a que alguno de aquellos patanes le dirigiera la palabra. «Yo no necesito la atención de un caballero», se recalcó con arrogancia. Además, estaba también su problema de no soportar los malos olores, y la mayoría de aquellos caballeros gozaban de perfumarse el cuerpo con colonias de un olor tan nauseabundo que le provocaban arqueadas; vomitar sobre alguno de ellos le acarrearía más murmuraciones y no precisamente favorables.

Suspiró con alivio cuando vio la mesa de refrigerios, con placer tomó un platillo y se dispuso a servirse unos panecillos de miel. Elevó una ceja al ver tal despliegue y diferentes carnes y postres; al parecer, esta era la razón por la cual las fiestas de la duquesa de Wessex eran tan aclamadas por la alta nobleza. Al llenar su plato, lo bendijo, por lo menos tendría algo placentero para hacer aquella noche.

—¿No le parece que es demasiada comida?

Karina no tenía que girarse para saber a quién pertenecía aquella voz ronca; si de verdad los demonios existían, debían tener aquel timbre de voz obsceno que instaba al pecado. «Te incita a ti, *milady*», le volvió a susurrar su dama interior que, en su opinión, era una descarada sin vergüenza.

—No creo que sea buena idea que me salude con esa confianza, excelencia. —Se giró para enfrentarlo, pero el charlatán se había puesto aquella noche sus mejores galas, lo que le provocó

vergüenza y que dejara sus labios abiertos por la sorpresa.

—No me ha dado otra opción —respondió quitándole el plato de las manos.

—¿Qué hace? —objetó sacudiendo un poco la cabeza, intentando espantar los pensamientos que se habían cruzado por su mente.

—Asegurándome de tener una coartada cuando alguna dama curiosa se nos acerque —respondió mirándola divertido al ver que la diadema de rubíes que tenía en la cabeza se había ido de un lado. Aquella joven no dejaba de sorprenderlo; la había seguido casi desde el principio, intrigado por la forma en que esquivaba a las matronas, que esa noche se habían presentado todas; aparentemente, allí solo faltaba el rey.

—Deme el plato, no pienso arriesgarme a que me lo endilguen de pretendiente —le exigió.

Se sostuvieron la mirada en un duelo silencioso de voluntades. Karina podía continuar su camino y dejarlo allí con su plato de deliciosos canapés, pero la curiosidad por conocer al hombre al cual había estado espiando por tanto tiempo le ganó a la razón. «Te arrepentirás», volvió a fastidiar su conciencia.

—Lo sé.

Edward elevó una ceja.

—¿*Milady*? —preguntó confuso.

—No hablaba con usted —respondió un tanto avergonzada.

—¡Querida!

«Lo que faltaba», pensó Karina al ver a su tía Alice acercarse; por lo menos, su madre no estaba con ella.

—Es un gusto volver a saludarla, baronesa —sonrió galante.

—No sabe la grata sorpresa que me llevé en la catedral ayer al verlo entrar, espero que se quede una larga temporada, le prometemos que no se arrepentirá —sonrió coqueta.

Karina desvió la mirada, aquel tono tan meloso de su tía le crispaba los nervios, no entendía esa obsesión por atraer la atención de todos los hombres a su alrededor, incluso la servidumbre no se salvaba de sus avances.

—¿Ya conoce a mi sobrina y ahijada?

—No sabía que *lady* Wellington fuera su sobrina.

Edward las miró sorprendido.

—Soy la hermana menor del duque de Wellington, excelencia. —Alice se acercó más a él, lo que obligó a Edward a colocar el plato entre ambos—. Pero eso es lo de menos, me parece encantador que ayude a mi sobrina con su plato; como sabrá, para ella es difícil caminar entre todo este gentío.

«¿Qué tramas?», Karina se puso alerta.

—Su sobrina es una dama muy juiciosa, me ha pedido que la ayude a llegar a las mesas que han colocado en el jardín para degustar estas delicias —le respondió mirando con intención la montaña de panecillos de miel.

La risa cantarina de su tía fue lo que salvó a Edward, no se escuchó su lamento cuando sintió un pequeño pie sobre su zapato.

—No me parece adecuado salir al jardín —le dijo con una chispa maliciosa en sus pupilas ligeramente entrecerradas.

—Querida, ya tienes suficiente edad para estar por unos minutos a solas con un caballero. —Alice palmeó la mano de Karina, quien se mantenía rígida y con la mandíbula tensa—. Vayan, yo le diré a tu madre que el duque de Northumberland te acompaña.

—Gracias, *milady*, le prometo cuidarla.

Karina volvió a pisar con saña aquel pie al escuchar el tono jocoso en su comentario, el hombre había ido a aquella fiesta con el único propósito de hacerla perder la paciencia.

Edward le señaló el pequeño gazebo muy cerca de las anchas puertas que daban al jardín.

—Esta mansión es hermosa —aceptó Karina mirando los pequeños senderos que llevaban al centro del jardín, le habían dicho que allí la duquesa tenía esculturas imponentes.

—La duquesa de Wessex es una dama con gustos exquisitos —señaló poniendo el plato con la servilleta de algodón sobre la mesa.

—Se ha lucido frente a mi tía —le reprochó sin mirarlo.

—Hábleme de su pierna, conozco el rostro del dolor y usted lo está padeciendo en estos momentos.

Edward ya estaba preparado para el enfrentamiento; para su sorpresa, se sentía eufórico como hacía mucho tiempo no lo estaba. Se desplazó a una de las columnas y se recostó en ella en una posición relajada que le permitía observarla a su placer; incluso cualquier persona podría verlo desde diversas áreas cercanas del jardín. Había elegido el gazebo precisamente porque los mantenía a la vista de todos, no deseaba ningún escándalo en el que su reputación y su honor se vieran seriamente comprometidos. El duque de Wellington era un hombre muy apreciado por sus pares y tomarían partido de su lado.

Observó entre asombrado y divertido cómo la joven se sentó ignorando su presencia. Con gula fue sirviendo panecillos repletos de miel en su plato, su mirada se posó en el labio inferior, el cual brillaba a causa de una generosa cantidad de miel.

—Me está mirando con fijeza, excelencia —lo regañó.

—Sí, lo hago —admitió con total desfachatez.

—¿Dónde quedaron sus modales?

—En el mismo lugar donde usted dejó la prudencia, *milady*.

Edward se humedeció los labios aún absorto en cómo la miel se mantenía en aquella generosa boca. A su juicio, aquellos labios eran los que hubiera ambicionado cualquier cortesana para usarlos en sus ardides amatorios con el fin de volver loco a su amante de turno.

—¿Excelencia? —agregó en tono mayúsculo.

Karina detuvo su panecillo, que chorreaba miel justo al borde de sus labios, lo observó confusa por la expresión ausente del duque.

—Sus labios son una fuente de pecado.

Edward se enderezó, vio en la expresión de la joven que se había sorprendido con su comentario fuera de lugar.

Karina soltó el panecillo sobre el plato, seguramente, cualquier joven debutante se hubiera sonrojado como una manzana por aquella indiscreción, pero ella no pertenecía a ese grupo, su temperamento independiente y liberal no le permitía esa conducta, por lo que solo se quedó muy quieta sosteniéndole la mirada que, en aquel momento, se veía turbia. Admiró maravillada cómo su único ojo iba cambiando de color de un azul índigo claro a uno mucho más oscuro.

El pensar que ella podía ocasionar aquello en un hombre tan mundano e inalcanzable la hizo sentir exultante, pero a la vez, curiosa.

—Le ruego me disculpe.

—No me mienta, excelencia, no veo arrepentimiento en su rostro.

Se levantó olvidando los panecillos, de pronto fue más importante avanzar para ver de cerca aquel ojo que, en su opinión, se había oscurecido por el deseo. Sí, ella se había tomado el atrevimiento de leer a escondidas *El marqués de Sade*, y en ese libro se describía bien la lujuria y el deseo de un caballero por una dama.

—¿Qué hace? —preguntó Edward al verla acercarse.

Karina sonrió saludando a la marquesa de Sussex, quien caminaba junto a la duquesa de Sutherland.

—¿Lo pongo nervioso? —le preguntó regresando su atención a él. Se obligó a poner su cara de inocencia; a través de los años, le había sido de gran ayuda. Con un hermano mayor que siempre quería ser obedecido y un padre que prefería la suavidad y los buenos modales de su madre, había tenido que aprender rápidamente a protegerse.

Edward clavó su ojo en aquellos labios que todavía brillaban a consecuencia de la miel, recorrió despacio la deliciosa boca, regañándose por sentir por aquella joven inexperta aquel deseo tan avasallador. Su respiración se volvió más agitada al saberse imposibilitado de asaltar aquellos labios y entrar a su boca para saquear todo a su paso; de repente, su instinto de cazador, dormido por mucho tiempo, se hizo presente.

—¿Excelencia?

Karina dio otro paso al frente, el olor de su colonia le inundó los sentidos, nuevamente su cuerpo traicionero reaccionó a su presencia. Era como si ambos estuvieran conectados por una

fuerza invisible; aquel pensamiento la sorprendió porque hasta ese momento nunca lo había visto de esa manera. Pero allí, de pie, tan cerca, mirándose con semejante profundidad, sintió una gran conexión y se asustó.

—Debemos regresar, *milady*, hemos estado mucho tiempo afuera. Pero le advierto que la próxima vez que nos encontremos deberá contarme qué sucedió con su pierna para caminar con dificultad.

«Cobarde», lo acusó en silencio.

—Es un tema del que no me gusta hablar, pero si usted me cuenta lo que le sucedió en su rostro, le doy mi palabra de que le contaré lo que me ocurrió a mí.

Él extendió su brazo para que ella lo tomara, Karina así lo hizo dejándose escoltar en silencio; algo había pasado entre ambos, pero ella con su inexperiencia no podía ponerle nombre. Lo mejor sería mantenerse alejada del duque, ella no era la candidata idónea para aquel hombre; seguramente, las matronas ya le habían asignado alguna pareja. A ella le constaba que había buenos partidos con jugosas dotes.

La duquesa de Wessex cerró la puerta de su sala privada. Con seriedad, le señaló una butaca a Alice, quien se acomodó con delicadeza.

—Y bien, Antonella, ¿para qué querías hablar conmigo? —indagó curiosa y abanicándose—. Me has sacado de una interesante tertulia arrastrándome al otro lado de este caserón por algún motivo, te ruego seas breve, hay varios viudos presentes y, como ya sabrás, soy una ardiente cazadora.

Antonellaladeó el rostro con expresión pétrea, la baronesa viuda de Doncaster era una de las pocas mujeres con una reputación cuestionable a la que recibía en su hogar. Alice, a pesar de sus fechorías, era una persona astuta que había conseguido rodearse de los hombres más influyentes de las Cortes europeas quienes, para su fastidio, la tenían en alta estima, lo que hacía difícil poder bloquearle las puertas de su círculo cerrado de amistades. «Algún día encontraré la forma de hundirte socialmente», se prometió mientras se desplazaba con su habitual elegancia a su asiento preferido, el cual había sido estratégicamente colocado para intimidar a sus visitas.

—Necesito que tu sobrino, el duque de Cambridge, regrese a Londres —le dijo relajada—. Eres la única persona que lo ha visto en los últimos años.

Alice se mantuvo impávida, había escuchado rumores sobre la posible alianza de Antonella con el rey, por lo que se mantuvo alerta; lo mejor era esperar a que la duquesa le informara lo que tenía en mente.

—Déjame aclararte que hace tiempo estoy deseando que mi sobrino se case y abandone el encierro que se ha impuesto —respondió—, pero he fracasado en todos mis intentos.

—Pearl.

Alice detuvo el abanico y lo cerró de un golpe.

—¿Pearl? Pero si mi ahijada es demasiado niña —exclamó reacia ante la sugerencia—.

Eso sin contar que su padre y sus hermanos la tienen muy consentida.

—Tu sobrino no aceptará recibir a ninguna dama casadera en su residencia, pero al ser Pearl tu ahijada, no verá extraño que vayas a pasar las vacaciones de todos los años con ella como compañía.

Alice observó con detenimiento aquel rostro frío, ajeno a alguna expresión. La duquesa de Wessex era una mujer respetable con fama de peligrosa y en aquel momento supo que los comentarios se quedaban cortos. Pocos sabían de sus breves viajes al castillo de su sobrino al norte de Inglaterra; que Antonella lo supiera era perjudicial para ella porque eso significaba que estaba al tanto de sus visitas clandestinas a un lugar exclusivo para damas licenciosas como ella, que gustaban de los juegos amatorios oscuros y peligrosos.

—¿Y si me niego? —preguntó sabiendo que aquello era un asunto perdido. La mano del rey estaba detrás de aquella petición.

—Si te niegas, querida Alice, tus andanzas por el lado oeste de la ciudad podrían ser un tema para la columna de los sábados en el periódico de más tirada de la ciudad, ya sabes que mi hermano Hamilton es el dueño del rotativo más importante del país.

—Eres despreciable. —No se dejaría amedrentar; aun cuando tuviera que claudicar, no le daría el gusto de verla bajar la cabeza.

—Cuidado, Alice, no siempre soy tan dadivosa, y contigo lo estoy siendo. —Su tono dulzón no aplacó a Alice, quien se levantó al instante.

—No te prometo nada, solo llevaré a mi ahijada Pearl y el destino será el que intervenga.

Antonella asintió estirando la mano para señalarle la puerta. Alice salió sin despedirse, ya había tenido bastante de aquella hiena por esa noche.

Luego la duquesa entrecerró la mirada pensativa, había estado observando la plática entre el duque de Northumberland y *lady* Wellington; para su desconcierto, había notado una chispa entre los dos, no era lo que había pensado para el duque, pero la joven tenía un linaje impecable, sería una buena alianza. Se levantó para ir en busca de su marido, prometiéndose al otro día enviar una invitación a comer a la duquesa de Wellington antes de que abandonara la ciudad.

Capítulo 4

Abrió con pereza los párpados, gruñó al sentir un ardor recorrer su pupila. Edward había llegado de madrugada, casi al alba, luego de la fiesta se había marchado con el conde de Norfolk hacia el club Venus donde su amigo, el duque de Marlborough, los estaba esperando. Había sucumbido a entregarse a una noche de placer con dos bellas jóvenes que seguramente Peregrine había escogido de manera personal para él; había pasado mucho tiempo desde que había compartido una noche de lujuria y desenfreno con sus amigos. Se colocó la mano sobre su ojo para evitar la fuerte luz que entraba a raudales por una de las ventanas, tendría que dar órdenes de que mantuvieran las cortinas corridas mientras él estuviese dormido.

La mirada inquisitiva de *lady* Wellington volvió a inquietar sus pensamientos, el inmaculado rostro de la joven se había colado en su mente en los momentos más intensos de la noche, distrayéndolo y haciéndolo sentir culpable. La joven era una dama de buena cuna, y pensar en ella mientras se entregaba al placer con otras mujeres no le parecía correcto. Aquella mirada retadora lo había perseguido toda la noche, era como si le hubiera estado reprochando su proceder ligero.

Se palpó el hueco del ojo que había perdido, sentía una tirantez en la piel que lo incomodaba; todavía, a pesar de los años transcurridos, no podía aceptar la pérdida que había sufrido. Su mente rechazaba el recuerdo de todo lo acontecido aquella noche, y él lo agradecía, la traición de su primo había sido un balde de agua fría, jamás lo hubiera creído capaz de tal deslealtad. Con dificultad se puso de pie y se estiró, no recordaba haber llegado a la habitación. Con pereza se dirigió al baño, la residencia había estado casi por dos años en remodelación; para su sorpresa y beneplácito, Richard y Alexander se habían confabulado para que cuando regresara a Londres su casa familiar estuviera en condiciones de recibirlo, y él agradecía aquel detalle. Todavía faltaban algunos pormenores, pero estos serían supervisados por él mismo; había tomado la decisión de regresar a la vida pública, había estado demasiado tiempo solo.

Se desnudó mientras entraba a la estrecha ducha, el cubículo no era muy espacioso, un refrescante chorro de agua cristalina cayó sobre su espalda. Un sonido de satisfacción le salió del pecho al sentir su piel templarse, adoraba sentirse limpio, detestaba la poca o ninguna higiene de algunos miembros de la nobleza. Se recostó en la pared y dejó que el agua fluyera sobre su cuerpo, el frío lo despejaría.

Aunque el espacio para bañarse le parecía estrecho, debía admitir que traía cierta comodidad; de todos modos, haría poner una tina, también adoraba quedarse dormido en ella, al salir se sentía más renovado. Esa noche pensaba perderse por las callejuelas del East End, quería regresar a la taberna El Infierno, donde había estado aquella noche, tal vez así podría recordar con exactitud lo que había acontecido; y lo más importante: quién lo había salvado de morir desangrado en aquel callejón inmundo lleno de ratas.

—Excelencia.

Edward se detuvo abruptamente ante la inesperada intromisión a su privacidad. Tuvo el instinto de cubrirse el rostro, pero lo rechazó enérgico, aquella mujer era el ama de llaves y debía acostumbrarse a verlo sin máscara.

—Disculpe que lo interrumpa en su habitación privada, es que tenemos una emergencia —se apresuró a disculparse sonrojada, era la primera vez que le veía el rostro.

—La escucho —respondió acomodándose su batín de terciopelo azul marino, ignorando su expresión de desconcierto. Tendría que acostumbrarse, no podía hacer nada por cambiar su aspecto y por lo menos en su hogar no estaba dispuesto a cubrirse para hacer sentir bien a los demás.

—Excelencia, si no fuera tan importante, jamás lo hubiera molestado —volvió a disculparse contrariada—. No tenemos mayordomo en la casa y ahora que usted está aquí es necesaria la presencia de esa figura.

—¿Qué sucedió? Por lo que recuerdo, trabajó toda la vida para mi padre.

—Sí, *lord* Carter. Pero su madre enfermó y viajó a Sunset, cerca de Gales, a cuidarla, acabo de recibir una carta en la que me anuncia que ya no regresará. Y no sé a quién recurrir; como comprenderá, es una posición de confianza, no se le puede otorgar a cualquiera —intentó razonar.

Edward caminó ceñudo hasta la chimenea. La última vez que había visto al hombre había sido cuando abandonó la residencia jurándose no regresar; le había exigido que le dijera quiénes lo habían estado atendiendo, pero se había negado diciéndole que él no conocía a ninguno de ellos y que habían evitado identificarse. Edward sabía que había mentido, pero para aquella época el dolor de haber perdido su ojo y su rostro todavía hinchado lo obligaron a marcharse sin exigirle lealtad a la familia. Tal vez era mejor así, lo hubiera tenido que despedir si comprobaba que le había mentado.

—Ahora, con usted en la ciudad, recibirá visitas y deberán ser atendidas. Esta mañana ha recibido muchas invitaciones, se las puse sobre su escritorio en la biblioteca.

—¿Quién ha estado a cargo de la residencia?

—Yo, excelencia —respondió deprisa—, pero su posición social exige la presencia de un mayordomo. Yo soy el ama de llaves.

Edward la estudió en silencio, era una mujer de mediana edad, alta. Podía hablar con ella sin tener que inclinar la cabeza; lo que agradecía, porque él también lo era, y siempre había tenido que mirar hacia abajo para conversar con una dama. Nuevamente, la imagen de *lady* Wellington atravesó su mente recordándole fascinado que con ella tampoco había tenido que inclinar su cabeza.

—¿Cómo demonios no lo percibí?

—¿*Lord* Carter? —preguntó desconcertada.

—Continuará al frente de la servidumbre —respondió entreteniéndola.

—Pero...

—Confío en su buen juicio.

—Sí, excelencia —respondió intentando mantener la compostura. En la casa de un duque, aquella posición no era lo usual y podría causar molestias entre los mayordomos que dirigían con mano rígida varias de las mansiones de los alrededores—. Pero le advierto que no será bien visto por los mayordomos vecinos.

Edward sonrió. Era cierto, su residencia estaba rodeada por familias de títulos nobiliarios prestigiosos que seguramente tendrían mayordomos que pertenecían a la misma generación. Esa era una de las características principales de aquella categoría privilegiada dentro de la servidumbre de un noble: la posición pasaba de padre a hijo durante generaciones.

—Le pediré que vista de acuerdo con su nueva posición y busque una nueva ama de llaves, no pierda el tiempo en buscar un mayordomo; de todas maneras, espero solo recibir a mis amigos cercanos, y las fiestas están descartadas.

La mujer asintió solemne, lo que tranquilizó a Edward.

—¿Quién me subió a la habitación? —inquirió caminando descalzo hacia la chimenea e inclinándose para calentarse las manos.

—Unos lacayos, excelencia, casi no se podía sostener en pie y tuve miedo de que se hiciera daño.

Edward sonrió de medio lado antes de incorporarse.

—Usted será un buen mayordomo.

—Haré lo posible, excelencia —respondió tensándose—, pero le advierto que podría ser criticado por su decisión.

—Hace tiempo que dejó de importarme lo que la Corte pueda pensar de mí.

Trudy hizo una leve genuflexión y se retiró. Ya en el pasillo se recostó en la puerta y gimió, aquella decisión acarrearía problemas, pero ella sabía su situación y no podía contradecirlo. Se incorporó sacudiendo su falda almidonada, subió su mentón y siguió, decidida, a hacer el mejor trabajo posible.

—¿A dónde lo llevo, excelencia?

Edward recorrió la acera buscando algún carruaje conocido, había recibido varias invitaciones para bailes, pero aquella noche no deseaba estar acompañado. Richard había salido de la ciudad por unos días y seguramente James, el marqués de Lennox, estaría acompañando a su padre a la fiesta que ofrecían los duques de Sutherland.

—Tomaré un carruaje de alquiler —le dijo al cochero.

—Tenga cuidado, excelencia, los rateros están en todas partes.

Edward se colocó el sombrero de copa y asintió caminando calle abajo en busca de un carruaje de alquiler que le permitiera pasar un poco desapercibido. Se miró con ironía las botas

de cuero negro que relucían en sus piernas, su indumentaria lo delataría de inmediato. Pero no quería llevar su carruaje personal al otro lado de la ciudad; todavía, después de una década de asumir su posición como duque de Northumberland, no podía acostumbrarse al gran peso social que el título traía consigo. Cruzó la acera buscando llegar a la calle de Saint James, donde el flujo de gente atraía a los cocheros del otro lado de la ciudad. Esperaba que su máscara no amedrentara a los jóvenes que, por lo regular, eran los que manejaban los pequeños carruajes.

Aliviado, vio subir uno. Levantó la mano, cubierta de un guante de cuero; con satisfacción lo vio detener los caballos.

—A la taberna El Infierno —ordenó subiéndose.

A medida que se fue adentrando por los caminos oscuros y llenos de niebla, una aprensión inesperada le apretó el pecho. Su mente se transportó de inmediato a aquella noche cuando su mundo se desmoronó a sus pies mostrándole la infamia de la persona que más había amado. Ese era su verdadero tormento: haber amado a una mujer ruin, egoísta, que había sido capaz de todo. Su mirada de triunfo antes de acabar con su vida todavía estaba clavada en su memoria. «No me arrepiento», pensó en paz. Jamás se había arrepentido de haberles dado muerte, ellos lo hubieran hecho con él, o por lo menos lo habían intentado, lo que sucedió es que alguien desconocido se interpuso y le salvó la vida.

Cuando el carruaje se detuvo abrió la puerta y con precaución miró la calle que, para su sorpresa, estaba bastante concurrida. Se bajó y de su abrigo negro de cachemira sacó unas monedas que le dio al joven, que ya tenía las manos extendidas.

—Tenga cuidado, *milord*, estas calles ahora las vigilan los hombres de Buitre, pero siempre hay que estar alerta —le dijo de prisa azuzando a los caballos flacos llenos de mosquitos a proseguir la marcha.

—¿Buitre? —se preguntó asegurándose el abrigo—. Qué nombre tan absurdo...

Caminó dos calles y asintió al ver la puerta de la taberna, dos hombres se apartaron para dejarlo entrar. Sin mirar a nadie, se dirigió a una de las pocas mesas libres, el olor a sudor le inundó los sentidos, intentó ignorar la peste sentándose en la mesa que estaba cerca de la ventana. Esperaba que alguien se aproximara porque no deseaba ir a la barra, donde seguramente estaban los más borrachos.

—Solo tenemos cerveza, señor. —Se acercó una moza y le puso delante una jarra con un vaso limpio—. Cuando se termine levante la mano, estaré pendiente —prosiguió con un acento fuerte que Edward no lograba ubicar.

—Al parecer, todos han venido esta noche. —Señaló con fastidio las otras mesas. El olor a sudor de la joven lo obligó a sacar de su bolsillo el pañuelo que siempre rociaba con agua de rosas, y se lo colocó en la nariz; siempre había sido muy sensible a los olores fuertes, no podía evitar descomponerse.

Llenó el vaso hasta arriba y tomó un buen sorbo; había tenido suerte de que la moza no hubiera intentado algún avance, seguramente, la máscara la intimidó. Al segundo vaso, comenzó a relajarse, la mirada de *lady* Wellington regresó para aturdirlo, aquella joven se estaba convirtiendo en una obsesión, tenía que ponerle freno a su mente. La joven era hermana de un

buen amigo, cualquier avance que comprometiera su reputación lo obligaría a desposarla, y él no se creía capaz de volver a confiar en ninguna mujer.

—Bienvenido a mi cueva.

Edward se levantó de inmediato al reconocer la profunda voz del marqués de Londonderry, se fundieron en un fuerte abrazo que atrajo la mirada de los marineros. A Averno, nombre con el que se conocía por aquellos rumbos al dueño de la taberna, no se lo tenía como un hombre amable, aquel abrazo sorprendió a muchos.

—La última vez que estuve aquí la acababas de comprar y aposté que no durarías mucho.

—Me quedé —respondió sacudiéndole la solapa del abrigo—. Me siento mejor aquí —le confió señalándole la silla para que se volviera a sentar.

—Acompáñame —le pidió.

—No debiste regresar —le dijo sentándose—, lo que te hicieron fue una canallada.

—Quería enfrentarme con el pasado.

—A veces es mejor olvidar.

—Hay cosas que se quedan prendadas en tu memoria para siempre —respondió dando otro sorbo y mirándolo pensativo—. Hay algo de aquella noche que me gustaría saber.

—No entiendo.

—Alguien me salvó la vida.

—Pensé que tú habías salido solo del callejón.

La expresión sorprendida de Averno lo desconcertó, había tenido la esperanza de que hubiera sido él quien lo llevó a su casa.

—No lo hice. Lo último que recuerdo fue que me desplomaba. Tenía la esperanza de que supieras quién me salvó.

—Los ladrones nunca fueron encontrados. Y no fui yo quien te salvó la vida. —Averno le sostuvo la mirada—. ¿Fueron unos ladrones?

Edward bajó su rostro, aquella versión fue la que dio a los más cercanos alegando que había perdido los cuchillos que le había regalado Richard en un cumpleaños. Lo cierto es que habían desaparecido junto con los cuerpos de su primo y la mujer que había sido su prometida.

—Sí —le respondió desviando la mirada, no quería que nadie supiera lo que había acontecido aquella noche; ni siquiera se había sincerado con Alexander y Richard, quienes habían aceptado su versión—. Ya ha pasado mucho tiempo, seguramente, se habrán largado a otro país —respondió decidido a cambiar el tema. Él mismo en solitario se ocuparía de encontrar a su salvador.

—¿Cómo has estado?

—Me he dedicado todos estos años al cultivo, he obtenido buenas ganancias, he duplicado

las arcas del ducado.

—Aunque estoy en este lado de la ciudad, me llegan noticias. Se acaba de volver a casar Alexander.

—Sí —respondió lacónico—. Espero que esta vez tenga mejor suerte.

—¿Qué quieres decir? —inquirió curioso recostándose hacia el frente para escuchar mejor, ya que la gritería de los hombres jugando a las cartas no le permitía escuchar bien.

—Su difunta esposa era una mujer muy religiosa, fue un milagro que no se internara en un convento luego de su primer hijo. Recuerda que murió en el parto de su segundo hijo. En el fondo, Lex pensaba que lo odiaba, porque se casó enamorada de otro hombre. Me sorprendió que decidiera volver a casarse y arriesgarse a volver a pasar por ese infierno.

Averno se recostó sobre la silla, que rechinó por el peso de su cuerpo, su cabello largo descansaba sobre sus hombros. Cruzó sus fibrosos brazos meditando en lo que Edward le había dicho, el desatinado matrimonio del duque de Cleveland no era un suceso desconocido para ellos, muchos matrimonios en la sociedad a la que pertenecían eran concertados desde la cuna; ese había sido el caso del de Alexander, quien le había tenido que exigir dos herederos a su esposa, como era su derecho. Él mismo, si se hubiera quedado en su círculo social, hubiera estado obligado a tomar por esposa a una dama de buena cuna que fuera merecedora de llevar el título. Ese pensamiento lo inquietó.

—El rey está obsesionado con herederos legítimos y no me extrañaría que estuviera detrás de ese sorpresivo matrimonio —le dijo haciéndolo partícipe de una sospecha que venía rondando por su cabeza desde hacía tiempo.

Jorge IV no era un rey a quien se pudiera manipular, era conocido por su astucia y mano dura cuando quería alcanzar un objetivo.

—Él solo tendría que imponer su mandato —razonó Edward poniendo el vaso vacío sobre la mesa. Había estado por mucho tiempo fuera de la Corte, pero aun así le habían llegado rumores de un monarca implacable con los súbditos que no cumplían sus caprichos.

Averno se rio negando con la cabeza.

—Jorge no nos retará de frente, somos muchos los que les hemos dado la espalda a nuestras obligaciones. Conoce la existencia de la hermandad y la fuerza que la compone, sabe que somos inquebrantables, ninguno jamás la traicionaría.

—¡Ni Claxton se atrevería!

—Exacto, ni siquiera Claxton, y eso ya es mucho decir.

—Pero tú también eres un heredero —le recordó.

—Lo sé, estoy atento a lo que está sucediendo, ya muchos han sido advertidos.

—¿Richard?

—Sí.

Edward asintió mirando pensativo la jarra de cerveza que ya estaba casi vacía. El rostro burlón de *lady* Wellington se mofó de él, ¿acaso él también estaría en la mirilla del monarca? Y si era así, ¿quién sería la elegida?

—¿Crees que él escogió a *lady* Victoria de Sutherland como esposa de Alexander? — indagó inquieto.

Averno tomó su vaso y lo llenó con la cerveza restante, de inmediato apareció una moza que tomó la jarra para volverla a llenar.

—Jorge no, pero su cómplice, la duquesa de Wessex, sí —le dijo cuando volvieron a estar a solas.

Edward abrió su único ojo y se recostó en la silla, luego lo cerró.

—Joder, estamos en problemas —aceptó.

Averno estuvo de acuerdo, la duquesa de Wessex era una dama para tener en cuenta, su carácter decidido y tenaz la hacían peligrosa.

—Tiene al rey de su parte, en estos momentos esa mujer nos tiene en sus manos.

—Hablaré con Richard cuando regrese —respondió decidido a no dejarse atrapar.

Capítulo 5

—La duquesa la está esperando en su salita privada —le indicó Tina al entrar en la habitación.

—¿No sabes para qué desea verme? —preguntó un poco extrañada levantándose de la silla del tocador—. Es aún muy temprano para que mi madre haya bajado y pida verme.

—No, *milady*, ella solo me ordenó que le avisara.

Karina asintió pensativa, su intuición le advertía que algo estaba sucediendo, su madre, al igual que muchas damas de su posición, no dejaban sus habitaciones hasta pasada la mañana, y en el caso de su progenitora podía extenderse hasta la hora del té.

—Asegúrate de que todos mis vestidos sean bien colocados en los baúles, espero que salgamos esta misma tarde, no hay ninguna razón para seguir aquí, Victoria ya está felizmente casada con el duque de Cleveland.

Tinaladeó el rostro al verla salir a toda prisa aun con su visible cojera. Admiraba el temple de la joven dama, otras en su situación seguramente no se levantarían del sofá obligando a los sirvientes a servirla; en cambio, *lady* Karina se forzaba a caminar, cabalgar y subir árboles.

Sacó un pedazo de pan recién horneado que se había robado de la canasta de la cocina, se acomodó en el borde de la cama, la espera sería larga. Había escuchado a hurtadillas cómo la duquesa le explicaba a su dama de compañía los cambios de planes, *lady* Karina no iba a estar contenta con lo que su madre le diría, con el tiempo que llevaba como su doncella podía dar fe de su fuerte carácter.

Karina supo por el semblante de su madre que aquella conversación no sería de su agrado, su progenitora tenía el talento histriónico de una actriz de teatro, el mundo del arte había perdido la oportunidad de conocer a una gran artista, de eso no le cabía duda. Solía poner un gesto adusto para comunicar alguna desgracia y en aquel momento esa era la expresión de su rostro. Maldita fuese su suerte, desde que había llegado a Londres solo había tenido sobresaltos.

—Siéntate, Karina —le indicó palmando el asiento a su lado—. No puedo postergar más esta charla —le dijo con aquel tono que utilizaba solo para dar malas noticias—. Es de vital importancia que tengamos una charla amigable entre madre e hija.

Karina ignoró la orden y se sentó en la butaca rosada justo enfrente, donde podría observarla mejor. Conocía todos los significados de sus extrañas muecas al hablar, cuando niña se había llevado muchas reprimendas por imitarla con perfección. Intentando relajarse y evitar a toda costa que emergiera su endemoniado carácter y dijera alguna barbaridad, su mirada se paseó por la pintoresca sala, no había estado en ella desde hacía muchos años y los colores rosados en diferentes tonalidades le parecieron en aquel momento insulsos y faltos de vitalidad, a ella le gustaban los colores alegres, amarillo y anaranjado eran sus favoritos.

—Hemos sido demasiado permisivos contigo. —Escuchó a su madre decir. Decidió poner atención y, al verla tanteándose el tocado, se enderezó más en su butaca—. Anoche, conversando con algunas amigas, me han reprochado el tenerte apartada de la vida social. —Volvió a palparse el tocado, lo que obligó a Karina a desviar la mirada para evitar interrumpir aquella conversación que ya intuía no sería para nada de su agrado—. Me he dado cuenta de que no hemos tomado la mejor decisión sobre tu futuro. Supongo que el estar por tanto tiempo retirada en nuestra mansión campestre sin frecuentar a mis amigas y escuchar sus opiniones me ofusqué y no pude ver mi error al no contradecir a tu padre sobre su decisión de no obligarte a contraer matrimonio.

Karina rechinó los dientes, aquello era más serio de lo que había imaginado.

—¿Padre está enterado de esa conversación que usted tuvo con sus amigas? —El tono displicente no fue del agrado de su madre, que rápidamente elevó una ceja en desaprobación. «Estás en problemas, Karina», le advirtió su yo interno.

—¡No seas insolente, Karina! —la amonestó. Cerró el abanico golpeándose la palma de su mano—. Tu padre en estos momentos no está en condiciones de ser molestado.

—¿Qué quiere decir?

—Está enfermo —respondió con expresión preocupada—. Y por primera vez te ordeno que lo dejes en paz. Eres nuestra única hija y te amamos, no haríamos nada que consideráramos en contra de tu bienestar.

—Lo sé. —Se sintió un poco culpable, pero solo un poco. Su madre, aunque la quería, siempre había antepuesto su lugar en la sociedad, la duquesa de Wessex se había encargado de recordarle ese sitio y lo que se esperaba de ella. «Vieja bruja», maldijo para sus adentros, ya el daño estaba hecho.

De pronto el párpado de su progenitora comenzó a moverse como si lo estuvieran jamaqueando, aquella era la señal de que por su boca saldría una calamidad; todo su cuerpo se erizó ante la anticipación de una catástrofe.

—No hemos debido alentar esos comportamientos impropios de una dama de tu posición. En la boda de Victoria, fueron varios los ofendidos, entre ellos, el conde de Norfolk —le dijo mirándola con reproche.

—Es insufrible —respondió levantando la pequeña nariz, indignada porque el odioso hombre le hubiera hablado de ella a sus padres—. Ni siquiera el rey presume tanto su posición.

—Estás equivocada. —La señaló con el abanico—. Jorge te hubiera puesto en tu lugar, tu padre ha tenido la culpa por consentirte en demasía.

—Los amigos del duque de Cleveland son soberbios, altaneros y prepotentes —rechinó escupiendo las palabras—; seguramente, esa es la razón por la que permanecen solteros, una mujer en su sano juicio despreciaría cualquier avance que viniera de ellos.

Ruth se entristeció de pronto al ver la actitud de su hija, sería una misión imposible conseguir un hombre que su marido aceptara. En el fondo él se había sentido culpable por lo que le había acontecido a Karina, la habían dejado al cuidado de la niñera mientras iban a pasar el fin de semana a un pasadía en el campo con otras parejas. Al regreso, se habían encontrado con

Karina casi irreconocible por las altas temperaturas, ella misma había dudado de que pudiera sobrevivir. Ambos la habían malcriado y ahora no creía que fuera tan sencillo hacerla cambiar de actitud.

—Karina, hemos decidido buscarte un matrimonio ventajoso. —La duquesa levantó el abanico indicándole que callara al ver su fiera mirada—. Un caballero que sea lo suficientemente fuerte de carácter para mantenerte a raya. Cuando tu padre y yo ya no estemos, Heathcliff tomará el lugar de tu padre y no tolerará ese comportamiento.

—¡No! —gritó levantándose—. No me obligarán a casarme.

—¡Lo haré!

Karina se giró al escuchar la voz afilada de su progenitor.

—He enviado una carta a tu hermano en la que le explico mis razones para desear un matrimonio para ti, tu hermano seguramente encontrará al hombre adecuado.

El duque se adentró en la habitación, pocas veces lo había hecho, el saloncito de su esposa era su lugar de descanso y siempre lo había respetado, pero al enterarse de que había enviado por Karina, quiso estar en la conversación. Él no era tan ingenuo como al parecer lo creía su esposa para no darse cuenta del error que habían cometido al darle tanta importancia a lo ocurrido con Karina en su infancia; su hija tenía una pierna mucho más delgada que la otra, pero era algo que su futuro marido jamás vería si ella no se lo mostraba, él jamás había visto los pies de su esposa en la intimidad de la habitación.

—No puedes hacerme esto —le reprochó acercándose hasta él—. Ningún hombre va a querer a una mujer con una pierna deforme —le recordó ya con sus ojos empañados por las lágrimas—. No quiero ser despreciada por mi marido.

—Eres una joven hermosa, Karina. Y tienes una cuantiosa dote que ofrecerle a tu futuro esposo.

—Ya tengo veintitrés años —le recordó.

—Todavía tenemos tiempo de encontrar un buen candidato. Tu hermano tiene muchos conocidos solteros, estoy seguro encontrará el candidato entre ellos.

El corazón comenzó a latirle sin control, escuchar hablar de los libertinos amigos de su hermano fue lo máximo que pudo soportar.

—No voy a casarme —le respondió mirándolos con decisión.

—Es mejor que cooperes, hija —contestó acerado.

El rostro duro del duque puso a Karina en guardia, jamás había escuchado aquel tono frío y tajante en su progenitor.

—Le he pedido a tu hermano que se haga cargo de la elección, él conoce a muchos caballeros solteros de buena posición, confío en su buen juicio.

Karina negó con la cabeza, aquello no podía estar pasando; su padre, el hombre más importante de su vida, la estaba traicionando. Se sintió tan abrumada que salió corriendo de la

salita negándose a seguir escuchando cómo su padre acababa con su vida.

La duquesa se levantó tomando la mano de su esposo, una lágrima solitaria descendió por su pálida mejilla.

—No tengo mucho tiempo, querida —le dijo abrazándola—, siento que mis días se acaban, seguramente, ya no esté aquí cuando Heathcliff regrese, te imploro que le digas lo orgulloso que estoy de él.

El sollozo en su pecho lo hizo cerrar los ojos y la estrechó fuertemente entre sus brazos, él había sido de los pocos que había encontrado el amor en su esposa, se sentía bendecido por todos aquellos años de complicidad y amor verdadero. Ahora su mayor miedo era dejar a Karina desamparada, había sido un necio al no obligarla a presentarse como las otras jóvenes a participar de la temporada en Londres, seguramente ya estaría casada y con hijos.

—Heathcliff las cuidará.

—Te amo.

—Lo sé, querida, ese ha sido el mayor regalo que la vida me ha otorgado.

Karina entró al cuarto furiosa, las lágrimas que se deslizaban por su rostro eran de pura rabia e impotencia, nada podía hacer ante la orden injusta de su padre, su hermano no lo contradecía, Heathcliff tenía un carácter endemoniado cuando se lo provocaba.

—¿Qué sucedió, *milady*?

Tina guardó la última migaja de pan para más tarde, había aprovechado la ausencia de *lady* Karina para ir por cuatro pedazos más de pan, esta vez con miel incluida.

—Me quieren casar —respondió acercándose al tocador. Tomó una de las botellas de perfume y la tiró sin misericordia contra la pared.

Tina agradeció que aquella botella tallada era tan dura que solo rebotó y cayó frente a la chimenea.

—Cálmese, *milady*, si lo piensa con detenimiento, no es mala idea tener un marido.

Karina se giró despacio, clavando sus ojos inyectados en sangre en la robusta doncella.

—Ahora mismo se parece a la hermana de Satán —le dijo recogiendo el frasco del suelo. Frunció la nariz ante el olor profundo de la fragancia, que se había desperdigado por todo el piso.

—Eres una arpía, debería echarte a la calle.

—No puede, muy en el fondo, usted tiene un buen corazón —le respondió mirándola.

—No quiero casarme —le replicó arrancándose el tocado de la coronilla y dejando así que la gruesa cabellera cayera indómita sobre su espalda.

—¿Por qué mejor no se sienta, le arreglo nuevamente el tocado y nos vamos a visitar el atelier de *madame* Coquet? Tengo mucha curiosidad por conocer el afamado lugar. Siempre que *madame* Coquet las visita no deja de describir su taller y alabar a sus costureras.

—Tengo que hacer algo.

Karina se dejó caer abatida sobre el banquillo del aparador, sus hombros se encogieron a causa de la desazón, nunca había escuchado aquel tono decidido de su padre. ¿Qué lo habría hecho cambiar? Aunque había visto a su madre conversar con la duquesa de Wessex por mucho tiempo, no creía que aquella mujer tuviera el poder para doblegar a su padre.

—Arrégrame el cabello, después de visitar a *madame* Coquet iremos a ver a tía Alice, tal vez ella pueda convencer a mi padre de su error —la apremió esperanzada de que su tía pudiera intervenir.

Tina se apresuró a regresar a su lugar aquella madeja de cabello. Le encantaba salir y seguramente cuando a *lady* Karina se le pasara el coraje la invitaría a una confitería a probar deliciosos postres. El pensamiento le hizo agua la boca.

Edward se detuvo al ver al faetón de la familia Wellington al otro lado de la calle, se echó a un lado cuando una dama lo rozó con su sombrilla, era una hora concurrida en la calle Audley Sur. Caminó hasta el final de la acera para poder ver más de cerca a quién acarreaba.

Cuando vio descender a una doncella, su ojo se achicó y su corazón comenzó a latir más deprisa. Lo primero que vio fue un escaupín amarillo, luego descendió la dama que lo tenía desde hacía varios días en una vil zozobra; la pícara descarada no se salía de su mente burlándose de su falta de control para sacarla de sus sueños. Decidido, cruzó la calle; seguramente, iría al atelier de *madame* Coquet, quien era en aquel momento la modista de las damas más importantes de la nobleza.

—Me tardaré, cuando termine enviaré a Tina a buscarlo —le dijo Karina al cochero.

—Estaré dos calles más abajo —le respondió tocándose el ala del sombrero.

—¿Ya se fijó en lo buen mozo que es el cochero? —La mirada pícara de la joven la hizo sonreír.

—Tina, te recuerdo que te besaste con el mozo de cuadra —le respondió abriendo la sombrilla. Tendría que caminar una calle para llegar al taller de costura y odiaba que la miraran debido a su notable cojera—. Deberías controlar tu lujuria, es pecado.

—Lo siento, *milady*, la comida y los hombres serán mi perdición —le respondió acomodándose a su espalda para que la sombrilla la tapara.

Karina apretó la mandíbula al entrar al taller de costura y encontrarse a la duquesa de Wessex acompañada por su hermana Wilhelmina, vizcondesa de Severn. Tuvo que invocar a todos los santos para no decirle lo que pensaba de sus consejos a su madre, porque estaba segura de que aquella mujer odiosa había sido la gestora de que sus padres le estuviesen buscando un marido.

—Buenas tardes, excelencia, qué grata sorpresa —mintió con descaro y la saludó con una breve inclinación.

—Querida, me alegro de que hayas decidido participar de la algarabía de la ciudad.

Karina prefirió mantenerse en silencio, con ella no iba a poder, su tono dulzón y amable no la convencían.

—Eres muy joven y hermosa para perder el tiempo en el campo —le dijo Wilhelmina sonriendo.

—Me agrada el campo —respondió mirándolas con una sonrisa de lo más falsa. Si era honesta consigo misma, la parte de fingir a ella le resultaba muy fácil, bien decían que había algunos dones que nacían con uno, y el de actriz lo había heredado de su madre.

—Sí, querida, pero en el campo no encontrarás marido, y debo recordarte que como hija del duque de Wellington tienes unos deberes que cumplir.

Antonella endulzó el tono lo más que pudo, debía aceptar que la joven tenía temple, pero debía dejarle claro a la pilluela que no era adversaria para ella, todavía le faltaba vivir media vida para que estuviese medianamente a su altura.

—Quiero ver varias telas para encargar algunos vestidos —le dijo a *madame* Coquet. No pensaba contestar, la bruja estaba provocándola y ella no se lo pondría tan fácil.

—Siéntese en la sala —le dijo señalándole un área adyacente al recibidor donde se podían ver algunas damas tomando té y conversando.

—¿Me permitirías un consejo?

Karina asintió, se le estaba haciendo difícil mantener la compostura, su carácter indómito y rebelde estaba peleando a gritos para que lo dejara emerger. «No puedes, Karina», le advirtió la maldita voz traicionera en su interior.

—Olvide ese pequeño detalle insignificante de su pierna, una mujer de su posición siempre contará con ayuda. Su cojera tal vez sea más una bendición que una tragedia; si lo piensa con frialdad, siempre tendrá la excusa perfecta para deshacerse de eventos y personas indeseables.

Karina le sostuvo la mirada, en aquel momento bendijo su estatura, que le daba una pequeña ventaja sobre la odiosa mujer, y se abstuvo de responder.

—Espero verte esta noche en el baile de los marqueses de Sussex —le dijo despidiéndose.

Karina las siguió con la mirada, le dio lástima *lady* Wilhelmina; seguramente, su hermana le decía cuándo y cómo hablar.

—Bruja —balbuceó olvidándose de la presencia de *madame* Coquet a su lado, quien no había perdido detalle de la singular conversación entre la duquesa y *lady* Wellington.

—¿*Milady*? —Se preocupó al ver a la joven con la vista fija en el ventanal de cristal desde donde se podía observar a la duquesa subir a su faetón.

—¿Podría darme un vaso de agua? —sonrió ignorando su expresión preocupada.

Sentía que se le quemaba la garganta, en el fondo esa era la verdad que deseaba ocultar detrás de la excusa de su pierna maltrecha; a pesar de haber nacido entre nobles, siempre se le había dificultado ocultar sus verdaderos sentimientos, y ese detalle era imperdible si se quería ser

una dama respetable como lo era la duquesa de Wessex. No era tan soberbia para no admitir que frente a una mujer como ella no tenía oportunidad de salir ilesa, debía calmarse antes de que cometiera un error en el que el apellido de su familia quedara expuesto.

—¡Por supuesto! —exclamó *madame* Coquet apresurándose a servirla.

Edward había estado esperando al otro lado de la calle a que la joven entrara a la modista para acercarse más. Maldijo por lo bajo cuando vio a la duquesa de Wessex salir; el cochero, rápido, le abrió la puerta y desapareció dentro del carruaje. Suspiró aliviado de no haberse guiado sus instintos de seguir a *lady* Wellington al interior del taller de costura, hubiera sido desacertado que la mujer lo hubiera visto acompañado por la joven; él era, después de todo, un buen partido y *lady* Wellington, a pesar de su edad, era una dama soltera de buena familia. Decidió cruzar la calle y esperar a que la dama saliera para poder abordarla.

Karina agradeció la amabilidad de la modista ante la falta de entusiasmo que demostró en escoger las telas. Lo importante era que había renovado todo su guardarropa, *madame* Coquet la había convencido de unos colores más atrevidos y un talle más escotado en el que sus redondeados pechos serían más visibles. Por alguna razón, la mirada del duque de Northumberland apareció en su mente provocándola con una sonrisa pícaro. «Desaparece de mi mente», le ordenó concentrándose en la modista.

—Dentro de tres días tendrá todo en su residencia —le aseguró *madame* sonriendo encantada.

—Incluya los sombreros, los guantes y las carteritas de tela de cada vestido con sus cintas para poder atarlas a la muñeca —le recordó.

—¿Sombrillas? Tenemos un artesano que trabaja cada una de ellas con exquisitos bordados.

—Solo para los vestidos de tarde. Estaré esperando —le dijo despidiéndose antes de que un grupo de damas que se acercaba a la modista las interrumpiera, ya había tenido bastante.

—*Milady*, creo que se excedió en el escote en algunos vestidos—le dijo Tina al salir.

Karina no respondió, se enderezó su sombrero suplicando en su interior que el cochero estuviera cerca, la pierna le dolía horrores, se había negado a pedirle a la modista que le alcanzara una butaca para sentarse mientras escogía las telas, su orgullo una vez más se había impuesto, lo que resultaría en una noche sin poder dormir a causa del fuerte dolor que la mantendría en cama. Sabía que no estaba bien, pero odiaba ver la lástima en los ojos de las personas, detestaba las palabras de aliento que muchas veces eran huecas, dichas simplemente por deber.

Abrió la sombrilla.

—*Milady*.

La voz profunda del duque de Northumberland a su espalda la distrajo, soltó la sombrilla para voltearse.

—Su sombrilla. —Escuchó la voz de Tina lejana mientras su mirada se clavaba en el único

ojo del duque, quien levantó una ceja al ver su desconcierto.

—¿Es que no se cansa de causar mi malestar? —preguntó tensando la mandíbula.

—No.

—Eso pensé —respondió con reproche tomando la sombrilla que la doncella le estaba extendiendo.

—Al parecer, ha puesto a *madame* Coquet a trabajar.

—¿Ha estado espiándome?

—No —le respondió tomando con descaro la sombrilla para abrirla.

—¿Qué hace?

—Cerca de aquí está la confitería Gunter's, hace mucho no me como uno de sus deliciosos pasteles y, como buen caballero, la estoy invitando.

El suspiro de Tina a la espalda de ellos los hizo girarse.

—Mi doncella adora los dulces —le informó.

Edward asintió encantado.

—También habrá uno para usted si hace el favor de avisarle al cochero que busque a la dama al frente de la confitería.

—Sí, excelencia —respondió avanzando calle abajo.

—¿Se da cuenta de que me he quedado sin acompañante?

—Estamos en una calle muy transitada y usted, *milady*, ya tiene veintitrés años —le dijo colocando su brazo sobre el suyo para que ella lo utilizara de soporte—. ¿Por qué no usa bastón?

Karina tensó la mandíbula mirando al frente, no podía caminar mucho más ocultando su cojera.

—No lo haga.

—No me diga lo que tengo que hacer. Usted es el menos indicado.

Edward inclinó la cabeza saludando al marqués de Lennox, que pasaba en su faetón, no había tomado en cuenta que podía ser visto por alguno de sus amigos.

—¿Lo dice por mis heridas?

—Sí —le respondió.

—Fueron muy profundas; al contrario de su pierna, mi rostro lo vería todo el mundo.

—La herida de su mejilla es muy fina, casi no se ve.

Edward caminó despacio dejándola a Karina llevar el ritmo, ella no se había dado cuenta, pero cada cierto tiempo aprisionaba su brazo, lo que indicaba que estaba sintiendo dolor. Por alguna razón, aquello lo afectó, giró su rostro recreándose en la suavidad de su mejilla, la altura

de ella le daba esa ventaja.

—Nunca antes había estado al lado de una dama tan alta —le dijo distraído en el largo cuello que en aquel momento lucía un discreto collar de pequeñas perlas, se veía exquisito; de pronto se imaginó uno de los collares antiquísimos que pertenecían por derecho a la duquesa de Northumberland.

—Herencia de mi padre —le respondió deteniéndose, mirándolo con suspicacia. ¿A qué estaba jugando? ¿Es que no se había dado cuenta de que estaban dando de qué hablar al caminar juntos por aquella calle tan concurrida a esas horas?—. La que agradezco, me gusta mi estatura.

—A mí también... —respondió sin meditar.

—¿Excelencia? —preguntó sorprendida por su franqueza.

—Discúlpeme, ha sido un comentario sin pensar. Estoy seguro de que ya sabrá que hace mucho tiempo no converso con una dama y, con franqueza, mis modales están oxidados.

—¿Qué pretende, *lord* Carter? —Karina aprovechó su sentimiento de incomodidad para sacarle el motivo de su extraño comportamiento.

Edward prefirió esquivar aquel ataque frontal de la joven. ¿Qué demonios podía contestarle si ni él mismo conocía por qué estaba caminando sobre una cuerda en un momento en el que no deseaba desposarse con nadie. La instó a seguir la marcha, la confitería estaba a unos pasos, las redondas mesas ubicadas afuera del establecimiento fueron una bendición. Con diligencia llevó la a la joven hasta una para que pudiera sentarse.

—¿Tiene alguna preferencia?

—No, excelencia, me enloquecen los dulces, pero lo dejo a su elección —respondió acomodándose, desatando de su muñeca su carterita y dejándola caer sobre la pintoresca mesa.

Karina lo siguió con la mirada, le robaba el aliento, era un hombre que destilaba poder. Y, para su consternación, a nadie parecía sorprender que llevara la mitad del rostro cubierto por una máscara; no debía ser una sensación placentera estar con el rostro cubierto tantas horas. Mientras lo miraba hablar animadamente con el confitero, meditó en que a pesar de su carácter cuando estaba a su lado se sentía intimidada. «Tonterías —la regañó su voz entrometida—, es un hombre como cualquier otro».

—No lo es —le respondió recostándose aliviada de estar sentada, el tobillo le latía, sería una verdadera proeza llegar hasta su habitación.

Mientras veía circular los carruajes por la calle, reconoció varios de los escudos que representaban a influyentes familias de la aristocracia; ya era la hora del té, muchos gustaban de reunirse en la casa de algún amigo o pariente para disfrutarlo.

—Le traje pastel de fresas con crema. —A Karina se le hizo agua la boca al ver la hermosa presentación. La crema chantillí invitaba a deslizar un dedo por ella y lamerlo, se lamentó de no haber estado a solas—. Adoro las manzanas —le dijo sentándose frente a ella con una tarta de manzana con un fuerte aroma a canela.

—Hummm —ronroneó de gusto olvidando por completo dónde se encontraba, aquel pastel

era un trocito de cielo en la tierra. Cerró los ojos y saboreó con delicia cómo se deshacía en su boca.

Edward les dio gracias a todas las divinidades por haber estado sentado en aquel momento, la manera cómo disfrutaba del pastel había despertado a su hombre dormido que, en aquel momento amenazaba con escaparse del calzón y dejarlo en evidencia. Aquella joven se había propuesto torturarlo, no había otra explicación para la manera tan sublime como deslizaba la lengua por su labio inferior manchado por la espumosa crema.

—Está delicioso.

—Es mi confitería preferida cuando estoy en Londres, es muy popular. También hacen helados y sorbetes —le respondió poniendo toda su atención en su tarta de manzana.

Karina terminó el suyo con deleite y puso la cucharilla sobre el plato. Su acompañante se había mantenido en silencio, no pensaba dejar pasar de largo la oportunidad de conocerlo mejor. Era improbable que se volvieran a encontrar, ella estaba decidida a regresar a su hogar, no iba a malgastar su tiempo en buscar un marido.

—¿Qué pretende, excelencia? —le volvió a preguntar.

Edward se relamió el último bocado, se limpió con calma su labio sin ninguna prisa en contestar aquella pregunta para la cual no tenía respuesta. Él no sabía lo que estaba haciendo, no debería estar allí sentado a la vista de todos compartiendo un delicioso pastel con la hija del duque de Wellington, una dama soltera de muy buen abolengo.

—Al parecer, no solo es tuerto, sino también sordo.

Karina se sintió exultante cuando la única pupila del duque se clavó en ella.

—¿Recuerda a quién se está dirigiendo?

—¡Por supuesto, excelencia! Pero debo recordarle que usted sabía a quién estaba invitando a comer un delicioso pastel —respondió en tono suave.

—Una arpía —le respondió sonriendo.

—Odioso —sonrió aleteando las pestañas.

Edward abrió el ojo, aquella insensata le estaba aleteando las pestañas en plena calle.

—Le recuerdo que estamos sentados al aire libre —le dijo entre dientes saludando al duque de Grafton, que caminaba con su esposa Katherine del otro lado de la acera.

—Usted ha sido el culpable. Detesto cuando no contestan mis preguntas —le respondió levantándose al ver su carruaje detenerse frente a la confitería.

—No hemos terminado la charla.

—Por mí está terminada —le dijo con su rostro radiante—. No sé lo que pretende, pero se ha equivocado de joven ingenua.

—Ya sé que usted no es ingenua —se apresuró a levantarse y tomarla del codo obligándola a permanecer a su lado.

—Excelencia, nos están mirando —le dijo sorprendida de su agarre.

—Usted es la culpable.

—¿Yo?

—Sí, usted, al provocarme —respondió llevándola hasta el carruaje donde ya el cochero había abierto la puerta.

—Hasta nunca, excelencia.

—Ni lo sueñe, *milady*, usted y yo tenemos una conversación pendiente.

—En sus sueños —le dijo antes de subir.

Edward maldijo aquel encuentro, solo había despertado su instinto de cacería.

Capítulo 6

Karina gimió al sentir la aguda punzada en su tobillo, se había extralimitado, pero por lo menos se sentía satisfecha de no haber causado la lástima del duque. Su orgullo había vencido sobre la razón una vez más. Pero para ella había sido importante probarle que no era una inútil inválida que dependía de la compasión de los demás, ella nunca había permitido tal sentimiento de nadie, ni siquiera de sus propios padres: había luchado por su independencia.

—No debió de hacer ese esfuerzo —la regañó Tina con la boca llena de mermelada—. *Lord Carter* me envió esta caja llena de dulces —le sonrió levantando la caja—. Es un caballero de palabra y muy buen mozo de cerca —le confió con un guiño.

Karina asintió recostándose, el traqueteo del carruaje acrecentaba la dolencia, no podría presentarse ante su tía en aquellas circunstancias.

—¿Le dijiste al cochero que iba a la residencia de la tía Alice?

—No, yo sabía que la pierna le estaría doliendo horrores, la espíe mientras caminaba con el duque y, aunque lo hacía con su porte distinguido, sabía que le estaba doliendo.

Karina asintió aliviada al reconocer que su doncella la conocía muy bien. Cerró los ojos e intentó relajarse, al parecer, el cochero se había desviado y los callejones parecían más angostos. Todavía podía oler el sutil aroma de su colonia, lo había tenido tan cerca que aún no podía creerlo. Durante todos aquellos años en los que a escondidas lo había espiado, jamás se había atrevido a anhelar tal encuentro. Era mucho más peligroso de lo que había imaginado, le había encantado el intercambio de palabras entre ambos, le había sorprendido que se mostrara tan abierto aun sabiendo que caminar a su lado podría traer repercusiones. Aquel pensamiento la inquietó, no quería ser el tema de conversación de los salones de té, odiaría estar en boca de todas aquellas sanguijuelas amigas de su madre.

—Es un caballero al que debería tener en cuenta. Si su madre está empeñada en escogerle un marido, el duque podría ser el mejor candidato —razonó sin percatarse de que había dicho en voz alta el anhelo oculto de Karina.

Karina abrió los ojos y la miró con fijeza, en otro momento hubiera sido el candidato ideal: dueño de las tierras aledañas a las de su padre y con gustos parecidos a los suyos, lo hubiera recomendado a su padre como posible candidato, pero no podía, simplemente, no podría vivir al lado de ese hombre sin saberse su dueña.

—No lo quiero como esposo, y te prohíbo, Tina, que hagas algún comentario que pueda llegar a los oídos de mi madre.

—¿Pero por qué? Le falta un ojo y tiene una cicatriz en la mejilla, pero tiene todos los dientes —respondió exasperada—, sería la duquesa y viviríamos cerca de su familia —intentó razonar—. ¡Es el mejor candidato! —exclamó exasperada sabiendo que cuando a *lady* Karina se

le metía algo en la cabeza era peor que una mula para que recapacitara.

Karina volvió a cerrar los ojos, se recostó sobre los mullidos cojines rogando que el carruaje se diera prisa, esta noche necesitaría unas gotas de láudano en su infusión o no podría dormir.

Richard observó con serenidad el rostro de su amigo Edward, era la primera vez que se había desprendido de la máscara dejándolo ver su rostro, durante todos aquellos años se había negado a deshacerse de aquel artificio frente a ellos.

—¿Crees que *lady* Wellington pueda impresionarse? Detesto pensar que pueda sentir repulsión.

Richard se llevó la copa de whisky a los labios sopesando lo que podría contestarle, él solo veía una línea fina que recorría la mejilla, pero al contrario de lo que había supuesto, no había nada grotesco en la imagen.

—Por lo que escucho, estás interesado en la joven.

—No lo sé —respondió acercándose al escritorio—, me atrae su manera franca y honesta de hablar.

—Esa joven no es la indicada.

La delgada ceja oscura se elevó al escuchar el comentario, por alguna extraña razón, se sintió incómodo al escuchar el tono con el que Richard se refería a *lady* Wellington.

—No te he pedido opiniones referentes a ella, soy lo suficientemente adulto para tomar mi propia decisión si fuese el caso —respondió serio.

Richard dejó su copa sobre la mesa, recostándose en la butaca. Edward sonrió a su pesar al ver su reacción, tanto Richard como Alexander no eran buenos en aceptar que se les llevara la contra.

—Es irreverente —respondió tajante.

—Te recuerdo, hermano, que andas persiguiendo a *lady* Jane de Sussex, quien tampoco tiene muy buen carácter.

—Lo sé, pero a diferencia de *lady* Sussex, *lady* Wellington sí puede ser un dolor de cabeza, recuerda que Wellington muchas veces se quejaba de lo mimada que la tenía su padre. Al escucharla en la fiesta, supe que no solo la había mimado en exceso, sino que la dama piensa que puede hacer lo que le plazca sin ninguna repercusión.

—Tiene carácter —la defendió sentándose—, además no es tan niña como *lady* Sussex, a quien te recuerdo sus padres también han mimado en exceso y, por último, es deliciosamente alta, me siento cómodo caminando a su lado.

—Creo que ya tomaste una decisión.

Edward le sostuvo la mirada unos segundos, su cabeza fue de un lado a otro en negación,

él no había decidido nada. Jamás se había planteado el matrimonio, en su pasado había un secreto que podía manchar su honor y le aterraba arrastrar a una esposa e hijos en dicho escándalo. Aunque habían pasado muchos años, siempre estaba la posibilidad de que alguien supiera a ciencia cierta lo que había ocurrido aquella noche fatal y decidiera dejarlo en evidencia frente a toda la aristocracia. Había matado a dos personas: una de ellas, su primo hermano, sangre de su sangre, quien lo sucedía al título por derecho.

—¿Edward?

—Perdona, me distraje —respondió incorporándose. Caminó hasta el aparador de las bebidas y se sirvió un generoso vaso de whisky. Richard no perdió detalle de sus movimientos, su ceño se frunció al percibir sus nervios.

—¿Qué sucede?

—Nada —respondió evitando girarse, no quería destapar su pasado, quería que se quedara enterrado en el tiempo, había sido una experiencia que casi lo había matado y no quería todo aquel dolor de vuelta.

—Si estás interesado en la joven, deberás hablar con el padre cuanto antes.

—No estoy seguro de nada, Richard —se giró regresando a la butaca—. Tal vez fue simplemente la grata sensación de caminar del brazo con una dama.

—Entonces mantente apartado. Wellington es nuestro amigo, pero bien sabes que es un hombre peligroso a quien no hay que provocar —le recordó.

Edward asintió pensativo, Richard tenía razón, no debía acercarse demasiado a la joven, solo atraería la curiosidad de las matronas más chismosas. Lo mejor era marcharse de Londres y poner sus ideas en orden.

La luz del alba se filtraba por el ventanal, el canto de los petirrojos alojados en las ramas del árbol frente a su ventana le brindaba un delicioso concierto que en aquel momento agradeció. Recostada en los enormes cojines de seda amarilla de su cama, Karina daba gracias a Dios de que el dolor había remitido bastante, había sido una noche dolorosa en la que el láudano se había negado a hacer su efecto. Sabía que no podría levantarse de la cama al menos por dos días, la pierna se había puesto más rígida de lo usual y el tobillo estaba hinchado. Cerró los ojos y dejó que su cabeza descansara, seguramente, se dormiría, había abusado un poco del remedio.

—Valió la pena —se dijo, no había dejado de pensar ni un segundo en los momentos compartidos con el duque.

—*Milady*, me alegro de que esté despierta.

La voz de Tina la hizo abrir los ojos, quejándose a su pesar por la punzada en el tobillo.

—Tina, está amaneciendo. ¿Qué haces aquí?

—Le traje un poco de té —le respondió acomodando con cuidado una bandeja con la humeante infusión.

El olor a miel le avivó el ánimo.

—Ha sido una noche terrible —admitió recibiendo de buena gana la apetecible taza.

—Por eso me levanté y yo misma lo preparé, sabía que le sentaría bien.

—Gracias, Tina.

—Para eso soy su doncella.

—Lo sé, pero me gusta agradecer.

—Es usted una mujer muy rara, tiene dos personalidades dentro de ese cuerpo —le dijo acercándose para ayudarla.

Karina sonrió a su pesar, sabía a lo que Tina se refería, por lo general era su rostro tajante y altanero el que exhibía ante los demás. En el fondo sabía que aquello solo era una máscara para evitar comentarios que la hicieran sentir como una inútil, jamás le permitiría a nadie menospreciarla, antes prefería que la tildaran de hosca y huraña.

—*Milady*, también vine temprano para comunicarle algo que escuché anoche en la cocina.

Karina extendió la taza para que volviera a llenársela, el olor a miel unido al de limón le habían sentado bien.

—Su madre fue invitada hoy a almorzar con la duquesa de Wessex y su tía Alice la acompañará.

Karina tomó su té sin responder. Una reunión de su madre con la duquesa solo confirmaba sus temores, no creía que esta vez pudiera deshacerse de la amenaza; por algún motivo oculto, sus padres habían cambiado de opinión y ahora querían unirla a cualquier mozalbete que encontraran.

—Se lo advierto, *milady*, usted debería alentar al duque, mejor, es un hombre conocido.

—Yo no conozco al caballero.

—Con tantos años acechando al pobre hombre... ¡Claro que lo conoce!

—¡Tina! —la regañó con mirada de reproche.

—No sea testaruda —le advirtió retirándole la taza de los largos dedos—, es su oportunidad de amarrar un sueño —terminó tomando la bandeja dispuesta a retirarse.

—Más tarde sube agua para bañarme.

—Sí, *milady*.

Karina se volvió a recostar, su mirada fija en la puerta por donde había salido su doncella.

—Amarrar un sueño —repitió con voz cansada—, amarrar un sueño —repitió hundiéndose en un profundo sueño.

Edward dejó caer la servilleta al ver la noticia destacada en la columna de sociedad, es decir, cotilleos del rotativo perteneciente al duque de Hamilton, hermano de la duquesa de Wessex:

EL DUQUE DE NORTHUMBERLAND HA REGRESADO A LA CIUDAD, SE LO VIO ACOMPAÑADO DE *LADY* KARINA DE WELLINGTON. AMBOS DISFRUTABAN DE UN DELICIOSO POSTRE EN LA CONCURRIDA CONFITERÍA GUNTER'S EN LA PLAZA BERKELEY, CERCA DE LA EXCLUSIVA CALLE STRATTON. SEGUIREMOS INFORMANDO DE LOS AVANCES DE LA PAREJA.

—Pero qué demonios es esto —gritó en soledad en el comedor de su residencia. Volvió a leer una y otra vez el malicioso artículo.

—Excelencia, la doncella que hace las compras en el mercado me lo dijo. —La señora Trudy, que fungía como mayordomo, se masajeó preocupada el cuello—. Que usted y *lady* Wellington son el tema de conversación.

El timbre de la puerta sonó, lo que puso más en tensión a Edward, era muy temprano para recibir visitas.

—Atienda al inesperado visitante —le dijo todavía con la vista fija en el rotativo—, no quiero ver a nadie.

—Pues a mí tendrás que recibirme —anunció Alexander entrando como una tromba al comedor—. ¿Dónde está el mayordomo? El jovenzuelo de la puerta no me inspira ninguna confianza.

—Excelencia, le pido disculpas, es un joven muy listo que en unas semanas estará en condiciones de recibir invitados.

—La señora Trudy es mi mayordomo —le dijo tirando el periódico sobre la mesa.

—Veo que ya estás enterado —le dijo en tono molesto Alexander mientras se desprendía de su elegante abrigo, se lo entregó a la señora, que intentaba disimular sus nervios frente a uno de los nobles más influyentes de la Corte.

—¿Qué haces aquí, Alexander? Deberías estar con tu esposa, se acaban de casar —le recordó señalándole la silla a su derecha para que se sentara. En aquel momento, lo que menos necesitaba era un sermón de su amigo, pero conociéndolo, tendría que pasar por el mal trago.

—¿Cómo se te ha ocurrido pasearte por la calle Audley Sur con la hermana de Wellington? —Su tono severo e indignado preocupó más a Edward. Si para su amigo había sido tan alarmante, no podía imaginar lo que estaría pasando por las cabezas de las damas honorables de la ciudad. Él solo había ayudado a la joven a caminar.

—No creo que sea para tanto, solo me estaba asegurando de que la hermana de Wellington, quien te recuerdo es un buen amigo, llegara sana y salva a su carruaje —mintió con descaro sabiendo que había cometido un error.

Alexander le añadió una generosa cucharada de miel al té. Se había equivocado en abrir el periódico en aquella cizañera columna de cotilleos que, aunque la firmaba un hombre, él tenía

claro que era una dama quien, por lo que escribía, se paseaba de manera incógnita y ruin por todos los salones en donde se reunían. No había podido desayunar, había salido raudo a buscar a Edward, quien al parecer, tantos años lejos de Londres le habían creado amnesia.

—Es una dama casadera —comenzó, intentando que su tono no fuera tan hosco.

—Lo sé —admitió—. ¡Oh, por todos los santos, Alexander! Solo caminé con ella.

—Estuvieron comiendo solos en la confitería a la vista de todos. —Tomó el periódico y lo levantó a la altura de su rostro—. Parece que el “reportero” estaba allí también, porque describe todo con bastante minuciosidad.

—¿Crees que Wellington se moleste?

—No nos vamos a quedar en la ciudad para averiguarlo —interrumpió Richard seguido por el duque de Marlborough.

—Nunca me aburro cuando estoy cerca de ustedes —los aguijoneó Peregrine tomando una lonja de tocino.

—¿Desde cuándo te levantas tan temprano? —El tono de sarcasmo divirtió a Peregrine Cavendish, quien no se sintió aludido. Con parsimonia caminó hacia el otro extremo de la mesa y se sentó—. Tengo hambre, Richard me arrastró hasta aquí por la curiosa nota del periódico —sonrió pícaro al ver cómo una doncella le servía un generoso plato de jamón y huevos—. Solo les recuerdo que nadie en su sano juicio se mete con Wellington —les aseguró suspirando al echarse también una lonja de tocino caliente.

—¿Te has vuelto loco? —amonestó Richard a Edward y se sentó sobre su lado izquierdo—. Te advertí que tuvieras cuidado.

—Me la encontré y tuve la necesidad de invitarla a la confitería que visitamos cuando estamos aquí.

Peregrine silbó sonriendo, aquello molestó a Edward.

—No es gracioso, Peregrine —lo increpó.

—Jamás me ha dado la tentación de invitar a una dama a una confitería. Y menos a Gunter's. Es como usar un silbato para chismosos.

—Tú solo las invitas a encamarse contigo —arremetió Alexander—. Si tuviera una hermana, jamás te permitiría saludarla —le señaló.

La carcajada de Peregrine se escuchó por toda la mansión, nunca comprendería cómo un hombre como Alexander pertenecía a la hermandad, en la que la mayoría de sus miembros caminaban al borde de lo oscuro y lo ilegal.

—¿Qué sugieres, Alexander? —inquirió Richard releendo la columna—. Seguramente, las damas que lidera la duquesa de Wessex deben estar maquinando la manera de atrapar a Edward.

—Salir de la ciudad —interrumpió Peregrine—. Yo les estaré informando de lo que suceda.

—Aunque me cueste admitirlo, esta vez Peregrine tiene razón, si no estás dispuesto a un matrimonio, lo mejor es que te apartes de la dama.

—Tenemos que averiguar quién está detrás de esta columna venenosa —dijo Richard tirando con desprecio el periódico sobre la mesa.

—Yo me puedo encargar —asintió Peregrine—, les aseguro que es una dama.

Los demás asintieron dándole la razón.

Capítulo 7

El viento soplaba inmisericorde contra la ventana, Karina se mantenía estoica frente al inclemente clima mientras lágrimas silenciosas descendían por sus mejillas; su padre había muerto, se había ido sin despedirse. Aquella madrugada los gritos desesperados de su madre habían levantado a toda la casa, ¿cómo no se había dado cuenta? Todo aquel afán de su progenitor por encontrarle un marido había sido a causa de su miedo a dejarla desprotegida. Sollozó al sentirse culpable de no haber intuido que algo había detrás de su apremio.

Habían salido de Londres dos días después de su convalecencia, en aquel momento su madre había escondido la enfermedad de su padre con la excusa de tener que regresar a la mansión campestre para atender el reclamo de algunos arrendatarios; ella había estado tan envuelta en sus propios caóticos sentimientos que no había puesto atención a detalles que ahora le parecían evidentes. Apretó el pañuelo de lino blanco contra su pecho, había escogido una fecha importante para despedirse, era el primer día del año, solo hacía una semana que estaban en la residencia de los duques de Cleveland celebrando la cena de Nochebuena. Su padre había dejado en manos de su hermano las responsabilidades del ducado; al llevar tantos años su padre retirado en el campo, incluso ella consideraba a su hermano como el duque de Wellington. Ella habría jurado que su padre se veía animado junto a sus amigos de toda la vida. «Se había ido a despedir», meditó sin que pudiera evitar el profundo sollozo que emergió de su pecho. ¿Qué sucedería ahora? No había vislumbrado un futuro sin su padre, lo había creído invencible.

Heathcliff Aedus, el nuevo duque de Wellington, descansó su mano de dedos largos y elegantes sobre el pecho de su progenitor, parecía dormido en aquella cama inmensa de madera de caoba lustrosa. Dio gracias en silencio al Creador por haberlo dejado llegar a tiempo, se juró que no volvería a alejarse de Londres, había transcurrido lo mejor de su juventud sirviendo al monarca y, aunque no pensaba dejarlo desprotegido, no era una opción que su madre quedara desamparada. Su padre le había hecho prometer que estaría al pendiente de ella, y lo cumpliría, se consideraba un hombre de honor.

—Heathcliff, intenta controlar tu espíritu, el viento afuera es sobrecogedor.

Ruth acarició con cariño el hermoso cabello de su único hijo, amaba a Heathcliff, tenía mucho de su padre.

—Los aldeanos están acostumbrados, madre —respondió ausente—. ¿Dónde está Karina? —inquirió levantando su mirada gris.

—Está abajo —respondió caminando alrededor de la cama—. Espera a que pase el velatorio, hijo, para hablar con ella. —Su mano descansó con amor en la frente de su marido—. Ojalá ustedes pudieran encontrar el amor, no hay sentimiento más poderoso en la tierra que el sentir amor hacia otra persona, no hay obstáculo que no puedas alcanzar cuando tu mente y tu

corazón están llenos de ese sentimiento tan sublime.

—¿Tanto lo amaste? ¿Nunca les temiste a sus dones? —preguntó por primera vez dejándole ver su principal inquietud.

Ruth meditó su respuesta, claro que había temido aquellos dones que para ella eran inexplicables, había tenido mucho miedo.

—El amor fue más fuerte —respondió honesta sabiendo que era la verdad, su amor por su esposo había sido más fuerte que su miedo a vivir con una persona que podía hacer cosas insospechadas con su mente—. Mi único temor siempre fue que fuera tildado de hereje, tuve miedo a que lo pudieran descubrir, y ese miedo luego se transfirió a ti porque, desde que comenzaste a caminar, tu padre supo que en ti aquellos dones eran mucho mayores.

Se acercó nuevamente acariciándole la mejilla como cuando era un niño y corría atemorizado a sus brazos por las voces que escuchaba; habían sido tiempos difíciles en los que ella se había negado a abandonar su residencia rural temerosa de que su hijo pudiera ser señalado.

—Un hombre como tú necesita a una compañera en quien descansar. Yo fui eso para tu padre, un remanso donde él podía distenderse con confianza sabiendo que yo jamás lo traicionaría. Se ha ido en paz, tú le diste esa paz al regresar a su llamada.

—No me iré.

—Lo sé. —Se inclinó para besarle la frente como hacía cuando era un niño. Para una madre no importa cuán grande sea su hijo, siempre en sus ojos verá a su niño, ese que necesitaba protección—. Estamos muy orgullosos de ti, Heathcliff, sé que llevarás tu título con dignidad de la misma manera que lo hicieron tu abuelo y tu padre.

Heathcliff giró la cabeza posando su mirada en su padre, al contrario de lo que suponía su madre, él no tenía el carácter pasivo de su progenitor, se consideraba un hombre enérgico con muy poca paciencia para los que osaban contradecirlo; la vida a su lado no sería fácil para ninguna dama que él conociera. Nuevamente, sintió la presencia de alguien desconocido intentando derrumbar sus barreras mentales, aquello era imposible, tenía demasiados años de experiencia y aquel ser, aunque tenía poderes para tomar en cuenta, era una persona joven e inexperta. «Espera que esto termine y te prometo nos veremos las caras», se juró.

—Ve y arregla todo, yo me quedaré velando a tu padre. —Ruth se sentó a la derecha de la cama en una silla ovejera estampada que había estado allí por los últimos treinta años—. No quiero ver a nadie, hijo, te pido que me excuses.

Heathcliff observó con fascinación cómo su madre acariciaba la mano yerta de su padre, recordó cómo en la juventud junto a sus amigos universitarios se habían burlado de aquel sentimiento señalándolo como inexistente. En aquel momento, cuando había alcanzado casi los cuarenta años, se replanteaba si habían sido unos soberbios prepotentes al despreciar el matrimonio y huir de Londres.

La pequeña capilla perteneciente al ducado de Wellington se había llenado de los nobles que habían viajado a despedir al duque; Karina, desde donde se encontraba, reconoció al duque de Sutherland, el padre de Victoria. Se sorprendió al ver al duque de Richmond quien, según su madre, se había distanciado un poco de la sociedad tras casarse por segundas nupcias y convertirse en padre de unos gemelos. A ella le gustaba leer las columnas de sociedad, allí se enteraba de los sucesos más relevantes. Recordó haberse sorprendido mucho por el anuncio del matrimonio de su única hija, llamada Katherine; la joven había estado muchos años alejada de la vida pública. Curiosamente, su prima Virginia era muy amiga de la nueva duquesa de Grafton, su madre vivía apenada por la forma en que su primo hermano había dejado desamparada a Virginia después de su muerte. Recordaba haberle pedido a su madre que le diera asilo en su hogar, pero para sorpresa de todos el duque de Richmond la tomó bajo su protección y allí continuaba.

Abrió su negro abanico intentando escuchar las palabras del párroco cuando su mirada tropezó con su némesis. De inmediato recordó su última advertencia semanas antes en la casa de su prima Victoria: le había pedido que no mostrara su cabello suelto. Había sido un comentario atrevido y fuera de lugar, pero siendo honesta consigo misma le había encantado su tono autoritario. «Te contradices», le reprochó su voz interior. «Lo sé», le respondió.

Regresó su atención al frente, se negaba a caer en el hechizo de aquel tuerto arrogante, ella no sería su diversión. A pesar de tener un lugar privilegiado en la sociedad, su visible cojera no le daba esperanzas de encontrar un hombre que le atrajese, y ella no toleraría la lástima del duque de Northumberland ¡nunca!

Edward todavía no podía asimilar la muerte de su vecino, había tenido la oportunidad de hablar con él en la fiesta de Navidad de los duques de Cleveland y, para su sorpresa, le había recriminado el haberse mantenido apartado por los últimos años, a lo que él no tuvo mucho que responder; la verdad era que había estado sumido en su desgracia y no había pensado ni siquiera en sus amigos. Sentado allí frente a su féretro, lamentó no haber alimentado una amistad entre ambos porque eso le habría permitido conocer a Karina más de cerca. La joven lo tenía confundido, se las había ingeniado para mantenerlo apartado negándole cualquier posibilidad de algún encuentro.

Al enterarse de su partida días después de su deliciosa tertulia en la confitería, se sorprendió porque aún faltaba para el cierre de la temporada. Hubiera aprovechado para regresar a su hogar y desde allí armar un plan para seguir viéndola, pero su amigo Richard se lo había impedido, había tenido que acompañarlo a Irlanda en su cacería detrás de *lady* Jane de Sussex. Luego, había viajado con su amigo a la fiesta de Navidad, en la que sería nombrado padrino de Alexandra Victoria, la hija recién nacida de Alexander y Victoria. Se había sorprendido gratamente de encontrar allí a *lady* Karina, quien le había dejado en claro que no era santo de su devoción; sin embargo, por lo menos habían tenido unas palabras a solas y había tenido la gracia de poder sentirla en sus brazos al tener que cargarla por la copiosa nieve que caía sobre el terreno. Había sido allí, en medio de la blanca nieve, donde se había resignado a lo fuerte que eran sus sentimientos por la dama, ahora el problema sería convencerla de que él sería un buen

partido aun con su ceguera parcial y la mitad de su rostro desfigurado.

Karina entró en su habitación dando gracias de que todo había terminado. La mayoría de los nobles presentes se habían marchado alegando compromisos previos ineludibles, solo se habían quedado la marquesa de Cumberland con sus dos hijas gemelas, Rose y Sophie. La marquesa había ido en representación de su suegro, el duque era uno de los mejores amigos de su padre.

—Le voy a subir algo para comer, hace muchas horas que no come nada —le dijo Tina pasando a su lado, iba prendiendo las lámparas de aceite de la habitación con un mechero de pedernal.

—Solo trae té y algunos panecillos mojados en miel —respondió arrojando su abrigo sobre una silla—, no tengo hambre.

Tina asintió camino hacia la puerta, pero se detuvo y giró con mirada preocupada.

—¿Desde cuándo *lord* Wellington conoce a las hijas de la marquesa?

Karina frunció el ceño ante la inesperada pregunta.

—No creo que mi hermano las conozca, Tina, él acaba de regresar —le dijo tomando asiento—. Las gemelas aún no han sido presentadas en sociedad, la marquesa las acompañará al comienzo de esta temporada.

Tina asintió, salió de la habitación y se detuvo a mirar por el pasillo, estaba desierto, nuevamente la fuerte lluvia azotaba las altas ventanas. Luego se persignó, todos los lugareños estaban acostumbrados a las lluvias y vientos intempestivos, que desaparecían de la misma manera imprevista en que aparecían.

Karina terminó de lavarse. Distraída, dejó caer la delicada toalla sobre la jofaina y se masajeó el cuello intentando conseguir alivio, la cabeza le retumbaba, estaba segura de que estaría algunos días indispuesta. Tomó el frasco de agua de rosas, lo destapó y alcanzó un pañuelo de lino que había dejado sobre la pequeña mesa a la derecha de su cama. Luego lo roció, lo llevó a la nariz y, al aspirar profundamente su olor, sintió alivio de inmediato. Tenía que descansar, no había dormido desde la muerte de su padre, necesitaba tener la mente clara para su enfrentamiento con Heathcliff; si su padre le había dado la orden de desposarla, su hermano no escucharía razones, la palabra de Heathcliff era inquebrantable.

Capítulo 8

Edward intentaba una y otra vez mover los bueyes del arado hacia el lado oeste del terreno, ya era poco lo que faltaba por trabajar antes de comenzar el sembradío de diferentes hortalizas que deseaba cosechar en su finca. Para su orgullo, era poco lo que tenían que comprar de afuera, tanto su residencia como la de los arrendatarios pertenecientes a sus tierras por generaciones se alimentaban de lo que producían. Trató una vez más hacerle entender a los bueyes por dónde debían proseguir, pero se le hizo difícil.

Al otro lado del terreno, varios agricultores seguían en la faena de sembrar los nuevos cultivos. Llevaba dos semanas trabajando en los campos sin descanso, Richard le había pedido que regresara a Londres para el comienzo de la temporada y se sentía obligado a presentarse.

—*Lord Carter*, déjeme ayudarlo.

—Los bueyes son muy robustos.

—Usted compra lo mejor —sonrió el hombre mostrando sus dientes partidos y aligerando el paso para ayudar a su señor.

Edward respondió a su sonrisa, los arrendatarios y los hombres que trabajaban sus tierras se habían convertido en parte de su familia. Habían sido ellos quienes le habían otorgado un poca de paz en medio de toda su desgracia.

—Excelencia, hay un caballero que desea hablar con usted.

—¿Caballero? —preguntó extrañado tomando un paño de lino que había dejado sobre una piedra.

—Sí, excelencia, me dijo que le dijera que Wellington necesitaba hablar con usted. Prefirió quedarse bajo la sombra del árbol de álamo—. Bien sabe usted que la brisa que trae el río de la montaña refresca esa área de la finca.

Edward le entregó las sogas, se quedó allí mirando entre sorprendido e inquieto la figura que se percibía bajo el anciano árbol. Se miró los pantalones llenos de tierra y las botas enlodadas, a pesar de conocer a su inesperado visitante, no le parecía adecuado ir a en aquellas fachas a su encuentro.

—Maldición —rezongó al comprender que no tenía nada que hacer, no podía ir a su casa a refrescarse y dejarlo allí debajo de un árbol. Además, algo apremiante ocurría para que un hombre como Heathcliff hubiera ido a su encuentro en medio de aquel llano en pleno sembradío.

Se las ingenió para sortear los caminos más enlodados, en la mañana habían caído algunos aguaceros que hacían más difícil la faena. Su camisa la había olvidado en alguna rama de los árboles cercanos; suspiró resignado, parecía un campesino común, nada que ver con el duque de Northumberland.

—Jamás hubiera creído que eras precisamente tú quien dirigía los trabajos del ducado.

Edward se detuvo a unos pasos poniéndose las manos en la cintura, en su cuello descansaba la cruz que lo unía a la hermandad, la cadena era el símbolo que emparentaba a cada uno de los miembros.

—Como verás, no puedo saludarte —sonrió señalándose, extendiendo sus manos sucias.

—Sentémonos, Edward. —El tono serio de Wellington le erizó la piel—. Allí hay dos piedras que nos pueden servir —le señaló Heathcliff adelantándose con un caminar enérgico, impuesto a que lo obedecieran.

Edward lo siguió tomando en cuenta que estaba muy bien vestido.

—¿De dónde vienes? —inquirió intrigado.

—Londres —respondió colocando su fusta con cuidado antes de sentarse—. Estuve reunido con Richard, Edran y Peregrine. Ah, Richard me dijo que te necesita en Londres.

—Acabo de llegar y ya Richard desea que regrese a Londres, no entiendo lo que está pasando —respondió dejándose caer sin ceremonia en el piso. Se sentía agotado y prefería recostarse en un tronco a caerse de la piedra, algo en su interior le estaba advirtiéndole que Wellington no estaba allí por algo bueno.

—Están pasando muchas cosas importantes, Edward. Estuve reunido con el rey.

El silbido de Edward le arrebató una sonrisa a su cansado rostro, desde que había muerto su padre no tenía sosiego.

—Cuando Jorge anda cerca aparecen todas las desgracias —le respondió Edward acomodando su desnuda espalda contra el tronco de un árbol de roble.

—Ya soy oficialmente el duque de Wellington y con ello heredo todas las responsabilidades.

Su tono fatídico alertó a Edward, quien decidió adelantarse.

—¿Qué quieres de mí, hermano?

La palabra hermano conmovió a Heathcliff. Había estado muchos años alejado de la mayoría de los hermanos en la oscuridad en la que había vivido, se había tenido que acostumbrar a caminar en soledad. Desde que había llegado a la ciudad, la hermandad lo había arropado nuevamente entre sus brazos; hasta el insensato caradura de Claxton, el duque de Rutland, le había parecido diferente, algo había cambiado en aquel granuja sin conciencia. Él era la única pieza chueca en la hermandad, nadie sabía con exactitud quién lo había dejado entrar y, lo más importante, cuál había sido el motivo.

—El rey me ha ordenado buscar un marido para mi hermana —le dijo llevándose la mano a su lazo y halándolo con impaciencia. Esperaba que este plan diera resultado. Desde que Edran y Peregrine le hicieron ver lo positivo de este enlace, no había parado de darle vueltas a cómo convencer a Edward. Y, para complicar las cosas, el rey había intervenido alentado por la duquesa de Wessex, estaba seguro.

—Pobre del caballero que se atreva a esa hazaña —le respondió sin reparos cruzando los

brazos a la altura del pecho.

—Estuviste caminado con ella por toda la calle Audley Sur —le recordó.

—Ante todo, soy un caballero, Heathcliff —le respondió levantando los hombros en señal de que no le daba importancia a ese encuentro—. La ayudé a caminar, la muy testaruda no utiliza bastón —le señaló.

—Tú estás soltero.

Esta vez Edward saltó y se puso de pie. Lo miró como si se hubiera vuelto loco, tenía que estar equivocado, Heathcliff no podía estar allí ofreciéndole a la hermana en matrimonio, aquello no podía ser cierto.

—Heathcliff...

—¡Maldición, Edward! —Se levantó perdiendo la paciencia—. No se la puedo entregar a un desconocido, por lo menos, contigo la tendría cerca y sabría lo que está pasando. Es mi única hermana, nació cuando ya casi era un hombre, no puedo casarla con cualquiera; como me lo ha pedido el rey, necesito encontrar a alguien en quien yo confíe.

—Hay otros.

—Sí, pero no son mis vecinos —intentó razonar.

—Tu hermana es una arpía.

—Te creí con más audacia —lo aguijoneó.

Se midieron en silencio. Edward sabía que tenía muy poco a su favor, Heathcliff era un oponente formidable y maldita fuese su prudencia, a él le gustaba aquella mujer con la lengua tan ponzoñosa; tenerla a su lado para molestarla y hacerla rabiar se le antojaba delicioso.

—No tengo que mencionar su dote.

—No tienes.

—Si aceptas convertirla en tu esposa, te daré la parte del llano que colinda con tu propiedad, mi padre la compró y está fuera de las propiedades pertenecientes al título de Wellington, por lo tanto, están desvinculadas del ducado. Tendrás un lago para las reses que estás criando en el otro lado de tu finca.

—Eres el diablo, Wellington.

—Esta vez solo quiero asegurarme de que mi hermana esté en manos seguras, Edward. Tú nunca la lastimarías, y Karina con otro hombre no correría la misma suerte. Mi hermana no mide las consecuencias de sus palabras, mis padres la mimaron sin pensar en los problemas que eso acarrearía. En la boda de Alexander, dejó a muchos molestos con su audacia al responder sin importarle su posición inferior.

—¿Richard?

—En efecto —aceptó contrariado—. Richard, a pesar de su obsesión por estar alejado de la realeza, es sobrino de Jorge IV e hijo de la princesa Carlotta de Mecklenburg. Su abuelo

materno funge como rey en un pequeño estado alemán y es el hermano de la madre de Jorge; ya sabes que los padres de Richard eran primos hermanos.

—Wellington, déjame pensarlo.

—Tienes tres días, Edward, ya tengo el contrato matrimonial en mi oficina, estaré esperando por ti.

—¿Y si me niego?

—No lo harás —respondió confiado.

Edward se puso de pie alisándose el rebelde cabello, él tenía un secreto y casarse sin decirle nada a Wellington no era una buena opción.

—Lo pensaré, solo eso te puedo prometer.

—Con eso me basta —le respondió más tranquilo—, continuaré la marcha, ya he dejado solas demasiado tiempo a mi madre y a mi hermana pequeña.

—¿Y tu madre? —preguntó atento Edward.

—Tengo planeado enviarla por una temporada a Escocia con una prima, eso la mantendrá alejada de los recuerdos —explicó el hermano de Karina con tristeza.

—¿Qué piensas hacer?

—Todavía no lo sé, pero de algo puedes estar seguro: ya no me volveré a marchar de Londres —afirmó Wellington serio.

—¿Y Jorge?

—Me temo que me tiene una nueva encomienda a la que no podré negarme.

—No te envidio.

Heathcliff se llevó de improviso la mano a la frente y se quejó de la fuerte punzada que sintió. Edward, asustado, lo tomó por el brazo para estabilizarlo.

—¿Estás bien? —inquirió preocupado al ver su visible palidez.

—Sí, es solo el cansancio —respondió eludiendo su mirada—. Te espero, Edward, confío en ti —le respondió palmeándole el hombro antes de girarse en busca de su purasangre, al que había dejado atado un tramo más al norte.

Edward lo siguió con la mirada hasta que su silueta se perdió por el tupido follaje del estrecho sendero por el que había llegado. Con su ceño fruncido intentaba analizar aquella extraña conversación, aunque ambos pertenecían a la hermandad, no habían sido cercanos como lo era con Alexander o Richard, Wellington siempre había sido un solitario, pocas veces se lo había visto con alguien a excepción de Leyton, el duque de Cornualles, con el que siempre había tenido un fuerte lazo de amistad. Se acomodó sobre el tronco pensativo, a pesar de que la joven no salía de su mente, no había contemplado un matrimonio con ella, tener a Wellington como cuñado no sería cualquier cosa, lo tendría vigilado de por vida.

—Excelencia. —La voz del capataz lo obligó a dejar de lado sus preocupaciones.

—¿Qué sucede?

—El nuevo ganado ya está pastando donde usted nos ordenó, pero le advierto que necesitaremos llevarlos cerca del riachuelo y para eso necesitaremos varios hombres armados.

—¿Por qué? —se extrañó.

—Están robando ganado.

—Maldición, era lo único que nos faltaba. Haz lo que tengas que hacer, ese ganado es muy importante para mis planes futuros —le advirtió.

Se encaminó nuevamente por el sendero que lo llevaría de regreso con los bueyes, más tarde se sentaría a meditar sobre las consecuencias de un enlace con la única hermana del nuevo duque de Wellington.

Capítulo 9

—No, no y no —gritó enfurecida Karina a su hermano, quien se mantenía inalterable ante su bravata—, no me casaré con el duque de Northumberland.

—Lo harás —le dijo sereno con una frialdad que avivó más la furia de Karina.

—No puedes obligarme.

—Sí, puedo —le ripostó—, con la muerte de nuestro padre pasas a ser mi responsabilidad.

—No puedes obligarme, Heathcliff —gritó poniendo sus manos sobre el escritorio.

—Lo haré —respondió imperturbable—. No te voy a permitir que me manipules como hacías con padre —le recriminó.

—Eso no es cierto, Heathcliff —le señaló con el dedo índice.

—Lo es, Karina, utilizaste tu pierna para lograr todo lo que deseabas.

Karina negó enérgicamente con la cabeza. Sus ojos se habían abierto desorbitados al escucharle decir lo que en su interior se había reclamado desde la muerte de su progenitor, su miedo a ser rechazada la había instado a convencer a sus padres de que lo mejor sería mantenerse soltera. Ahora, al escuchar a Heathcliff acusarla de manera tan brutal, se sentía amenazada.

—Te vas a casar —le volvió a señalar inexpresivo—, vas a formar una familia.

—No me voy a casar con el duque de Northumberland.

—¿Podría decirme, *milady*, cuáles son sus objeciones para aceptar mi oferta?

La voz inesperada los sorprendió a ambos, Edward irrumpió en la biblioteca seguido del mayordomo, visiblemente incómodo.

—¿No le han enseñado a tocar la puerta? —le inquirió Karina sonrojada de la rabia—. Un caballero de su posición no entra a una habitación sin ser anunciado primero.

—Karina. —La advertencia en la voz de su hermano solo azuzó su rabia y su malestar por estar atrapada en una situación que, al parecer, no podía controlar.

Edward ignoró aquel estallido de furia. Para su sorpresa, se sintió exultante de tenerla nuevamente frente a él, ella lo había evitado para que él no pudiera llegar hasta ella en el velatorio y luego en el entierro. Con todo el desparpajo del mundo, se dirigió al aparador de caoba, donde las botellas de whisky y brandi invitaban a un buen trago antes de ensalzarse en una lucha verbal con su futura esposa.

El pensamiento le produjo un extraño placer, tener a aquella arpía atada a él le hacía sentir placer; con certeza, los años en soledad lo habían desequilibrado. Se sirvió una generosa

cantidad.

—No solo es tuerto, también es un borracho —le dijo con toda la intención de lastimarlo.

—Debo tomarme una copa para aceptar que me casaré con una deslenguada coja —respondió con una sonrisa amable que solo enardecía más a Karina al ver que sus palabras no hacían ningún efecto en él.

—Karina, siéntate.

—Buenos días, Heathcliff.

—Te dije tres días.

—No pude antes —respondió sentándose frente a él e ignorando a Karina, que lo miraba entre sorprendida y fastidiada.

—¿Y tu abogado?

—Confío en tu buen juicio —respondió mirando a Karina, quien frunció el ceño al ver lo relajado de su comportamiento.

«Algo está tramando», le advirtió su voz interna.

—Puedes retirarte, Karina.

—No lo haré —respondió sentándose en la butaca vacía al lado de Edward.

—Permítele quedarse —intervino Edward al ver la expresión en el rostro de Heathcliff.

—Quiero que en ese contrato conste que mi esposo deberá darme al menos cuatro hijos.

Si Edward había pensado que lo había escuchado todo de la boca ponzoñosa de aquella mujer, lo escuchado lo hizo toser y mojar con whisky algunos papeles ceca del borde del escritorio.

—¡Karina! —Heathcliff se levantó inclinándose con las manos sobre el escritorio, como si quisiera asesinarla.

Karina no se impresionó, sabía bien cuándo había que retroceder ante su hermano, aún no escuchaba el zumbido del viento azotando contra el cristal de las ventanas isabelinas que recorrían el primer piso de aquella antigua mansión.

—¿Cuatro?

—Como lo oye, excelencia, si me voy a desposar, exijo una familia grande, pasé mucho tiempo sola debido a la diferencia de edad entre mi hermano y yo.

—Karina, esta conversación es inapropiada.

—Al contrario, Heathcliff, me siento intrigado por conocer las exigencias de mi futura esposa.

El tono sarcástico avivó el diablillo interior de Karina que, sin medir consecuencias, lo increpó olvidando el decoro que debía tener una mujer de su nivel.

—¿Se siente incapaz?

Heathcliff se dejó caer en la butaca sin poder creer en lo que había escuchado. En aquel momento supo que tenía que aligerar dicho matrimonio; lo sentía mucho por la paz mental de Edward, la de él era más importante, era una cuestión de supervivencia. Su hermana no podía continuar a su lado porque lo convertiría en un asesino, su paciencia estaba llegando al límite. ¿Cómo demonios su madre había permitido que su hermana se comportara con tal desfachatez?

Edward levantó su ceja, esa mañana había optado por cubrirse solo el ojo dejando su mejilla a la vista.

—Heathcliff, escribe ocho hijos en ese contrato.

—¿Ocho? —Abrió sorprendida los ojos.

—Usted, *milady*, se ve saludable, estoy seguro de que, al igual que mis vacas, dará buenas crías.

—¡Bruto!

—Arpía —respondió con una media sonrisa provocadora.

Heathcliff abrió la boca para intervenir, pero la volvió a cerrar, una sonrisa se dibujó en sus labios. ¿Cómo no se había dado cuenta? Entre Edward y su hermana había una atracción, ¿pero cuándo había sucedido?, se preguntó un tanto aturdido, observando cómo estaban ensartados en una guerra de voluntades.

—No voy a permitir infidelidades, excelencia.

—Eso dependerá de usted, *milady*.

—¿De mí? —preguntó confundida—. No entiendo.

La carcajada divertida de Edward la indignó aún más.

—No se preocupe, ya le voy a indicar cuando llegue el momento cómo podrá evitar que me descarrile de mis funciones maritales.

Karina achicó la mirada, sabía que algo que no le gustaría estaba detrás de aquella promesa.

—Sugiero una ceremonia discreta en la capilla, estamos de duelo.

—Quiero esperar a terminar el duelo.

—¡No! —gritaron los hombres al unísono.

Karina se volvió a recostar observándolos con hastío.

—Será una ceremonia privada.

—Estoy de acuerdo —convino Edward—, no hay motivos para esperar.

—¿No cambiarás de opinión?

Karina se puso de pie para dirigirse hacia su hermano.

—No, espero que algún día entiendas que ha sido lo mejor para ti.

—Yo soy un buen partido.

—¡Oh, cálese! —le gritó perdiendo la paciencia—. Le prometo, *milord*, que se va a arrepentir de haber aceptado la propuesta de mi hermano.

Edward la vio salir de la habitación satisfecho. Al escuchar el fuerte golpe de la puerta al cerrarse, se carcajeó divertido, nunca había estado en presencia de una dama tan obstinada.

—No te lo pondrá fácil —le advirtió Heathcliff sintiendo un poco de culpa de colocarlo en aquella situación.

—No lo habría aceptado si no sintiera una malsana atracción por tu hermana —quiso sincerarse con su amigo—. Ella no es la típica dama mustia y asustadiza, no puedes negar que una joven que se ponga a llorar por cualquier cosa que digas podría terminar con tus nervios.

Heathcliff asintió comprensivo, él también le temía a una situación como la que describía Edward, en la que estaría atado a una niña con la que no podría hablar.

—Sería insoportable —aceptó.

—Karina se enconde detrás de su carácter hosco y rudo —le dijo levantándose para ir en busca de otro trago—. La puedo entender porque yo he sentido lo mismo —suspiró destapando la elegante botella de cristal tallado.

—¿Deseas que agregue lo de los hijos?

El tono inseguro en la voz de Heathcliff divirtió a Edward. Aquella petición había sido con el único propósito de provocarlo para hacerlo desistir de su voluntad de tomarla como esposa. Bebió aquel trago de un solo golpe, la decisión que había tomado no era cualquier cosa, su vida cambiaría por completo; aún no había convivido con Karina, pero si algo tenía como certero, era que ella se haría sentir. No la veía como una débil damisela llorando por las esquinas, al contrario, sería un dolor de cabeza, se medirían sus voluntades a cada paso.

—Agrega su petición, me sentiré feliz recordándosela cada día que se niegue a que la acompañe a su habitación.

—Estás hablando de mi hermana —puntualizó alterado por aquel comentario tan íntimo.

Repentinamente, un pensamiento diabólico y morboso cruzó por su mente.

—Espera, Heathcliff, quiero que añadas otra petición a ese contrato.

—¿Cuál?

La sonrisa pícara en su rostro le dio mala espina a Heathcliff, quien tomó la pluma del tintero para agregar las dos peticiones al contrato de manera que su abogado arreglara el documento final.

—Tendremos que dormir juntos en la misma habitación.

—¿Todos los días? —preguntó sin ocultar su sorpresa—. Ni siquiera mis padres, que me

consta se adoraban, compartían habitación.

—Dormiremos juntos todos los días —respondió saboreando aquella sorpresa que le daría a su noble y sumisa esposa.

La pequeña capilla estaba llena de flores, Karina tenía que aceptar que su madre se había esmerado en que la breve ceremonia fuera memorable. Para su sorpresa, los duques de Wessex habían hecho acto de presencia al igual que los duques de Rutland. Había algo en ese duque que a ella personalmente la inquietaba, el hombre tenía una mirada inquisitiva que daba la impresión de que absorbía todo.

—Los declaro marido y mujer —sentenció el clérigo.

Edward se giró y levantó el velo ya más tranquilo; había temido que la joven tomara medidas extremas para evitarla boda, había estado toda la semana atento a cualquier movimiento en las tierras de su vecino con la duda de si la insensata intentara escaparse. Con suavidad besó su frente negándose a provocarla, ya habría tiempo cuando estuvieran a solas.

—Me parece un sueño, Antonella —confesó Ruth.

Antonella no perdió detalle de aquel beso, cuando había aceptado la encomienda de parte del rey para buscarle pareja a los caballeros solteros de la Corte, el duque de Northumberland había sido uno de los candidatos que había pensado que más tiempo le tomaría. Una de las razones había sido el aislamiento en el que se mantenía el caballero, sin apenas contacto con sus amistades; se había sorprendido enormemente cuando había recibido la invitación de la duquesa viuda para asistir a una ceremonia privada en su capilla. Aunque había tenido otras invitaciones más importantes, se había excusado y había hecho acto de presencia para constatar por ella misma aquel inesperado matrimonio.

—¿Qué piensas hacer? —inquirió curiosa.

—Visitaré a mi prima en Escocia.

—Espero que regreses pronto.

—No lo haré hasta que finalice el luto de rigor. Si acepté este matrimonio fue porque Heathcliff lo creyó necesario.

—Es ahora el duque.

—Lo sé —respondió asintiendo—, ahora es la cabeza de la familia y mi deber es respetar su palabra.

Los novios comenzaron su desfile hacia el exterior de la capilla, afuera el sol brillaba esplendoroso, era un hermoso día. Tanto los novios como los pocos invitados se dirigieron a la mansión, donde se había preparado un succulento almuerzo para agasajarlos.

Capítulo 10

Edward se amarró el batín azul a su cintura, había estado un largo rato en la tina. A pesar de que habían sido pocos los invitados, habían tenido momentos tensos en los que él había intuido que su esposa se había tenido que morder la lengua para mantenerse callada. Una de esas había sido cuando la duquesa de Wessex le había advertido de lo importante de ser una mujer activa en la vida social. Hasta ese momento no había pensado en aquello, esperaba que Karina no fuera de esas damas que necesitaban estar de fiesta en fiesta.

—Ya puede retirarse —le dijo a su ayuda de cámara.

—Buenas noches, excelencia.

Karina se ató su camisola, cojeó hasta la butaca amarilla más angosta, se había maravillado con lo amplio de su habitación. Se sentó admirando el delicado tapizado de aquellos sillones; al igual que en las cortinas, el color verde agua era el que predominaba en toda la decoración. Cerró los ojos al sentir otra fuerte punzada en el tobillo, los esarpines que se había obligado a usar le habían causado algunos moretones. Tina le había masajeado el pie con un ungüento que preparaba que olía a lavanda. El frasco de láudano se lo había colocado en la mesa al lado de la gigantesca cama de cuatro postes. No comprendía por qué le habían asignado aquella habitación tan grande, parecía más la habitación del duque; pero eso era imposible porque, a pesar de su berrinche en la biblioteca de su casa, no creía que su marido le prestara más atención que la necesaria.

«¿Y ahora qué?», se preguntó por primera vez, insegura de cómo continuar. Su hermano la había mantenido ocupada asegurándose de que no tuviera tiempo de pensar en lo que estaba a punto de acontecer. Se había sentido muy decepcionada de Heathcliff, ese afán de casarla tan rápido sin ni siquiera guardar unos meses de luto por su padre la había lastimado. Por más que su madre le había hecho entender, ella no podía disculparlo. Heathcliff, con su testarudez en cumplir los últimos deseos de su padre, la había sumergido en un estado de ansiedad en el que había pasado días sin dormir.

—Pensé que ya estabas acostada.

Una puerta que se ocultaba tras un pesado cuadro se abrió sorpresivamente, y su esposo apareció por esta; se quedó en silencio al verlo adelantarse hasta la cama en ropas de dormir.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó al ver su camisola levantada hasta la rodilla y su pierna enrojecida.

—¿Qué haces? —preguntó saliendo de la sorpresa al verlo acucillarse y tomar en su mano la delgada pierna—. No.

—No te escondas de mí, Karina.

Su nombre en sus labios la detuvo de rezongar, su mirada recorrió la línea que atravesaba toda su mejilla.

—Quien te hirió lo hizo con odio.

Edward, que estaba ensimismado estudiando la pierna, detuvo su mano.

—Así es —respondió sin levantar la cabeza.

—Es horrible —respondió cambiando la conversación, había sentido la opresión en el aire al responder a su curiosidad—. Parece un hueso de animal.

—Cuando estuve en la India vi a personas con esta misma condición —le dijo pasando su dedo por el tobillo, donde se había ennegrecido un poco a causa de la hinchazón.

—Antes la tenía todo el tiempo vendada, pero ahora solo prefiero llevar las medias.

Su tono cansado preocupó a Edward, que elevó aprensivo la mirada.

—No debiste hacer todo ese esfuerzo en la recepción.

—Se le olvida, querido esposo —le dijo con sorna—, que ahora soy la duquesa de Northumberland, y pienso usar eso a mi favor frente a la bruja de Antonella.

—No. No y no —le dijo recostándose en el sillón, pero permaneciendo con su pie en su mano—, no cometes el error de enemistarte con la protegida del rey.

Karina inclinó la cabeza hacia un lado mirándolo pensativa.

—La duquesa de Wessex es una dama con demasiada influencia en la Corte, solo nos acarrearía problemas ponerla en nuestra contra.

—¿Piensas reanudar tu vida en Londres?

—No, pero ahora que mis hermanos están regresando y se están reuniendo en Londres pienso ir más seguido, y tú vendrás conmigo.

Sus palabras la tomaron por sorpresa, había pensado que tendría que pelear por mantener su lugar y aquí estaba él, conversando como si tuvieran años de conocerse.

—¿Por qué aceptaste la propuesta de Heathcliff? Te ruego honestidad.

—Siento curiosidad —respondió sincero—, me atraieron tu desparpajo y tu falta total de educación.

—Eso es falso, hay otras damas de la Corte con peor lenguaje que el mío.

—Nombra a una —la retó.

Luego de unos segundos buscando algún nombre en su mente, para sorpresa de Edward, se carcajeó avergonzada.

—Soy una dama descortés y grosera.

—Sí, excelencia, y eso debe mejorarlo si desea ocupar ese lugar que anhela dentro del círculo privado de las nuevas damas con títulos nobiliarios.

—Mi prima Victoria es una de esas damas —le recordó levantando una ceja con una chispa traviesa en la mirada—. No creo que se atreva a hacerme desplantes.

Edward gruñó exasperado, hacerla entrar en razón le tomaría más tiempo del que había esperado.

—Vayamos a la cama, mañana tendrás mucho que hacer.

—¿La cama?

—¿Leíste el contrato matrimonial?

La mirada inocente le puso la piel de gallina a Karina, quien algo tímida negó con la cabeza, no había querido leer aquella montaña de papeles que solo la hubieran puesto de mal humor.

—Pues allí se especifica que los duques de Northumberland compartirán la misma habitación hasta el día en que uno de ellos se vaya de este mundo.

—¡Mentira! No pudiste hacer tal aberración —respondió acalorada.

Edward la miró sonriente, a cada paso más se alegraba de haber firmado aquel documento. La expresión de horror en el rostro de su esposa al saber que estarían juntos en aquella espaciosa cama era un poema para su ojo.

—Lo haremos —respondió relajado poniéndose de pie.

—No voy a compartir la habitación con usted.

—Contigo, te ordeno que me trates con confianza.

—Lo está haciendo adrede.

—Te juro que no —le respondió extendiéndole la mano.

—No me gusta que me traten como si fuese una tarada.

—No sabría hacerlo.

Karina extendió su mano.

—Quiero que seamos amigos.

Los ojos de Karina se pusieron en blanco y le arrancaron una deliciosa carcajada que la hizo mirarlo de inmediato, una extraña sensación en el corazón la recorrió al verlo reír desenfadado. Pensó con tristeza que había sido una pena que le hubieran destrozado el ojo, era un hombre gallardo con un porte envidiable. Aún con su ojo cubierto por un parche negro y su mejilla luciendo la larga cicatriz, a ella le parecía el hombre más guapo que había visto.

—Quítate ese parche —le dijo sin pensar—. Si vamos a ser amigos, lo más importante es la honestidad. Ya contemplaste mi pierna al desnudo, nadie lo había hecho antes, a excepción de mi padre.

—¿Y Heathcliff?

—Nunca se lo he permitido —le respondió mirando su mano todavía entre la mano grande de su esposo.

—Yo tampoco se lo había permitido a mis amigos más cercanos —le respondió sacándose lentamente el parche de su ojo y dejándolo al descubierto.

Karina concluyó en que estaba vivo de milagro, los días posteriores a ese incidente debieron ser un infierno de dolor para él.

—Si te molesta, te pido que me lo digas para ocultarlo de nuevo.

—Como te habrás dado cuenta, no soy una dama que se impresione fácilmente.

—Es una cualidad que admiro —le dijo soltando su mano para dirigirse al otro lado de la cama.

Karina observó con fascinación cómo se deshizo del batín y quedó a la vista su fibroso pecho, que tantas veces había espiado desde lo alto de un árbol; tenerlo tan cerca la hizo enrojecer. Se volvió y quedó de espaldas. Se puso a llenar de agua su vaso dándole gracias mentalmente a Tina por haberle dejado una jarra sobre la mesita de noche.

Edward sonrió complacido al ver su incomodidad, la tigresa a pesar de su genio era aún inocente en muchas cosas. Había pensado dejarla pasar sola la primera noche, pero luego lo había meditado mejor, comenzar juntos desde el primer día podía traerle, a su juicio, muchas bendiciones.

—¿Consumaremos el matrimonio? —inquirió Karina sin girarse.

—No —respondió él entrando a la cama y acomodándose en dos grandes almohadones, suspiró de satisfacción, estaba exhausto. Al contrario de lo que había pensado: que se mantendría en vela toda la noche, ya el sueño lo estaba venciendo. Se colocó una mano sobre la frente—. Comencemos a conocernos.

—Pero es obligatorio.

—Para nosotros no —le respondió quitándose la mano y observándola con firmeza—. Cuando estemos juntos en esta cama quiero estar seguro de que estarás conmigo en cuerpo y alma.

Karina tomó el pote de láudano esquivando su profunda mirada.

—Lo quiero todo contigo, Karina.

—No entiendo lo que deseas —le respondió titubeante.

—Sí, lo sabes —le dijo volteándose, dándole la espalda—. Toma el láudano y acuéstate.

Karina se quitó la redecilla que le mantenía el pelo asegurado, tomó el láudano y con cuidado entró a la cama, era enorme. Su esposo no la tocaría; poco a poco se fue relajando, las sombras cubrían las paredes a causa de las velas. Un aroma suave a limón le inundó los sentidos. «Es su olor», pensó antes de dejarse llevar por Morfeo y descansar.

Edward se sintió exultante, el olor a lavanda llenaba sus sentidos proporcionándole placer,

siempre le había fascinado aquel aroma. Con premura se internó en un bosque, o por lo menos eso debía ser. Su nariz se restregaba contra algo en lo que el olor se identificaba, la confusión le instó a abrir los ojos. Se quedó quieto al sentir su rostro atrapado entre una maleza que, al parecer, era cabello. Rápidamente, su mente registró dónde estaba. Con deleite volvió a cerrar los ojos y aspiró aquella fragancia con genuino placer, estrujó su rostro contra aquella telaraña dorada. «Una cabellera exquisita», volvió a suspirar pidiendo al altísimo que ella no se levantara y lo dejara disfrutar unos minutos más de aquel banquete.

—Excelencia.

Karina abrió los ojos asustada al sentir una protuberancia extraña en sus caderas.

—Um.

—Es demasiado cerca.

—Sí —respondió acomodando más su rostro entre los gruesos rizos—, debo asegurarme de que estés a gusto —improvisó negándose a que le arrebatara aquel sutil momento.

—Le aseguro que estaría mejor si algo desconocido no me estuviera apretando mi espalda baja.

Edward levantó el rostro apartándose un poco. Al ver de lo que hablaba su esposo, se sonrojó contrariado, su hombría se había despertado con deseos de guerra y ese no era el momento adecuado. De un salto salió de la cama y se dirigió al cuarto de aseo personal, lo mejor sería ignorar su comentario y salir corriendo de aquella habitación.

Karina se sentó todavía aturdida por los efectos del láudano, se recostó en los cojines y agradeció haber podido dormir profundamente.

—Nos veremos en la tarde, cenaremos juntos. —Escuchó la voz de su marido gritar antes de salir como una tromba por la puerta.

—¿Que habrá pasado? —se preguntó aturdida por su prisa, cuando había despertado hubiera jurado que estaba relajado jugando con su cabello.

El pensamiento la alteró un poco porque no había esperado tal intimidad con su marido, dormir todas las noches junto a él había sido un sueño oculto, en aquel momento le parecía increíble que fuese a ocurrir.

—Excelencia.

—Tina, llámame como siempre —se quejó acomodándose nuevamente en la cama.

—No, *lady* Northumberland, debemos seguir las normas de etiqueta. —Se acercó tirando de la sábana, que ya se la había vuelto a colocar—. Debe levantarse, abajo la espera el ama de llaves quien, para mi sorpresa, funge como mayordomo.

—¿El ama de llaves? —preguntó extrañada sacando de la cama su pierna adolorida.

—Gracias a Dios, la hinchazón cedió —le señaló encantada la doncella—. Sí, excelencia,

es mejor que se levante de esa cama y comience a poner un poco de orden, me han negado un pedazo de pan —le notificó indignada.

Karina salió como pudo de la cama, las cobijas eran demasiado pesadas, tendría que remplazarlas.

—¿Cuántos panes te habías comido antes de que la cocinera te echara de la cocina?

Como había supuesto Karina, la joven enrojeció y desvió la mirada.

—Yo también te lo hubiera negado.

—Pero ahora soy la doncella de una duquesa —rezongó dirigiéndose hacia la puerta. Karina observó divertida cómo la falda excesivamente almidonada se le subía en la parte trasera, las caderas de Tina eran enormes.

Capítulo 11

Karina tomó el sobre que la señora Trudy le extendía, estaba exhausta, había estado toda la mañana recorriendo su nuevo hogar. Prácticamente, el ala este estaba sin uso, sería una labor trabajosa ponerla toda en condiciones. Pero para su asombro, tenía una extraña sensación de pertenencia, como si aquella mansión la hubiera estado esperando. Despedirse de su madre había sido un momento lleno de emociones encontradas, había planeado su vida como una solterona feliz con la única obligación de cuidar sus plantas y acompañar a su madre, pero todo había cambiado, ahora no solo era una mujer casada, sino que también era una de las damas con uno de los títulos más ilustres.

Todavía no sabía cómo procedería al respecto, a pesar de su carácter indómito, aceptaba que como la nueva duquesa de Northumberland se esperaba que ella se uniera al grupo de damas que se estaba formando en la nobleza. «No soy una cobarde», se recordó. Su madre le había comentado que su prima Victoria había sido invitada a formar parte del grupo liderado por la duquesa de Grafton y la duquesa de Rutland. Esta última la había conocido en uno de los banquetes a los que había asistido mientras estaba en Londres, y le había gustado su personalidad franca.

Se sentó en una butaca que daba a un pequeño balcón exterior, aquella habitación también estaba cerrada, pero para su beneplácito estaba cerca de la biblioteca, donde su marido recibía a las visitas. La salita estaba decorada con un tono verde agua que transmitía mucha paz.

—Seguramente, perteneció a una de las esposas de los antepasados del duque —le dijo la mujer sirviéndole una humeante taza de té que había traído en una ovalada bandeja de plata—. *Lord Carter* se mantiene todo el tiempo en la biblioteca.

—Se puede ver todo el llano desde aquí —le señaló Karina—. Más allá de aquel enorme olmo es que el duque tiene su ganado.

La señora Trudy la miró con extrañeza al oírla mencionar a su marido por su título.

—Tenemos mucho trabajo por delante —le señaló Karina volviendo a poner su atención en el sobre en su mano.

—Me alegro, excelencia, de que la casa ahora sea dirigida por una dama. Es una lástima que esté todo tan sombrío y triste —se sinceró.

—Lo primero será cambiar las cortinas, el color es demasiado oscuro para mi gusto y usted tiene razón, es una hermosa residencia que merece volver a su esplendor.

Su tono fue tan enérgico que hizo sonreír encantada a la seria mujer.

—Sí, excelencia, de inmediato llamo a varios lacayos para que comiencen con la tarea —respondió solícita saliendo en busca del personal.

Karina se mordió el labio inferior, se sentía intranquila, desde que se había despertado no

podía dejar de pensar en aquel extraño bulto en su espalda baja, sentía que algo se le escapaba, pero la pregunta sería qué. Había esperado una noche de bodas diferente, había escuchado anécdotas en las que las jóvenes habían acabado llorando, suplicando que su esposo no volviera a visitarlas en el lecho conyugal.

Edward se limpió el sudor de la frente conforme, había sido una mañana productiva. Considerando el deseo insatisfecho en su cuerpo, que exigía ser reparado, tomó su camisa de lino y caminó fuera del área del sembradío, sentía los chorros de agua bajarle por la espalda. Se dejó caer sobre un enorme tronco de un árbol, todavía tendría que esperar algunas horas antes de regresar, estaban en el momento crucial de la siembra y no quería que se cometieran errores.

Nuevamente, el recuerdo del olor del cabello de su esposa inundó sus sentidos, había sido una experiencia nueva y refrescante. Las mujeres a quienes se había acercado los últimos años usaban perfumes fuertes que muchas veces le producían dolor de cabeza; sin embargo, el olor suave y delicado de Karina lo había seducido.

—No creo que pueda darle mucho tiempo —murmuró recostándose, dejando caer la cabeza hacia atrás para descansar unos minutos.

El sonido de los cascos de un caballo que se acercaba lo obligó a levantarse, al reconocer al jinete que venía a todo galope abrió y cerró los labios asustado. Lo primero que pensó fue que definitivamente se había casado con una demente. ¿Cómo se le ocurría en su condición galopar de aquella manera? Al mirar a su alrededor, se dio cuenta de que sus hombres habían detenido sus labores para observar cómo su esposa bajaba la montaña de manera tan inconsciente. Bramó al saber que no podría decirle nada delante de ellos, odiaba los espectáculos, esperaba que su esposa fuera igual.

Esperó con la paciencia de un santo que aquella atolondrada detuviera el paso del purasangre, mordiéndose la lengua para no gritarle. Se mantuvo impávido mientras ella desmontaba con una gracia sorprendente; estaba seguro de que también dejó a sus hombres sorprendidos. Sintió una sensación de orgullo al verla desenvolverse tan ágil; seguramente, otras jóvenes en sus circunstancias estarían encerradas en sus habitaciones esperando el día de su muerte.

—Tenía que entregarle este sobre —le dijo extendiéndole uno. De inmediato, reconoció el escudo de Richard Peyton.

—¿Quién le enseñó a montar? —inquirió tomando el sobre, ignorándolo.

Karina elevó una ceja al sentir el tono hosco en su pregunta.

—Soy una magnífica amazona —le reiteró levantando el mentón.

—¡Es una inconsciente! —exclamó entre dientes cuidando que su rostro no denotara su cólera.

—Tiene la vena de la frente hinchada. —Karina sonrió fascinada al ver que su marido estaba a punto de perder el control—. Le aconsejo se calme.

—Si vuelve a cabalgar de esa manera, me voy a asegurar de que no se pueda acercarse a un caballo jamás en su vida.

La amenaza en su mirada no intimidó a Karina, quien ladeó el rostro antes de levantar la fusta.

—No me amenace.

—No me retes —le respondió tomándola por el brazo y llevándola por un camino de piedras en la parte posterior del árbol.

—¿Se puede saber qué le pasa? Cabalgo desde que era una niña.

—¿Quién se lo permitió?

—Mi padre —respondió deteniéndose.

Se retaron con la mirada, Edward se entretuvo absorbiendo nuevamente el subyugante aroma. Embelesado, levantó la mano y reubicó un rebelde rizo que se había desprendido del pequeño sombrero.

—Me transformo en otro hombre cuando me provocan.

Karina ya había perdido el interés en aquel duelo verbal, sus ojos se habían clavado en los ensortijados vellos oscuros que recorrían su pecho.

—¿Te han besado alguna vez?

Edward se maldijo por no haber podido controlar la curiosidad. Se había dado cuenta del cambio en el ambiente que los rodeaba, era un hombre experimentado y podía sentir, para su orgullo, el deseo carnal envolviéndolos; no había dudas: su malhumorada esposa lo deseaba.

—No —respondió honesta regresando su mirada a la suya que, en aquel momento, Karina notó que estaba vidriosa y turbia, lo que propició que un escalofrío le subiera por su espalda.

Edward lamentó que estuviera sucio y maloliente; de hecho, el que su esposa lo hubiera mirado de aquella manera estando en aquellas fachas levantó su ego y su hombría.

—Pensé que usted sería el encargado de enseñarme —lo retó con una sonrisa burlona.

—Sabe que con su actitud se hubiera metido en muchos problemas.

Su voz descendió alertando a Karina que algo tramaba, cuando sintió una de sus manos en su cintura las piernas le temblaron de anticipación. «¡Por fin!», pensó esperanzada de que unos de sus sueños se hiciera realidad y la boca del hombre al que había espiado por tanto tiempo se entrelazara con la suya mostrándole cómo sería ser besada.

—No debería hacer esto —murmuró contra su boca.

—¿Por qué? Le aseguro que mi boca está muy limpia.

Edward sonrió a su pesar, aquella mujer no conocía su lugar, decía todo lo que pensaba, lo que seguramente les acarrearía muchos problemas. Con delicadeza, fue acercando sus labios a los suyos. Para su sorpresa, ella respondió de inmediato a su caricia, un suspiro hondo se le

escuchó salir del pecho. Motivado con su reacción, introdujo su lengua y alcanzó la suya sumergiéndose en un glorioso beso. La apretó más a su cuerpo y una de sus manos resbaló hasta sus posaderas pegándola más a su entrepierna que, como presagiaba, se levantó de inmediato dejándose sentir.

Karina se asió a sus desnudos brazos, el olor de su sudor y su colonia la embriagaron más, aquel aroma seguramente era adictivo, porque a ella le estaba causando placer. Abrió más sus labios y de manera descarada lo invitó a seguir, no quería que aquello terminara. Ni siquiera sabiendo que a unos pasos estaban los hombres que trabajaban en el campo la hacía entrar en razón; como buena alumna, comenzó a imitarlo en sus fuertes caricias, su gruñido sobre sus labios la instó a seguir sus avances.

—Karina.

—Su lengua hace cosas más interesantes que usted, excelencia —le dijo abrazándose más a él.

Edward fue bajando poco a poco el ritmo del beso, salió de su interior, pero se mantuvo pegado a sus labios sintiendo su aliento, absorbiendo aquel primer beso que había sido por completo diferente a lo que había esperado. Su esposa era un regalo del cielo, entre sus brazos aun podía sentir el temblor de su cuerpo anhelante. Se tensó más al pensar en lo que pasaría entre ambos el día que se decidiera a tomarla como su mujer.

—¿Por qué se detuvo? —se quejó con la mirada nublada.

—Porque no pienso tomar a mi esposa por primera vez en un camino pedroso con cientos de hombres al otro lado de este árbol —le dijo con la respiración agitada.

Karina se deshizo de su agarre; queriendo parecer muy digna, se sacudió su chaqueta verde musgo de montar.

—Tenga —le ofreció la carta que sacó del bolsillo—, la señora Trudy me la entregó; al parecer, es importante.

Edward frunció el ceño y la tomó, Karina observó atenta cómo aquellos largos dedos rompían el sello de la carta. Nuevamente, sintió un calor asfixiante en todo su cuerpo al recordar aquellas manos alrededor de su cintura.

—Tendremos que regresar a Londres.

—No quiero, tengo mucho por hacer en la casa —respondió cruzando los brazos al pecho.

Edward continuó leyendo. Al terminar, dobló la hoja y con descuido la metió en el bolsillo del pantalón. Su mirada acerada se clavó en la de ella, su cabello caía suelto sobre su rostro dándole un aspecto más duro.

—Es una orden —le dijo acercándose, la respiración de ambos se entremezclaba.

—Vas a regresar y encargarte de organizar el equipaje.

—¿No puedes ir solo?

—Se casa el duque de Marlborough y mi esposa irá conmigo.

—¡Se casa! Pero si es un libertino... ¿Quién es la pobre joven incauta? —le respondió con aquel tono sarcástico que ya estaba empezando a conocer Edward.

—Cuida tu boca, Karina, no conoces a Peregrine y no te voy a permitir que insultes a ninguno de los miembros de la hermandad.

Karina le sostuvo la mirada, supo que en aquel momento lo más sensato era mantenerse callada; nuevamente, la vena en el centro de la frente de su marido estaba latiendo. Se giró en busca de su caballo.

—Hay otra cosa que quiero decirte antes de que vayas a hacer lo que te he ordenado —volvió a enfatizar sabiendo que aquello la enfurecería más.

—Lo escucho, excelencia —contestó en tono dulzón sin girarse, sabía que si lo hacía terminaría diciéndole lo que pensaba de su orden.

—Quiero que uses bastón en Londres, me encargaré de conseguir algunos adecuados para una dama de tu posición.

Hizo silencio. Karina casi se parte la lengua para no gritarle lo que podía hacer con su bastón, ella no lo usaría.

—Partiremos al amanecer; si no obedeces, viajarás sin equipaje, yo tengo ropa en Londres —le advirtió.

—¿Algo más?

Edward aminoró la distancia y se detuvo muy cerca de ella, la altura de Karina le daba mucha ventaja para divertirse a su costa con malicia, su nariz rozaba su cuello; una sonrisa perversa se dibujó en sus labios al ver la piel de su cuello erizada. «Voy a domarte, esposa», pensó con picardía.

—Por ahora no —susurró ronco contra su oído.

—Maldito —le gritó furiosa avanzando por el sendero, olvidándose de su cojera.

—Con cuidado —le gritó—, le harás daño a tu pierna.

Karina ensilló y se enfiló a la mansión con el corazón desbocado. ¿Cómo podría resistirse? Su cuerpo traicionero anhelaba aquella cercanía aun con aquel olor a sudor mezclado con la colonia, a ella le había parecido fascinante.

Capítulo 12

Karina sujetó fuerte su bastón. Desde que había llegado a la catedral de Saint Paul para asistir a la boda del duque de Marlborough, había tenido un mal presentimiento y no se había equivocado: para sorpresa de todos los presentes, el novio se había agarrado a golpes con el padre de la novia, quien había aparecido de manera súbita a entregar a la novia. La gritería era ensordecedora, desde su lugar dentro del templo no se podía ver nada, y los gritos dejaban saber lo que allí ocurría.

Su marido, junto con varios caballeros, había salido de inmediato.

—Es inaceptable —le dijo la duquesa de Grafton junto a ella—, la pobre novia está a punto de echarse a llorar.

—¿Quién está a su lado? —preguntó interesada.

—¡Es la reina! —exclamó divertida.

—Pero está muy diferente —respondió recordando una invitación de su madre a palacio, la reina le había parecido desaliñada y triste.

—¡Sí! —exclamó Katherine—. Ahora reside en la calle Bruton. Esa residencia fue un obsequio de su fallecido suegro, Jorge III. Además, frecuenta el club de damas de la duquesa de Wessex.

—¿Club de damas?

—Es un lugar de reunión de las damas más maduras, nosotras todavía no seremos incluidas —intervino la duquesa de Rutland con una sonrisa cómplice.

Karina se sintió a gusto entre ellas, ya se habían reunido varias veces y para su sorpresa le habían encantado los careos del grupo, ya que no se tenían que guardar las apariencias; al contrario, la duquesa de Grafton y la duquesa de Rutland hablaban sin tapujos de sus negocios, lo que a ella le parecía una interesante novedad. El criadero de purasangres de Grafton y los viñedos de Rutland eran una prueba de cómo nuevas damas iban surgiendo en la sociedad británica. Tal vez algún día una mujer podrá administrar su propio dinero y decidir casarse libremente, pensó Karina.

—¿Y Claxton? —preguntó la duquesa de Rutland.

—Tu marido está en aquella columna riéndose del espectáculo —le respondió Karina señalándolo con su abanico.

—Algún día tomarán represalias contra su humor negro —se quejó mirando resignada a su marido, que se encaminaba a intentar detener el desastre en la entrada de la catedral—. Es un misterio cómo mi esposo es miembro de la hermandad.

—Es cierto —aceptó Katherine—. Todos lo ven como un incordio.

—Tal vez tu marido es la conciencia oscura de todos —les dijo estudiando el perfil inescrutable del caballero.

—Él tiene un sentido del humor muy extraño, Karina.

Marianne miró con afecto a su esposo, haber perdonado y olvidado el fatídico comienzo de su matrimonio había sido lo mejor para sus vidas. Lo amaba con locura, claro que se cuidaba de no comentar con frecuencia ese detalle.

—¿Creen que se oficiará la ceremonia? —interrumpió *lady* Kate.

—¡Claro que se efectuará! —le respondió Karina sonriendo—. La novia lo acusó frente a todos de perverso.

—¿Y lo es? —preguntó azorada.

La duquesa de Grafton y la duquesa de Rutland asintieron.

—Tiene un club de dudosa reputación, el Venus.

—Por cierto, Karina, tu marido frecuenta dicho antro —le dijo Katherine en un tono suspicaz.

Karina sonrió conciliadora, lo mejor era ser discreta en sus comentarios hacia los amigos de su marido. En pocos días de matrimonio, había aprendido que su esposo tenía un profundo sentimiento de lealtad hacia la hermandad; a ella no le interesaba convertir su vida matrimonial en un infierno, cualquier cosa que deseara saber se lo preguntaría directamente. Por lo demás, no pensaba entrar en ese juego de cotilleos sin fundamentos.

El impresionante órgano comenzó a sonar y los invitados que habían salido entraban alisándose las casacas, lo que les confirmó que habían podido detener a los dos hombres y por fin comenzaría la ceremonia nupcial.

—Las batallas se pelean una a la vez —le respondió serena—, por ahora estoy peleando las más apremiantes.

—¿Te unirás a nuestro club? —preguntó la duquesa de Rutland más interesada en Karina que en lo que acontecía afuera de la catedral.

—La duquesa de Northumberland estará presente en dicho club —sonrió dándole un guiño.

Las damas sonrieron cómplices, ya estaban dando de qué hablar, sus reuniones eran privadas, pero se las ingeniaban para que fueran a veces en lugares públicos donde damas más maduras de la elite aristocrática pudieran verlas. Sabían que estaban bajo la atenta mirada de la duquesa de Wessex, quien era la líder indiscutible de las damas de la Corte.

Edward le entregó a la señora Trudy el abrigo junto con su sombrero.

—Fue un espectáculo vergonzoso.

Karina se había mantenido en silencio en su regreso a la casa. Después de terminado el

servicio religioso, su marido se había negado a asistir a la cena preparada para festejar a los novios. Los duques de Cleveland habían decidido lo mismo, aunque se había llevado a cabo la boda, el ambiente no había dejado de estar tenso y la presencia del rey no ayudó a relajar el ánimo de los presentes. Jorge era un hombre al que le gustaba provocar a sus súbditos y la mayoría de aquellos caballeros no eran hombres moldeables que se pudieran manipular fácilmente. Al contrario de las otras damas que estaban pendientes de la trifulca, ella se había entretenido observando a varios caballeros que se mantenían apartados del novio y el padre de la novia. Ella estaba segura de que intentaban mantenerse alejados de la mirada del monarca, quien prácticamente los había regañado a todos como si fueran todavía unos niños.

—¿Vergüenza para quién? —le preguntó sin esconder su molestia—. Yo también le hubiera dado una paliza si me hubiera endilgado a una niña caprichosa que buscó el momento adecuado para acusarme de algo que yo no había hecho.

Karina continuó la marcha hacia las escaleras.

—¿Estás seguro de que es inocente? —le preguntó comenzando a subirlas.

—Lo estoy.

Su tono seco y tajante la detuvo y se giró a encararlo.

—La joven fue tras su presa —sonrió de medio lado—. El cazador fue cazado por iluso.

—Sube las escaleras —ripostó acercándose hasta casi tocar la punta de su nariz con la suya—, antes de que olvide todas mis buenas intenciones, sube las escaleras, tu lengua destila veneno.

Sabía que era temerario contradecirlo estando en aquel estado, sabía que algo de toda aquella situación lo había inquietado, pero él no le diría nada, todavía su relación no había llegado a ese nivel de confianza.

—Desde mañana en adelante, me aseguraré de bañar mi lengua en miel, estoy ansiosa de que la suya vuelva a sacar a bailar a la mía.

Edward bajó un escalón y quedó en una posición inferior, lo había tomado por sorpresa aquel comentario.

—¿Estás intentando seducirme? —Su tono azorado le arrancó una carcajada a Karina, quien disfrutó en grande el asombro de su marido.

—Excelencia, si me conociera lo suficiente, sabría que yo cuando quiero algo no me detengo hasta conseguirlo —respondió pícara antes de comenzar nuevamente el ascenso—. Gracias por los bastones —le dijo—, estoy segura de que soy la única noble con empuñadura de oro.

El tono burlesco divirtió a Edward quien, a pesar de su preocupación, sonrió siguiéndola con la mirada hasta que llegó arriba y se perdió por el pasillo.

Sentía algo más que una simple atracción por su esposa, odiaba cuando recibía algún comentario que alentara la incapacidad de su mujer, detestaba que la miraran con lástima. Karina era una mujer fuerte que no se victimizaba ante su situación y se lo había demostrado de muchas

maneras. Su mano descansó en su máscara, con impaciencia se la quitó dejando su cicatriz al descubierto, desde que había comenzado su matrimonio, la idea de no usarla se iba incrementando en su mente cada día más. Le provocaba solo usar el parche en su ojo, estaba cansado de esconder su rostro como si él hubiera tenido la culpa de lo que le había acontecido.

—Excelencia, el señor Brooksbank desea hablar con usted.

Edward se giró extrañado al escuchar el apellido, nunca había tenido ningún contacto con ninguno de los tres hermanos Brooksbank. Uno de ellos se había casado sorpresivamente con una joven casadera de la que se había esperado otro tipo de enlace.

—Llévelo a la biblioteca.

—¿No le parece que es muy tarde? —se atrevió la señora a recordarle.

—Sí, lo es, por eso es mejor que lo reciba, ese hombre debe haber venido por algo importante.

Nicholas Brooksbank, mejor conocido como Buitre en la parte oscura y olvidada de la ciudad, esperó paciente en el recibidor mientras observaba atento todo a su alrededor, la decoración no había cambiado gran cosa desde la última vez que estuvo allí. Cuando se había enterado del regreso del duque de Northumberland lo había seguido solo por curiosidad, aunque conservaba los dos cuchillos que le pertenecían al caballero, nunca había pensado tomar ventaja de ello; sin embargo, todo había cambiado al desposarse con una dama de la sociedad. Necesitaba encontrar aliados, y el duque de Northumberland no tenía otra opción que aceptar su petición.

—Sígame, el duque lo recibirá en la biblioteca.

Nicholas la siguió sin dirigirle la palabra, todavía no entendía la actitud de orgullo y prepotencia con la que se conducía la servidumbre de la nobleza, sobre todo, los mayordomos, para él eran simples sirvientes, igual que el personal restante de una de aquellas mansiones que se desplazaban por la concurrida calle de Saint James.

Edward observó atento la entrada de su inesperado visitante, había algo en él que hacía retroceder y eso en sí era para él un signo de precaución. No era un hombre que temiera un enfrentamiento, a lo largo de su vida había tenido que encarar a muchos hombres, la cicatriz de su rostro era prueba de ello, pero había algo en Nicholas Brooksbank que le inspiraba reserva.

—Tome asiento —lo invitó al salir la señora Trudy—. ¿Desea algo de tomar? —ofreció solo por educación.

—No.

Había pocas cosas en la vida que sorprendían a Nicholas, pero al ver la cicatriz en la mejilla del hombre, quedó impresionado por el trabajo que había hecho el Indio en aquel rostro. Él hubiera jurado que el duque estaría deforme, el haberlo visto con la máscara puesta solo le había confirmado lo que había temido.

—¿Por qué usa la máscara? —Tuvo que preguntar—. La herida es casi una línea fina que no desmerece su rostro.

Edward se tocó la cara, maldijo en su interior su despiste, había olvidado por completo que tenía el rostro al descubierto; ahora tendría que fingir frente a un extraño que no le importaba haber sido visto sin su máscara.

—No debería usarla —sostuvo Buitre.

—¿Cuál es la razón de su visita, señor Brooksbank? —respondió obviando una respuesta que ni él mismo conocía.

Nicholas admiró su temple, él también era un hombre de pocas palabras, así que sacó una alforja negra de su abrigo y la colocó con cuidado sobre el escritorio del duque.

—¿Qué eso? —preguntó Edward enderezándose, mirando ceñudo la bolsa.

Nicholas deshizo el nudo y sacó un objeto envuelto, fue desenvolviéndolo hasta dejar a la vista los dos cuchillos, que refulgían limpios y brillosos. El rostro de Edward palideció al reconocer sus estiletes, su mirada quedó clavada sobre ambos objetos.

—¿Cómo? —Fue lo único que logró pronunciar.

—Lo encontramos moribundo, excelencia, es un milagro que haya sobrevivido, porque perdió mucha sangre.

—¿Usted...?

—Yo lo había dado por muerto, fue Indio, un hombre que trabaja para mí, también conocido como Águila Negra, quien me obligó a sacarlo de aquel callejón e intentar salvarle la vida.

—¿Un indio? ¿Del continente americano? —Su extrañeza no tomó por sorpresa a Buitre, Indio era un personaje temido por muchos.

—Fue él quien le cerró esa herida, estuvo horas sobre usted intentando que no quedaría desfigurado por completo, y el muy ladino lo logró.

Edward se levantó de un salto dirigiéndose al aparador de las bebidas para servirse un trago, aquello le parecía increíble, pero el hombre no mentía, de eso estaba seguro.

—Junto a mí debían... —se giró pálido a encararlo.

—Ambos estaban muertos —respondió sin emoción—, nos deshicimos de los cuerpos, en aquel entonces no estábamos seguros de lo que hubiera sucedido de entregar aquellos cadáveres.

—Yo los maté —dijo tomando un generoso trago de licor—. Eran mi primo hermano y la mujer con la que yo había estado comprometido desde niños.

—Usted, excelencia, debió arrojar los cuchillos mucho antes de que le destrozaran el rostro, pude oír todo lo que le dijeron.

La mueca de dolor en el rostro de Edward le indicó a Buitre que el caballero todavía vivía atormentado por aquella noche.

—Tengo las risas de ambos grabadas en mi mente —le dijo—. Jamás había estado enfrente de seres tan inmundos, no me arrepiento de haber usado mis dos cuchillos para terminar

con sus vidas.

Edward regresó a su escritorio, sentía la cabeza pesada y un escalofrío le recorría el cuerpo, por fin se enteraba de lo que había acontecido.

—Usted trajo los cuchillos con algún propósito, señor Brooksbank —le dijo sentándose—. Dígame lo que desea por su silencio —lo encaró—. Como seguramente sabrá, no quiero que nadie se entere de lo sucedido. Para mis amigos más cercanos fui víctima de un asalto.

—Me gustan las gemas, y esos cuchillos son muy costosos.

—Fue un regalo del conde de Norfolk —le admitió mirando las empuñaduras, que brillaban.

—Soy hombre de pocas palabras. Como sabrá, excelencia, me acabo de casar con una dama de su círculo social.

—Le recuerdo que ahora usted, en cierta medida, también pertenece a él —indicó Edward.

—Quiero asegurar mi descendencia, excelencia.

—No entiendo.

—Le entregaré los cuchillos el día de la boda de mi hija con su hijo mayor.

Edward abrió su ojo sombrado, jamás hubiera esperado tal proposición.

—Usted quiere unir su sangre a la mía —preguntó todavía mirándolo sin comprender lo que estaba pidiendo.

—Quiero asegurar la posición de mis hijas dentro de la nobleza.

—Yo todavía no tengo hijos —dijo atónito Edward.

—Los tendrá —respondió seguro sin darle importancia a ese valioso detalle.

Edward volvió su atención a los dos cuchillos, tenía la prueba en su contra, el haber callado por tantos años lo que había sucedido lo único que había logrado era incriminarlo. Todo el mundo pensaría que lo ocultó por ser culpable, lo acusarían de haber matado a su prometida por celos. No podía arriesgar su matrimonio, en ese momento se sentía apegado sentimentalmente a Karina y causarle una vergüenza pública sería imperdonable.

—Los matrimonios concertados desde la cuna son muy comunes en nuestra sociedad —aceptó—, pero la mayoría viven vidas separadas, señor Brooksbank, tal vez usted no desee eso para una hija —intentó razonar.

—Una duquesa puede llorar sobre un sillón acolchado y varios sirvientes a su alrededor, al contrario de la mayoría de las mujeres que viven al otro lado de la ciudad, quienes deben vender su cuerpo para sobrevivir. Mis hijas tendrán que acatar mis órdenes.

Edward se recostó en su asiento, se miraron en silencio, sopesó la petición del hombre, no había mucho que pudiera hacer en aquel momento, tenía que atajar la desgracia que se vendría si salía a luz lo que había acontecido aquella noche. Se percató, además, de la fuerza que transmitía el señor Brooksbank, llevaba su cabellera atada por un cordón de cuero, pero a simple vista se

podía inferir que era más larga de lo que la moda estipulaba. Edward había escuchado muchos rumores de los hermanos Brooksbank, nadie sabía con certeza si eran solo eso: simples rumores de personas malintencionadas, pero aquel hombre deseaba posicionar a una hija con uno de los títulos nobiliarios más importantes. Ambición, eso era lo que leía en aquel rostro inexpresivo, Nicholas Brooksbank quería asegurarse de que su estirpe no solo tuviera dinero, sino que planeaba hacerla entrar a la elite aristocrática de la ciudad. Lo admiró y al mismo tiempo le tuvo pena, porque él no se imaginaba el significado de llevar auestas un título del cual casi nunca te podías desprender.

—Prepararé junto a mi abogado el contrato, señor Brooksbank, le sugiero se comunique con el suyo.

—Estaré esperando su llamada.

—Le enviaré un mensaje. Prefiero que nos reunamos aquí.

—Tiene mi palabra de que los cuchillos estarán bien guardados hasta ese día.

Edward asintió, tendría que confiar en la palabra de aquel hombre que lo había salvado de una muerte segura.

—¿Qué sucederá si no tengo hijos?

—Usted, excelencia, tendrá muchos hijos.

—¿Cómo lo sabe?

—Es un secreto, excelencia —respondió.

Karina se giró de prisa al escuchar al señor Brooksbank despedirse, como pudo se escondió detrás de la pesada cortina que ocultaba una de las ventanas al lado derecho de la puerta. Había bajado con la intención de buscar un libro para leer y las voces la habían demorado. Había sido imperdonable que se quedara a escuchar, pero la curiosidad por la visita del señor Brooksbank la había detenido en la puerta a curiosear.

Esperó a que se alejara por el pasillo para sacar su cabeza, su mirada glacial se clavó en la puerta y sin medir consecuencias dejó que fluyera sin restricciones aquel endemoniado carácter que la diferenciaba.

La puerta se abrió de repente y golpeó contra una pequeña mesa adornada con una estatuilla de porcelana que cayó al piso y se rompió en pedazos.

—¿Cómo has podido comprometer el futuro de tu hijo? —le gritó frente al escritorio.

Edward, todavía con la mirada en la estatuilla caída, no entendía lo que estaba pasando.

—Escuché todo —le aclaró mirándolo con desprecio—, aceptaste un enlace.

—¿Escuchaste todo? —inquirió avanzando para cerrar la puerta.

—Todo —aceptó.

—Entonces entenderás por qué lo hice —respondió regresando al escritorio—. Comprenderás que no puedo poner en riesgo nuestro futuro.

—No puedo creer que seas tan frío —le reprochó.

El puño de Edward dio fuerte contra la superficie del escritorio, su cuerpo tembló de ira.

—¿Cómo puedes recriminar mi decisión? Eres parte de la sociedad en la que vivimos, conoces muy bien cuáles son nuestras obligaciones.

—Que muchos han rechazado cumplir —le ripostó acercándose sin pizca de temor—. Le recuerdo, su gracia, que el grupo de caballeros al cual pertenece han hecho lo que han querido. —Elevó su dedo índice para señalarlo—. Si no fuese por el rey, todavía estarían de farra sin ninguna obligación.

—Te recuerdo que tu hermano es parte de ese grupo.

—No lo excluyo, él también se ha desligado de sus obligaciones.

—¡Silencio! —le gritó perdiendo el control.

—No me voy a callar.

Karina sabía que estaba tentando a su suerte, pero la ira que sentía era mucho más fuerte, saber que el futuro de su hijo aún no nato estaba comprometido la enfurecía. Se sentía atada y sin nada que pudiera hacer.

Edward llegó hasta a ella en dos zancadas, las ganas de zarandearla fueron fuertes, pero su honor era más importante, se retaron con la mirada.

—Tienes una lengua venenosa, esposa.

—No voy a ser una esposa callada y sumisa, esposo —respondió sin pestañear—. Por lo menos exige en ese contrato que nuestro hijo escoja entre sus hijas la que él entienda puede llegar a ser una buena duquesa. Hazle comprender que en nuestro mundo es un título importante y nuestro hijo debe estar seguro de cuál de ellas puede llevar a buen término dicha responsabilidad.

No sabía de dónde le había venido la idea, pero por lo menos su hijo tendría cierta libertad de acción, no se sentiría tan atado a un contrato hecho por su padre antes de nacer.

—Es una locura.

—Él desea que una de sus hijas sea una mujer de poder dentro de la sociedad, por eso estuvo aquí. *Lady Kate* es la hija del duque de Kent, ahora su otro hermano ostenta el título, su linaje es impecable, pero como bien sabes ni siquiera el título de *lady* podrá traspasar a sus hijas.

Edward asintió dándole la razón, el señor Brooksbank había ido tras un título, daría igual cuál de sus hijas se casara con su heredero.

—Por favor, Edward. —Cambió su tono tocándolo con su mano en la mejilla—. No quiero construir una familia para luego verla derrumbarse, y esta decisión puede ocasionarnos una

fatalidad. Te ruego que me escuches.

Fue su mirada más que cualquier otra cosa lo que derritió el corazón de Edward, la amaba, solo eso podía explicar el sentimiento de protección que sentía, necesitaba complacerla, ganar su aprobación, y eso no lo lograría ignorando sus reclamos.

—Te doy mi palabra de que incluiré esa cláusula en el contrato, tienes razón, el señor Brooksbank quiere un título para una hija, no creo que le importe cuál de ellas sea.

—Gracias.

—Esta vez no es tan solo gracias —le dijo acariciando suavemente su mejilla con los dedos.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero que subas a la habitación y me esperes allí.

Karina frunció el ceño sin comprender su petición.

—Se acabó el tiempo, Karina, esta noche te haré mi mujer.

Edward disfrutó del cambio de color en su iris, sus ojos se dilataron, lo que le ocasionó una rápida erección en su entrepierna. «Serás mi perdición», pensó abrumado antes de inclinarse para beber de sus labios. Había estado ansioso por volver a probar la dulzura de su boca, unir su aliento al de ella y perderse en un mar de sensaciones exquisitas que jamás había sentido. La envolvió en sus brazos y disfrutó del placer de tenerla acurrucada entre ellos.

Karina se sintió exultante, por fin sabría con certeza qué era lo que ocurría entre un hombre y una mujer, lo que tanto había anhelado le estaba siendo concedido.

—Tienes media hora para arreglarte, ni un minuto más —le advirtió con la voz enronquecida contra los labios—. Esta noche quiero que te empalagues de tanto tomar miel —le dijo recordándole su comentario al llegar de la boda.

Asintió temblorosa dirigiéndose todavía un poco mareada hacia la puerta.

Edward estaba tentado a tomarla en sus brazos y subir con ella, pero necesitaba tranquilizar su espíritu, todavía no podía creer que el señor Brooksbank había sido uno de sus salvadores, le debía mucho a ese hombre, comprendía lo que intentaba hacer y esperaba que el futuro no les diera una sorpresa; pero en aquel momento tenía que pactar aquel contrato que comprometería la vida de su primogénito. Los Northumberland se unirían por sangre a la descendencia de los Brooksbank.

Capítulo 13

Se masajeó la pierna con el agua de rosas, Tina le había dejado todo en su lugar de aseo como hacía siempre desde que estaba a su servicio. A ella nunca le había agradado tener una persona cerca cuando se estaba aseando y aquella noche lo agradecía, se sentía muy nerviosa y Tina lo hubiera notado.

Se colocó la sencilla camisola de lino bordada color blanco que su madre le había regalado. Dejó caer su pesada cabellera sobre su espalda, el olor a rosas la tranquilizó un poco. Su pierna quedaba al descubierto, ya que la bata le llegaba solo hasta las rodillas, pensó en cambiarla por una más larga. Cuando sintió la puerta abrirse se miró nuevamente en el espejo, tenía en su opinión una figura bonita, sus pechos erguidos, la cintura estrecha y unas piernas largas.

—Karina.

La voz apremiante de su marido la hizo olvidarse de sus temores y, caminando con un poco de dificultad, se dirigió a la habitación: se llevó una mano al cuello al verlo de pie frente a la cama. Su pecho desnudo la hizo salivar de la anticipación, cuánto había ansiado ese momento; aunque habían dormido juntos, él mantenía su batín puesto.

—Acércate —le dijo extendiendo la mano para que la tomara—, eres una mujer muy hermosa —murmuró besando su mano con delicadeza.

Un calor delicioso envolvió su cuerpo, dejó atrás sus temores y permitió que su marido tomara el timón guiándola hacia ese lugar desconocido pero añorado donde la haría por fin su mujer.

Edward la envolvió en sus brazos, con cautela para no asustarla comenzó una ristra de pequeños besos por su cuello, el olor a rosas lo embriagó y relajó su tensión. Un suspiro de su esposa le indicó que ella estaba dispuesta, así que la acercó más a su cuerpo disfrutando de la comodidad que le daba su altura. La sintió pegarse más a su entrepierna erecta. Una sonrisa lobuna se dibujó en sus labios antes de lamer su cuello provocando que todo el cuerpo de Karina temblara de placer ante la caricia.

—Edward... —suplicó sin saber con exactitud lo que deseaba.

Sentía su cuerpo en llamas, la boca de su marido succionaba con fuerza su cuello haciéndola sentir débil, se aferró a sus brazos para no caer, las sensaciones eran cada vez más fuertes.

Edward la levantó en sus brazos y la acomodó con impaciencia sobre el edredón de seda. Tenía la urgencia de sentir contra su piel su cuerpo desnudo, casi había perdido el aire al ver sus pechos erectos a través de la fina camisola, no podía esperar a tenerlos en su boca y chuparlos fuerte hasta escucharla gritar de anhelo.

Karina percibió el sonido de la camisola al desgarrarse, no pensaba discutir por ello cuando se sentía en el mismísimo cielo, todo su cuerpo estaba siendo invadido por profundas corrientes de placer que la obligaban a gemir cada vez con más intensidad buscando un poco de sosiego entre todo aquel caos de sensaciones nuevas.

Edward se concentró en besar toda la cremosa piel de su esposa, su boca ansiosa pasaba de un pecho a otro succionando hambriento. «Qué delicia», pensó entregado a disfrutar aquel festín. Con pericia su mano fue bajando por su cadera, allí la oprimió contra sí, su mano decidida buscó la intimidad de su esposa, y gruñó contra su boca enfebrecido al acariciar los finos vellos que la cubrían.

Abandonó sus labios en busca de otros labios más íntimos y afrodisíacos, descendió dejando una estela de besos por su plano vientre, se detuvo admirando la belleza de su femineidad, sus finos vellos rubios cubrían gran parte de su piel; acarició con reverencia aquel lugar que solo le pertenecía a él, allí bebería cada vez que sintiera sed. Aquel sentimiento de posesión lo envolvió azuzándolo a acariciarla con fervor, su boca succionó su clítoris con hambre. Lamió con suavidad entregándose al placer de hacerla suya de todas las maneras posibles.

Karina se aferró a las almohadas mientras gritaba desesperada por las sensaciones tan intensas que azotaban todo su cuerpo, era una deliciosa tortura lo que su marido estaba haciendo entre sus piernas. Su cabeza iba de un lado a otro en negación, sin poder estar estática, su cuerpo necesitaba moverse para mantener la cordura.

—Por favor —suplicó—, por favor —imploró una vez más.

Edward lamió toda su vagina humedeciendo su profunda cavidad hasta que estuvo seguro de que podría recibirlo. Se acuclilló entre sus dos piernas colocando su miembro erecto en la entrada que lo uniría por fin a ella. Con precisión apuntó y de una estocada firme entró en ella gritando eufórico de placer. Sujetó las dos piernas de Karina mientras él comenzaba a moverse, el sudor empapaba sus cuerpos. La miró con lujuria dejándose llevar, en un baile cadencioso que le sacó a ambos gritos de placer. Cada vez más Edward fue dejando que su cuerpo tomara el control; la fricción de sus órganos genitales llegó a su punto máximo catapultándolos a un orgasmo fuerte que los obligó a gritar para desahogar la fuerte sensación que recorrió sus cuerpos.

Se dejó caer sobre ella buscando sus labios, para sellar con un beso la entrega sublime de sus cuerpos. Por fin eran marido y mujer.

Karina se mantenía en silencio, su cabeza descansaba en el pecho de su esposo, quien acariciaba adormilado su cabellera. Las velas mantenían el cuarto en penumbras, lo que en aquel momento agradecía. Luego de terminar el acto se maravilló de que todavía estuviera viva, en muchos momentos pensó que desfallecería a causa de las fuertes sensaciones. Disfrutó del olor de su esposo a su lado, sentía paz; en aquel momento agradeció a su hermano por haberla obligado a casarse. Le estaría eternamente agradecida.

—¿Qué piensas? —quiso saber Edward obligándola a elevar el rostro.

—Que debo agradecerle a Heathcliff.

—Tu hermano es un buen hombre.

—Lo sé. Es solo que al ser mucho mayor siempre se comportó como un segundo padre —se quejó.

—Mañana iré en busca del hombre que cosió mi herida.

—No puedo creer tanta bajeza —le confesó—, pudieron haberse salido con la suya.

—Pero no lo hicieron —respondió abrazándola más a él—. Todos estos años me pregunté quién me había sacado de aquel callejón.

—Ha venido a cobrar el favor.

—No, creo que si no se hubiera casado con la hija de un duque, me hubiera entregado los cuchillos sin pedir nada a cambio.

—¿Lo estás defendiendo? —inquirió levantado la cabeza para mirarlo.

—Solo me pongo en su lugar. Yo tal vez haría lo mismo.

—Su esposa es muy agradable, supongo que lo mejor que puedo hacer es estrechar esa amistad para así estar presente en los nacimientos de esas niñas.

Edward escondió el rostro en su espesa melena para que no lo viera sonreír.

—No permitiré que mi hijo escoja a la más modosa de todas.

—¿Cómo sabes que tendrá varias hijas?

—Porque ella comentó en una conversación que su sueño siempre había sido tener una familia grande.

—Karina, te pido prudencia —pidió levantando el rostro con mirada pícara.

—Jamás tendré prudencia cuando se trate de nuestros hijos —le aseguró decidida.

Edward la abrazó buscando su boca, disfrutando de su cercanía, decidido a volver a hacerla suya. Todavía faltaban algunas horas para que saliera el sol y él estaba decidido a disfrutar del cuerpo de su mujer lo que restaba de la noche.

El duque de Northumberland se detuvo frente al club de los hermanos Brooksbank, no estaba seguro de que encontraría allí al hombre que buscaba, pero tenía que intentarlo. Se cerró el abrigo, el viento soplaba frío, le había advertido a Karina que partirían a su hogar en el campo al día siguiente, por eso quería hacer aquella visita antes de salir, no tenía la intención de regresar en lo que quedaba del año, deseaba estar a solas con su esposa cimentando lo que sería su matrimonio, deseaba que estuvieran a solas sin la intervención de sus íntimos amigos. Karina le había comentado que invitaría a los más allegados a reunirse con ellos en su hogar y a él le había parecido una estupenda idea.

Cruzó la calle disponiéndose a tocar la puerta, a esa hora el club estaba cerrado.

—*Milord* —lo saludó un hombre enorme de tez bronceada que custodiaba la entrada.

—Busco a un hombre al que llaman Indio —le dijo inexpresivo.

—¿Quién lo busca?

—El duque de Northumberland —respondió extendiéndole una tarjeta de presentación.

El guardia no la aceptó, simplemente abrió a puerta y habló en voz baja con alguien adentro, a quien Edward no podía ver desde su posición.

—Adelante, excelencia.

Asintió entrando. Tal como lo supuso, había otro hombre adentro, quien le señaló el pasillo para que lo siguiera. Bajaron dos pisos. Edward estimó que aquello era un sótano, había varias puertas, pero todas cerradas. Sintió inquietud, pero continuó la marcha hasta que por fin llegaron a destino.

—Entre.

Obedeció y se introdujo en la habitación, se sorprendió del lujo de la decoración, casi igualaba a la del club Venus.

—¿Para qué me buscaba, excelencia?

Edward había esperado encontrarse con un indio sucio y maloliente, pero aquel hombre no tenía nada de eso, era más alto que él, vestía de negro, pero pulcramente, su tez morena y sus facciones sí eran las mismas que había visto en su viaje a América.

—¿A qué tribu de indios pertenece? —se atrevió a preguntar.

—Apaches.

Si ya estaba sorprendido, aquella respuesta le hizo dar un paso atrás al reconocer el nombre de una de las tribus más sanguinarias del norte de América.

—Hace mucho dejé a mi gente, excelencia, y vine al país de mi madre —le respondió cruzando los brazos, recostándose en la pared.

—Es una tribu temida.

Indio asintió porque era cierto, él mismo lo era a su manera, aunque los años junto a Buitre lo habían calmado, si podía decirse así.

—Quería darle las gracias por esto —le dijo tocándose la mejilla—. No solo me salvó la vida, sino que se aseguró de que no quedara como un monstruo.

Indio se enderezó acercándose, invadiendo su espacio, miró con detenimiento la fina línea recta, casi invisible.

—Lo hice porque su alma gemela lo estaba esperando, excelencia —confesó regresando a su lugar.

—¿Mi alma gemela?

—Los indígenas estamos atados a los espíritus.

—Si se refiere a mi esposa, es cierto, es mi otra mitad.

Indio afirmó complacido, había hecho lo correcto.

—No tiene nada que agradecerme, excelencia.

—Sí, tengo, soy un hombre de honor —le dijo sacando un sobre lacrado de su abrigo—. Tenga, en pago por mi agradecimiento.

—¿Qué es? —preguntó intrigado tomando el sobre.

—Es una casa que está ubicada en la calle Brick Lane. No será una mansión, pero es una residencia pintoresca que perteneció a una tía abuela.

—No creo...

—Acepte, la vida da muchas vueltas, y algo me dice que usted ya no regresará al continente americano, la casa está en una zona de mucho movimiento.

Indio le iba a devolver el sobre, tenía dinero suficiente para comprar la casa que deseara, pero la imagen de Pippa, la doncella personal de la mujer de su jefe, le vino a la mente; algo se movió dentro de su espíritu obligándolo a mantener el sobre entre sus dedos.

—En el sobre está la dirección de mi abogado, él pondrá todo a su nombre.

—Lamento lo de su ojo.

—Él quería matarme, fui un iluso al confiar en que respetaría nuestro parentesco. Ahora me gustaría que me llevara con su jefe, deseo tener unas palabras con él antes de partir.

—¿Se va?

—Me voy a mi residencia rural, tengo mucho por hacer. El abogado le dará las llaves de la casa y lo acompañará a visitarla, está como mi tía la dejó, todo es suyo.

—Lo acompaño a buscar a Buitre.

—Se lo agradezco, este sótano es un laberinto.

La puerta se abrió interrumpiendo la marcha, entró Buitre acompañado de Tim.

—Íbamos en tu búsqueda, el caballero quiere hablar contigo.

—Julian necesita ayuda, acompaña a Tim, yo me quedaré aquí con el duque —le ordenó Nicholas.

Edward esperó a que ambos abandonaran la habitación para extraer un segundo sobre del interior del bolsillo de su abrigo, este también estaba lacrado.

—Quiero que lo lea con detenimiento antes de que mi abogado haga el documento final donde aparecerán nuestras firmas, señor Brooksbank. Salgo mañana temprano de la ciudad y probablemente no regrese hasta el comienzo de la próxima temporada.

—Pensé que los hombres casados estaban excluidos.

—No, seguramente, su esposa lo obligará a asistir a varios bailes y veladas musicales, las mujeres adoran reunirse para despotricar unas de otras, le confieso que ahora como hombre casado me sentiré más a gusto asistiendo.

Nicholas a su pesar sonrió entendiendo.

—Se esconden en el cuarto de juego.

Edward se carcajeó asintiendo, era lo que hacía un buen caballero: huir de las damas y sus cotilleos.

—Tengo una petición importante que está estipulada en el contrato y que espero usted acepte.

Nicholas miró el sobre inexpresivo.

—Lo escucho.

—El marqués de Northumberland tendrá la libertad de escoger a su prometida de entre sus hijas casaderas. Quiero que mi hijo sienta que tiene un poco de libertad para escoger a su esposa, ser una duquesa tiene unas obligaciones sociales que su hija tendrá que asumir y, aunque estoy seguro de que su esposa cuidará de la educación de las jóvenes, deseo que él pueda elegir.

—¿Y si solo hay una hija?

—Entonces debe darme su palabra de que su esposa se encargará de la educación de la joven como futura duquesa de Northumberland.

Buitre extendió su mano y Edward la estrechó sellando así el futuro del heredero del ducado de Northumberland con una de sus hijas.

Karina, nerviosa, esperaba en el salón la aparición de su marido, había preparado todo para salir temprano en la mañana, había enviado cartas a sus nuevas amigas casi exigiéndoles que fueran a visitarla al campo. Esperaba que aceptaran su invitación. También había enviado una emotiva carta a su madre, quien estaba en Escocia pasando una larga temporada. La extrañaba, añoraba sus conversaciones, las que muchas veces terminaban en discusiones. El ruido del carruaje al detenerse frente al portón iluminó su rostro, confiaba en que el señor Brooksbank aceptara la proposición de su esposo.

Esperó impaciente a que le entregara el abrigo y el sombrero de copa a la señora para acercarse al recibidor.

Edward sonrió abriendo sus brazos para rodearla con ellos.

—Acepto —le dijo besándola con ternura en la frente.

—¡Oh! Gracias a Dios, estaba rogando que entendiera.

—Creo que el no estar todavía acostumbrado a nuestro proceder ayudó.

—¿Cenamos?

—Pensaba que podíamos estar a solas un rato —le dijo ruborizándose ante la insinuación.

Edward sonrió pícaro al ver su rostro sonrojado y se aseguró de que la señora hubiera abandonado el recibidor. Con fuerza acercó sus posaderas a su entrepierna para que su mujer sintiera la urgencia que tenía por estar a solas con ella.

—Sube —le dijo acalorada—, mientras le digo a la cocinera que nos alcance la comida dentro de una hora.

—Dos horas —la corrigió poniéndola más nerviosa.

Le dio un beso con pasión.

—Te amo, Karina —le dijo sin poder esconderlo más.

—Lo sé, esposo —respondió besándolo ella esta vez—, pero jamás como yo lo amo a usted —le contestó mordiendo con seducción su labio inferior, haciéndolo gruñir de satisfacción.

Epílogo

Habían transcurrido nueve meses desde que habían regresado. En aquel tiempo Karina se había dedicado a conocer a los lugareños y ayudar a las esposas de los arrendatarios. Como era su deber, se había incorporado a la nobleza rural y para su sorpresa disfrutaba de algunas de las reuniones. Cuando llevaba un año de casada se dio cuenta de su embarazo; más bien fue su doncella, Tina, quien una mañana la sorprendió.

—Excelencia, usted está embarazada —le dijo al verla vomitar todo el desayuno.

—Solo es una indigestión.

—Ya verá cuando le siga creciendo la panza —se burló dándole un paño de lino para que se limpiara.

Efectivamente, el vientre le comenzó a crecer y para su asombro no se le dificultó caminar hasta casi el último mes.

El día del parto fue un día de fiesta, porque coincidió con la visita de los duques de Cleveland y los condes de Norfolk, quienes eran asiduos visitantes. *Lady Jane* se había vuelto muy cercana, admiraba su espíritu indómito y la manera en que le hacía la vida difícil al conde de Norfolk, a quien todavía no podía ver con buenos ojos. A pesar de lo que decía su marido en defensa de su amigo, ella pensaba que el caballero era insufrible.

Su hijo había nacido una mañana soleada y a ella le pareció el bebe más hermoso que había visto jamás.

—¿Qué nombre le pondremos? —le había preguntado su marido, preocupado.

—Llevará el nombre de sus dos abuelos.

A Edward le pareció bien. Por otro lado, Karina, como le prometió a su marido, estaba muy al pendiente de *lady Kate Brooksbank*, quien había dado a luz una niña, un mes después del nacimiento de su hijo; con cuidado estaría atenta a todo lo relacionado con esa niña que podría llegar a ser su nuera.

—Alexander me envía una carta, saldrán en una semana para Londres y esperan por nosotros. —Le mostró Edward mirando a su hijo pegado al pecho de su madre.

—Me gustaría quedarme en casa por ahora —lo miró esperanzada—, no quiero dejarlo solo tan pronto y en Londres me veré obligada a aceptar invitaciones por las que estaré todo el día fuera.

Edward asintió entendiendo y acarició con ternura la cabecita del bebé.

—Nos quedaremos en casa.

—¿No extrañarás a tus amigos? —preguntó insegura.

—Ahora ustedes son mi familia —se inclinó besándola en la frente—, ahora ustedes son lo

más importante.

—Te amo —declaró con los ojos aguados.

—Yo te amo más —sonrió uniendo sus labios a los suyos.

FIN

Secuencia de novelas

Si quieren seguir mis historias, esta es la lista de mis novelas publicadas:

- 1- La traición del duque de Grafton
- 2- El duque de Cleveland
- 3- Un marido para Mary en Navidad
- 4- Un Buitre al acecho
- 5- La duquesa de Rutland
- 6- Un conde sin escrúpulos
- 7- Lady Pearl, a la caza del duque de Cambridge
- 8- Un marqués en apuros
- 9- El duque de Edimburgo
- 10- El secreto mejor guardado
- 11- Un marido para Chloe en Navidad
- 12- La Sombra del East End
- 13- La Serpiente del East End
- 14- El regreso del marqués de Wessex
- 15- Lady Phillipa, al rescate de un duque
- 16- Seduciendo a mi tutor
- 17- El secreto del duque de Northumberland



LIBRO 1
LA TRAICIÓN DEL DUQUE
DE GRAFTON



LIBRO 2
EL DUQUE DE
CLEVELAND



LIBRO 3
EL CONDE SIN
ESCRÚPULOS



LIBRO 4
LA DUQUESA DE
RUTHLAND



LIBRO 5
UN BUITRE AL ASECHO



LIBRO 6
UN MARQUÉS EN APUROS



LIBRO 7
LADY PEAR, A LA CAZA DEL
DUQUE DE CAMBRIDGE



LIBRO 8
EL DUQUE DE
EDIMBURGO



LIBRO 9
EL SECRETO MEJOR
GUARDADO



LIBRO 10
LA SOMBRA DEL
EAST END



LIBRO 11
MARIDOS PARA MERY Y CLOE
EN NAVIDAD



LIBRO 12
LA SERPIENTE DEL
EAST END



LIBRO 13
EL REGRESO DEL
MARQUÉS DE WESSEX



Bea Wyc
Escritora de Romance
HISTÓRICO

@beawyc Bea Wyc